



SS

**SERVICIO
SECRETO**

F. P. DUKE

**CON PASAPORTE
ROBADO**

Fue un impulso desesperado el que movió a Wilbur Alwin a refugiarse en la estación de Varsovia, cuando acorralado por la policía llevaba dos horas tratando de evitar su captura. Por vez primera, al fallarle uno de sus bonitos negocios, se había visto sorprendido con las manos en la masa, consiguiendo escurrirse de los dos policías que le habían atenazado merced a un truco de su invención para sacudirse peligros inminentes.

Había corrido como un loco sólo para llegar a su hospedaje, recoger lo más interesante para él, como era su pequeño maletín con los útiles de trabajo, y reflexionar lo que podía hacer para burlar a sus enemigos. Problema muy complicado, nada fácil de resolver.



F. P. Duke

Con pasaporte robado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 31

ePub r1.0

Lds 04.12.18



Título original: *Con pasaporte robado*

F. P. Duke, 1951

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





F. D. DUKE

Con pasaporte robado

1.ª EDICION
MARZO - 1951

EDITORIAL

Proyecto, 2 T. 284/63



BRUÑERA

BARCELONA (6)

Reservados los derechos
para la presente edición

IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA

Con pasaporte
ROBADO

por
F. P. DUKE



CAPÍTULO PRIMERO

UNA FUGA ANGUSTIOSA

Fue un impulso desesperado el que movió a Wilbur Alwin a refugiarse en la estación de Varsovia, cuando acorralado por la policía llevaba dos horas tratando de evitar su captura. Por vez primera, al fallarle uno de sus bonitos negocios, se había visto sorprendido con las manos en la masa, consiguiendo escurrirse de los dos policías que le habían atenazado merced a un truco de su invención para sacudirse peligros inminentes.

Había corrido como un loco sólo para llegar a su hospedaje, recoger lo más interesante para él, como era su pequeño maletín con los útiles de trabajo, y reflexionar lo que podía hacer para burlar a sus enemigos. Problema muy complicado, nada fácil de resolver.

No estaban los tiempos muy tranquilos para permitir que nadie se filtrase a través de las fronteras, sin un examen minucioso que asegurase a las autoridades de que todo extranjero que entraba en Polonia sería un amigo o cuando menos, un neutral. El espionaje rodaba a una velocidad de vértigo, la tensión entre Alemania y Rusia era angustiosa y el clima amenazaba con estallar con una violencia, trágica.

Alwin había entrado en Polonia valiéndose de artimañas y sin acosos. Igual hubiese salido de allí, de no surgir aquel conflicto, pero ahora, localizado y con la policía pisándole los talones, el problema era de más difícil resolución y tenía que meditar profundamente cómo salvar aquel terrible escollo.

Perseguido por la policía de una docena de estados europeos, su

filiación, constaba en todos los archivos policíacos con pelos y señales, y aunque su habilidad como falsificador la había empleado muchas veces para procurarse documentos de falsa identidad, el truco estaba ya excesivamente gastado, sobre todo, cuando existían detalles de sus habilidades y las huellas dactilares estampadas en el primer pasaporte concedido legalmente, antes de figurar en los «dossiers» policíacos.

El lugar menos explotado por él en sus actividades ilegales era Alemania. Había realizado allí dos o tres estafas bastante aceptables, pero como operó muy entre sombras, no pudo ser descubierto.

Alemania sería de momento un regular refugio, sin el inconveniente de que él era inglés y los ingleses en aquellos momentos estaban considerados, como enemigos en potencia.

Acaso la pequeña Suiza le brindase una protección adecuada; posiblemente Luxemburgo también, pero había que salir de Polonia y el inconveniente estribaba en ello.

La policía andaba tras sus huellas hacía algunos días. La prensa ya denunció su presencia a través de otros estados y por aquel cheque cobrado en el Banco Nacional, donde se pudieron identificar sus huellas digitales y ahora, cuando había intentado repetir el golpe en otro Banco para reunir más dinero y abandonar Polonia, la vigilante policía estuvo a punto de echarle mano, escapando de la trampa merced a aquellos dos sabios y terribles puñetazos administrados en los voluminosos estómagos de sus enemigos, tumbándoles entre alaridos de dolor, mientras él saltaba como un puma y desaparecía a una velocidad de vértigo por la calzada.

Le salvó la casualidad de cruzar por en medio entre dos autobuses que pasaban en dirección opuesta. Ascendió al que mejor pudo tomar y cuando los policías corrían buscándole, habíaseles evaporado como el humo.

Salvose de momento, era cierto, pero aquel refugio de su modesto hospedaje ya no lo consideraba seguro y, de momento, debía abandonarlo. Luego, la incógnita era buscar dónde volver a refugiarse.

Pero con quedarse allí parado no conseguía nada. De no encontrar solución, lo mismo daba buscarla allí que en otro lado y cuando menos, fuera de aquella ratonera, siempre conservaría un

mínimo de libertad para poderse mover con más desahogo.

Recogió lo más imprescindible de su ropa, revisó el pequeño maletín con sus bártulos de trabajo y asegurándose de que el revólver se hallaba bien cargado en el bolsillo trasero de su pantalón, se dispuso a huir.

Con mucho sigilo, abrió la puerta de salida al descansillo de la escalera y miró a través del hueco de los pasamanos. Vivía en un último piso de una modesta casa de vecinos. Sobre él, sólo se abría la claraboya de cristales y la puertecilla baja y estrecha que daba a la terraza. Una puertecilla en la que siempre pensó como un cabo de salvación y para abrir la cual se había fabricado una llave furtivamente.

Al asomarse, se echó hacia atrás con rapidez. Al borde del pasamano a la altura del piso segundo descubrió las siluetas de dos policías ascendiendo en silencio. No los localizó completamente, pero sí vio parte de sus capotes grises y las mangas al apoyar las manos en la baranda de la escalera.

La policía no se había dormido. Sin duda sabían de él más de lo que supuso y al conseguir escapar del Banco, decidieron buscarle en su casa.

El dilema no era muy agradable. Tenía cortada la retirada y volver a su habitación era tanto como meterse por propia voluntad en la ratonera, pero Alwin no era hombre que se dejase cazar sin lucha. Sabía los muchos años de prisión que podían esperarle si acumulaban años de condena sobre él, y para pasar su juventud tras los barrotes de una cárcel, estaba dispuesto a jugarse la vida a un albur desesperado.

Le quedaba una posibilidad, que era la puertecilla de la terraza. Ensayaría el medio, y como las sombras de la noche resultaban un buen aliado, intentaría la fuga por allí.

Sin vacilar, dejó sus bártulos en el suelo, extrajo la llave, hizo girar la endeble cerradura y desapareció por el vano, volviendo a cerrar. Luego, quedó inmóvil, tras de la hoja, con el oído atento.

Poco después, captó el rumor de pasos, deteniéndose junto a la puerta de entrada a la pensión. Alguien susurró:

—Prepara el revólver por si acaso. Él pájaro es de cuidado.

Y sintió cómo golpeaban la puerta.

No se detuvo más. Estaba seguro de que era a él a quien

buscaban y no debía perder minuto.

Salió a la terraza. Un débil resplandor de estrellas refulgentes en un cielo negro le permitía abarcar el pequeño panorama que se mostraba ante él y, aprovechándolo, se adelantó cruzando el espacio hasta alcanzar una claraboya que se abría sobre el piso de la terraza. Era la única salida posible. Ignoraba si daba a una escalera, a una habitación, o si moría en algún local cerrado que le incomunicase la salida, pero aquello o lanzarse a la calle desde un quinto piso eran perspectivas nada agradables.

Tanteó el marco de la claraboya, pero no cedió. Se imponía romper el vidrio, aunque el ruido de cristales rotos, al caer, provocasen la alarma.

De haber poseído masilla para sujetar el cristal, el diamante de su sortija hubiese orillado el problema, pero sólo poseía la gema y, sin vacilar, lo hizo arañar al borde del marco en sus cuatro costados.

Luego, una ligera presión y el vidrio entero, cayó en la obscuridad, quebrándose en un chasquido argentino.

Sin vacilar, arrojó maleta y maletín por el hueco y saltó a ciegas. La profundidad no fue mucha y cayó bien. Los vidrios rotos crujieron al apisonarlos y por un momento siguió un silencio impresionante.

Alwin se congratulaba de esto. Al parecer, aquél era un lugar abandonado y empezó a abrigar la esperanza de poder escapar sin mayores contratiempos.

Poseía una pequeña linterna que abrió paseando el débil haz de luz blanca en derredor, hasta que a un lado descubrió una puerta. Allí estaba la salvación, aunque no sabía si vedada para él o a su albedrío.

Pero cuando empezaba a tantearla, la puerta se abrió súbitamente y un resplandor vacilante, el resplandor de una vela de cera le descubrió frente a él un viejo escuálido, en pantuflas, con un largo batín azul y la bujía en la huesuda mano.

Alwin, antes de darle tiempo a lanzar la voz de alarma, saltó sobre él como un gato, le lanzó violentamente contra la pared fronteriza haciendo caer la vela al suelo y saltó sobre su cuerpo, echando a correr por el pasillo que había vislumbrado al saltar.

El viejo emitió un quejido ronco y Wilbur ganó el final del

pasadizo irrumpiendo por una puerta medio entornada a través de la que salía un resplandor.

Se hallaba en un modesto comedor, con una puerta a la izquierda. Sentada junto a una pobre mesa, había una añeja que parecía esperar el regreso del hombre que acababa de derribar, y al grito de la vieja al verle surgir de modo tan inesperado, contestó volcando la mesa sobre ella, arrojándola al suelo entre aullidos de espanto y ganando la salida que daba a otro pasillo.

Aquello estaba oscuro. Con la maleta en la mano y el maletín debajo del brazo sacó con la mano libre la linterna y buscó con desesperación. Allí, al final del corredor, estaba la puerta de salida; la abrió con violencia, la volvió a cerrar tras él y a saltos peligrosos descendió por la escalera, alumbrándose con la linterna hasta ganar el rellano del portal.

Suerte para él fue que la salida a la calle se podía franquear sin obstáculos. La puerta se abrió merced a una falleba interior de la que sólo había que tirar hacia arriba; lo hizo así, abriendo con emoción. Lo que podía esperarle en la calle era una incógnita.

Cambió la linterna por el revólver. Podían cerrarle el paso, pero tenía que ser a balazos la forma a emplear para cazarle.

Cuando se asomó, la calle estaba desierta. Wilbur hospedábase en uno de los barrios más antiguos y pobres de Varsovia, un lugar de callejas encrucijadas, calles cortas y estrechas, o tortuosas, flanqueadas por establecimientos lóbregos, en su mayoría tabernas, de las que salían a veces las notas agrias de acordeones, concertinas, o algún instrumento de cuerda seguidos de canciones dulces, cadenciosas y añorantes.

Se pegó a las fachadas y avanzó a paso ligero. Había salido a la calzada unos catorce o quince metros más allá de la finca donde se hallaba su hospedaje, y al volver la cabeza, le pareció descubrir dos bultos parados en la acera fronteriza a la casa.

Debían ser policías al acecho mientras sus compañeros registraban su vivienda. Con cautela, avanzó buscando la calle transversal más inmediata. En cuanto consiguiese ganarla se podía considerar a salvo de momento.

Pero aún le faltaba un buen trozo, cuando desde algún sitio, en las alturas, una voz chillona y temblorosa, dominada por el pánico, gritaba por el hueco de una ventana:

—¡Socorro!... ¡Un ladrón!... Abajo, en la calle. ¡Ha escapado por la escalera!

Alwin vio como los dos bultos separábanse de la pared y salían a la calzada para registrar la calle. El fugitivo, próximo a la esquina de un callejón, echó a correr desesperadamente, al tiempo que uno de los policías al descubrirle, gritaba:

—¡Alto!... ¡Alto o disparo!

Pero no disparó, acaso porque cuando quiso hacerlo, ya Alwin había doblado la esquina del callejón y corría por él con el vigor de sus treinta años y el ansia de la desesperación.

Los dos policías echaron a correr también tras él hasta alcanzar la esquina, pero cuando lo consiguieron, ya su presa habíase escabullido en las sombras por otro cruce de callejas y entonces, desesperados, hicieron vibrar sus pitos de alarma y llamada.

El fugitivo captó la estridencia de los pitidos con mayor angustia. Ahora toda la policía de ronda por el barrio sospechoso se pondría en movimiento y el dédalo de callejones fuera para él como un laberinto en el que sólo la suerte podía decidir el final.

De algún sitio contestaron en idéntica forma. Alwin al orientarse por la contestación, viró hacia otro lado, alejándose del peligro, y así empezó a trenzar una serie de vueltas y revueltas que él mismo ignoraba dónde podían llevarle.

Pero siempre escapaba contrariamente al lugar de donde partían las señales policíacas. De momento, estaba evitando darse de manos a boca con sus perseguidores, pero no sabía hasta cuándo le acompañaría su buena suerte.

Y así, en medio de aquella trágica carrera, se iba distanciando del lugar del peligro, pero con la amenaza de verle surgir ante sus ojos de un momento a otro.

Las calles se iban ensanchando, los edificios presentaban mejor aspecto, las sombras eran menos espesas y el camino más abierto.

Por otra parte la soledad había cesado. Ahora se cruzaba con transeúntes que caminaban encorvados con la cabeza hundida en sus gruesas bufandas y los cuellos de los abrigos levantados. Hacía frío, un frío que cortaba y cada cual preservábase de él como posible le era.

Alwin había cesado de correr. Un hombre que corre, siempre es sospechoso; pero caminaba todo lo aprisa que podía, con el recelo

de ver surgir ante él el peligro.

Al fondo de una calle ancha y a su espalda, volvieron a vibrar los pitos de los policías. Algunos transeúntes levantaron la cabeza mirando y escuchando. Alwin les imitó para dar sensación, de curiosidad, pero continuó caminando a toda marcha. Cada vez parecíale alejarse más de sus perseguidores, pero mientras captase aquellos malditos pitidos, no podía considerarse a salvo.

Hasta que al ganar lugares más amplios y decentes, se encontró próximo a la estación. Las luces que iluminaban los arcos de entrada al enorme edificio brillaban intensos en la negrura de la noche, iban y venían autos que se paraban bajo la marquesina. Allí había vida y movimiento, sin duda porque algún tren estaba próximo a llegar.

Y, en un impulso desesperado, no vaciló. Acaso aquello fuese, si no la salvación total, un buen paréntesis para hallar solución al problema. Un tren que le sacase de Varsovia antes de que pensasen en aquella huida, podía permitirle a lo largo de las muchas millas que le separaban de la frontera de Alemania encontrar un resquicio por donde esfumarse.

Y, sin vacilar, cruzó los arcos y penetró en el gran vestíbulo en el que una gran cantidad de público nervioso se agitaba por todas partes, mientras, mozos y empleados, portaban maletas y baúles, chirriaban las ruedas de las carretillas eléctricas con freno de mano al acarrear los equipajes más voluminosos y todo era un ir y venir mareante y absorbedor.

Un empleado se acercó, preguntándole:

—¿Le llevo el equipaje al tren, señor?

—Un momento —dijo Alwin—. Espere que consulte ese tablón.

Rápidamente descubrió que el Exprés Azul saldría para la frontera alemana un cuarto de hora más tarde. Se dirigió rectamente a una de las taquillas con el cuello del abrigo subido y la bufanda liada al cuello, mientras el ala del sombrero caía hacia adelante, y solicitó:

—Billete y cama para Berlín.

Cuando recibió la documentación correspondiente, entregó el equipaje al mozo, diciendo:

—Al «pullman». Coche núm. 2, departamento 3.

El mozo atravesó las puertas vidriadas que conducían al andén y

Wilbur le siguió tranquilamente. De momento, se consideraba a salvo y sus nervios de acero se habían aquietado, devolviéndole el aplomo que por algunos minutos había perdido.

No parecía que viajase mucha gente hacia la frontera. Los momentos eran tremantes y sólo los que no podían evadirse de cruzarla, seguían aquel itinerario, pero esta reserva hacía que el Exprés. Azul portase pocos viajeros para dicho recorrido.

El mozo alcanzó el vagón y subió precedido de Wilbur. Al llegar al departamento número tres y empujar la puerta, ya otro viajero se hallaba instalado en el departamento. Wilbur iba a tener compañía.

No le hizo gracia, pero no pudo evitarlo. Los departamentos eran para dos y debía contar con aquella contingencia.

Pero tampoco al viajero debió agradarle la nueva compañía, porque al saludo seco de Alwin respondió con otro más seco, dicho con puro acento alemán. Wilbur calculó que era uno de los súbditos germanos que regresaba a su patria.

El mozo instaló el equipaje de Wilbur en la litera superior, ya que la otra se hallaba ocupada y después de recibir la propina por su servicio, salió al pasillo, cerrando la puerta.

Entonces los dos viajeros se miraron de soslayo, como intentando analizar la personalidad de cada, uno y Wilbur observó que el viajero era también un hombre joven, que contaría aproximadamente su edad, alto como él, moreno como él y no mal parecido.

Podría ser alemán, pero sí lo era, su raza no resultaba todo lo pura que la tradición les adjudicaba, porque su cabeza no era voluminosa y pesada, ni su cuello recto y apoplético. Un alemán de cruce europeo quizá, pero así había bastantes en Alemania.

La campana de la estación vibró por tercera vez, aulló el pito de la locomotora y el convoy arrancó lentamente, dejando tras él las estrellas redondas e irradiantes de los focos del andén, para poco después sumirse en la obscuridad azulada de un paisaje en sombras.

CAPÍTULO II

UN ACCIDENTE AFORTUNADO

Ya el tren en marcha por los paisajes oscuros, Wilbur sentóse frente a su ceñudo compañero de viaje, que con un periódico, que aún permanecía doblado, estaba sentado cruzando las piernas, en tanto que atascaba y prendía fuego a su pipa.

Alwin acabó de completar los detalles, sobre el tal compañero. Era un hombre fuerte, con el rostro un poco arrebolado, la nariz un tanto ganchuda, sin duda por su origen judío, y unos ojos grises y fríos que parecían escrutar hasta por el otro lado del tabique del departamento.

Junto a él, teniendo apoyado el codo de su brazo derecho y arrinconado contra el extremo del asiento, custodiaba una amplia cartera de cuero de un tono azulado. Tenía una sólida cadena de metal blanco y lo que le llamó la atención de ella fue la chapa del cierre donde se abría el ojo de la llave. Era una chapa de metal blanco, con unos dibujos en esmalte rojo. Estos dibujos consistían en una orla y una estrella en el centro, tomando como eje el pequeño ojo de la cerradura.

Wilbur, muy preocupado con sus asuntos y necesitando abstraerse para resolver su problema, no intentó entablar conversación con su compañero de viaje, pero con sorpresa suya el viajero, en un alemán bastante puro, exclamó:

—Mala noche, ¿no es cierto, señor? Polonia, en invierno, es muy fría.

Wilbur dudó una fracción de segundo antes de contestar. Hablaba a la perfección varios idiomas y no sabía qué entonación le

convendría dar a sus palabras, pero, por fin, se decidió y, en buen alemán, aunque con cierto deje un poco inglés o americano, contestó:

—En efecto, es fría, pero... soportable. Yo estoy acostumbrado.

—¿Inglés, acaso? —preguntó con curiosidad.

—Inglés un poco cosmopolita. Soy viajante de maquinaria y he recorrido varias veces Europa. Usted es alemán, a lo que parece.

—Ciertamente. Me dedico a asuntos farmacéuticos, pero las circunstancias no son favorables para comerciar ahora con ciertos países. Hay una tensión desagradable que le entorpece a uno y hasta no le hace simpático. Por ello he decidido volver a Alemania. Me quedaré allí si no me obligan a seguir viajando por países hostiles. ¿Va usted a Alemania?

Wilbur contestó con rapidez:

—Posiblemente, no..., al menos de momento. Quiero quedarme en Posen.

—Hace bien. Ustedes aquí no son mal, mirados y nosotros, sí. En cambio, Alemania no parece ahora buen clima para todo lo anglosajón; es una pena que se adviertan estos recelos, pero así es.

—Ya me he dado cuenta y por eso... De todas formas, lo siento. Hay cosas allí que me obligan y me estoy preguntando si merecerá la pena de ir ahora antes de que las cosas empeoren.

—Sí, es un dilema, pero no le doy consejo alguno. A veces cree uno hacer un bien y hace un mal.

El viajero parecía simpático; sin embargo, Wilbur encontraba en él algo raro. Hablaba muy bien el alemán, pero no tan bien que no se notase un algo que parecía descubrirle como un extranjero con el idioma bien cultivado.

El viajero le ofreció tabaco de su bolsa, diciendo:

—¿Quiere un cigarro? Me llamo Frederick Kramer.

Wilbur no creyó necesario extenderse mucho en dar detalles de su persona y contestó de un modo accidental:

—Yo, Alwin. H. W. Alwin.

Añadió la H y la W instantáneamente, pues se había dado cuenta de que acababa de descubrir su apellido. Las iniciales que nada decían desfiguraban un poco el patronímico total.

—Encamado de conocerle, señor Alwin.

Éste no parecía muy dispuesto a seguir hablando y su

compañero, como si lo hubiese notado, desdobló el periódico y se enfrascó en su lectura.

Alwin agradeció la idea para sumirse en reflexiones profundas. Había sacado billetes hasta Berlín y dijo que se quedaría, en Posen. Estaba cometiendo algunas tonterías que debiera rectificar, o al menos armonizar con su actitud futura.

Realmente, podía quedarse en Posen, y si la cosa no se arreglaba a su gusto, volver a tomar billete para Berlín y seguir el viaje en otro tren.

Se hallaba sumido en estos pensamientos, cuando su compañero dejó de leer el periódico y se quedó pálido, con la cabeza recostada en el asiento y respirando con ahogo.

Alwin, al observarlo, preguntó asombrado:

—¿Le sucede algo? ¿Se siente enfermo?

Kramer, con voz desfallecida, suplicó:

—Ahí... en mi gabán... un frasquito... por favor...

Wilbur se apresuró a registrar el gabán y en un bolsillo descubrió un pequeño frasco. Contenía digital y adivinó que su compañero padecía del corazón.

Se lo entregó. Kramer tomó un sorbo con mano temblorosa y luego, se quedó quieto, con los ojos entornados y respirando con fatiga.

Wilbur le contemplaba un poco asustado. Aquel hombre joven y, al parecer vigoroso, era una mina por dentro. Su corazón, el motor de todo su cuerpo, parecía fallar de un momento a otro.

Por fin, pareció calmarse un poco. Abrió los ojos y miró con angustia a Wilbur. Luego, suplicó:

—Si fuese tan amable que me ayudase a tumbarme en la litera. Acaso se me pase pronto.

Wilbur le tomó entre, sus brazos vigorosos y lo depositó atravesado en la litera, para después acomodarlo. Kramer a pesar de su estado, no abandonó la cartera y la colocó debajo de su cabeza.

Alwin adivinó que debía contener algo muy valioso para tomar tantas precauciones con ella. No rimaba mucho su profesión de corredor de productos farmacéuticos con el cariño que demostraba a la cartera y su contenido.

Y esto le hizo abrigar la sospecha de que acaso, como él, fuese un individuo que andaba ocultándose para tener el menor contacto

con las autoridades.

Mientras el viajero respiraba con ansia, Wilbur seguía entregado a intentar resolver su problema para él más importante que el de su compañero. Posen sería un buen refugio si la policía de la población no contaba con demasiados informes sobre su persona, y si la de Varsovia no había cursado órdenes severas de registrar los trenes.

Esto fuera un contratiempo horrible, porque su pasaporte y su documentación le denunciarían. No llevaba otro encima y éste era el peor inconveniente para poder moverse con cierta libertad.

Pensaba haber falsificado uno, pero no tenía como muestra los sellos de los visados en Polonia; por lo demás, con ellos a la vista, le hubiese costado muy poco trabajó fabricarse uno bien visado por las autoridades y circular con él amplia y seguramente.

Aburrido de dar vueltas al problema sin encontrarle solución, tomó el periódico que había dejado caer su compañero de viaje y decidió abstraerse en su lectura. Quizá más tarde, con la imaginación fresca, encontrase lo que hasta entonces no consiguiera.

El periódico estaba dedicado en su mayor extensión a comentar la actualidad militar y política. Polonia se encontraba en una situación tirante respecto a sus dos vecinos de frontera. Tanto Rusia como Alemania hacían presión sobre ella para atraérsela y amenazaban sordamente porque la consideraban un peligro. Polonia era un emparedado que ni con su estricta neutralidad y su deseo de hallarse a bien con sus vecinos podría salvarse.

Y reinaba el miedo de que un choque que se vislumbraba entre los dos colosos la aplastase al irrumpir cada uno por una de sus fronteras. Ciertamente que contaban con el apoyo de los países fuertes como Norteamérica, Inglaterra y algunos otros; pero ¿este apoyo llegaría a tiempo?

Aburrido, se desentendió de la política y buscó algo más ameno. Jamás se había preocupado de aquella clase de asuntos, porque, a fin de cuentas, sus actividades, sus peligros y su positivismo, le condujeron a creerse cosmopolita. Para, él, la nación más atrayente era aquélla donde pudiese vivir mejor y con menos peligro.

Y, recorriendo el periódico, encontró algo que acabó de ensombrecer su espíritu y ponerle de nuevo nervioso. Se trataba de un suelto muy visible que decía:

«UN FALSIFICADOR PELIGROSO»

«La policía de Polonia anda, preocupada con la presencia en la nación de un habilísimo y osado estafador y falsificador internacional llamado Wilbur Alwin —aunque usa muchos nombres más—, que ha cometido docenas de estafas de mucha importancia en toda Europa y está reclamado por las jefaturas de policía de una docena de naciones.

»Se le ha seguido de cerca la pista, pero ha sabido evadirla con habilidad y, últimamente, estuvo a punto de ser detenido al cometer una nueva estafa con un cheque falsificado en el Banco Nacional, pero logró escurrirse de las manos de la policía.

»Se sabe que está en Varsovia y se trabaja activamente por localizarle. Por si lograra salir de la capital, se advierte a toda la policía de la nación que esté atenta a intentar localizarle.

»Sus señas son: seis pies de estatura, moreno, con ojos grises, bien parecido, pelo negro brillante, nariz recta y tipo de atleta».

Wilbur arrugó con rabia el periódico, e hizo intención de arrojarlo por la ventanilla, pero se contuvo. Ignoraba si su compañero habría leído el suelto y mejor era dejarlo como estaba.

Pero la noticia aumentaba el peligro y las dificultades. Unas dificultades que amenazaban su libertad de modo inmediato.

Recostó la cabeza en el asiento y entornó los ojos. La respiración de su compañero se hacía más ahogada y no decidía acostarse por si sucedía algo imprevisto. Pero el tiempo volaba. La noche transcurría lenta y agotadora y los ojos de Wilbur empezaban a entornarse a causa del sueño.

Serían próximamente las tres, cuando Kramer agitó su mano derecha, haciéndole señas que se acercase.

Alwin obedeció y el enfermo, tomándole la mano con la suya, de pulso acelerado, musitó:

—No puedo hablar mucho..., presiento que este maldito corazón me va a fallar... y nunca como ahora... necesitaría que aguantase... un poco más.

—Cálmese y no hable —dijo Alwin—; cuando lleguemos a alguna estación de parada, veré si se puede requerir la presencia de un médico.

—No. Creo que llegaré tarde... Escúcheme, por favor. ¿Me jura usted que es inglés?

—Puedo demostrárselo con mi pasaporte. ¿Por qué?

—Eso no dice nada. Un pasaporte se inventa y se falsifica. Lo que hace falta es que la sangre y el corazón pertenezcan a determinado terreno del globo.

—Bien, pues el mío pertenece a Inglaterra. No diré que le tenga que agradecer mucho, pero soy inglés.

—Si mañana estallase una guerra ¿se sumaría a los enemigos de su patria a pesar de todo?

—Diablo eso, no. Un inglés lo es por orgullo en cualquier sitio, aunque por dentro abomine de su suelo.

—Creo que eso a falta de cosa mejor, me basta. Escúcheme. Inspirado en ello y presintiendo que me voy a morir, quiero pedirle un favor. Un favor inmenso que quizá algún día su propia patria se lo agradezca a pesar de fado. Yo no soy alemán; soy norteamericano. Como usted no ignora, nuestras patrias están unidas por muchos vínculos y si mañana estallase una guerra con quien fuese, la sangre de ingleses y norteamericanos se fundiría en un mismo campo de batalla. Esto le dirá algo a su conciencia con motivo de lo que le voy a pedir.

»Yo regresaba a Alemania, donde compatriotas emboscados en aquella horrible trampa en la que sus vidas están en constante peligro, me esperan con ciertos documentos que llevo en esta cartera. Son detalles preciosos de un paciente servicio de contraespionaje en esta tierra donde rusos y alemanes están preparando el banquete para engullírsela en un momento dado. No lo saben ellos, lo ignoran nuestros gobiernos, pero así será un día y yo he recogido, con grave riesgo, detalles de esta fabulosa conspiración. Debía llegar a Alemania con ellos y entregarlos a nuestro servicio allí establecido. Es la orden que recibí y por eso me dirigía a Berlín. No conozco a las personas a quienes debo entregar

esta cartera, pero sí me han advertido que por ella seré reconocido y que una joven me espiara, y cuando vea esta cartera, se arrojará en mis brazos, exclamando: “Frederich, esposo mío, creí que tampoco ibas a llegar hoy”.

»Ésta será la contraseña para tomarla del brazo y que ella me lleve donde debo hacer entrega de todo. Piense en lo que estoy sufriendo pensando en que si me muero esto quede abandonado o pase a manos de gente que se aproveche de ello en contra de nuestras patrias, e incluso ponga en peligro a nuestros abnegados compañeros. Es por ello por lo que quisiera depositar esta cartera en manos de quien se comprometiese a entregarla allí, o cuando menos, si no quiere arriesgarse a esto, la haga desaparecer quemando su contenido.

»En estos tristes momentos no tengo en quien confiar si no es en usted, porque es inglés, aunque se dedique a cosas ajenas a este peligroso trabajo. Creo que me moriría contento si recibiese de usted la promesa mínima que estos papeles no llegarían nunca a manes de alemanes o rusos.

El enfermo se ahogaba al hablar y Wilbur no salía de su asombro al verse metido en aquel asunto que jamás hubiese sospechado le saliera al encuentro para complicarle aún más la vida.

Después de un momento de duda, repuso:

—Yo le complacería prometiéndole entregar la cartera a quien salga en su busca, pero, amigo, a la hora de las confesiones, también debo decir la verdad. Mi situación es delicada. Vengo huyendo de la policía de Varsovia por asuntos ajenos a sus actividades, pero también poco gratos a las autoridades de Varsovia, de Alemania y de unas cuantas naciones más y..., en este momento, carezco de pasaporte para entrar en Berlín; ni siquiera cruzar su frontera. Si a este inconveniente uniese el que pudieran cogerme con este bagaje, puede suponer lo que me sucedería. No es que no quiera servirle; es que materialmente estoy imposibilitado de hacerlo.

—Comprendo..., Alwin... ¿Acaso algo que he leído en el periódico esta noche?

—¿Para qué ocultarlo? Se refiere a mí.

—En ese caso, me doy cuenta. Sin embargo, lo que sí puede hacer es quemar todo esto y que nadie pueda leerlo. Mis amigos

carecerán de esta información, pero nuestros enemigos no se aprovecharán de ella. Tenga en cuenta que hay detalles que la Gestapo aprovecharía para localizar a algunos agentes nuestros en Alemania.

—Bien; eso sí puedo prometérselo. No me costará trabajo hacerlo cuando me apee en Posen.

—En ese caso, si me pongo mejor, olvide lo que hemos hablado, pero sepa que siempre me tendrá dispuesto a ayudarle si se presenta la ocasión y si no llego... a su albedrío queda, obrar como mejor crea.

—Bien, no hable más. Le doy mi palabra de cumplir la promesa. No son rusos y alemanes los que más me atraen, aunque existan otros que no me sean simpáticos.

Kramer murmuró:

—Mi verdadero nombre es William Snok; si algún día tiene ocasión de hacerlo saber en mi embajada, hágalo. Ellos sabrán a quién deben comunicar la noticia.

—Creo que no me será difícil comunicar eso en alguna embajada, aunque sea por escrito.

El propósito de Wilbur era hacerlo; ningún trabajo le costaba. Lo que no sospechó en aquel instante fue que no lo haría, o al menos, tardaría, mucho tiempo en hacerlo.

El enfermo cerró los ojos y siguió respirando con dificultad. Alwin le dejó descansar y de nuevo se entregó a reflexionar, esta vez, sobre las complicaciones que acababan de salirle al paso.

Pero, sobre las cuatro de la mañana, Kramer empeoró hasta el punto que Wilbur temió de un momento a otro que se ahogase.

El enfermo, desencajado, con el pecho palpitante de angustia y opresión, le tomó la mano y murmuró:

—Gracias..., confío en usted, Alwin.

Y, minutos más tarde, quedó rígido.

Wilbur sintióse aturdido al dejar de percibir aquella respiración angustiada que le había estado atormentando durante varias horas. Ahora se le antojaba que el vagón había quedado vacío y sin vida alguna.

Pero se rehízo. La situación no era nada agradable para él y tenía que resolverla.

Viajar con un muerto no era nada agradable, y complicarse la

vida con la policía dando explicaciones del suceso, tampoco. Había olvidado que era posible llegase algún revisor y que éste podía ponerle en un aprieto.

Retiró la cartera y la metió en su maleta. De momento, no le interesaba reparar los papeles, porque tenía algo más urgente de qué ocuparse. Lo principal era el muerto. Le registró, guardándose papeles y dinero. Al meter la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, descubrió la cartera y el pasaporte y éste le fascinó.

Lo estuvo examinando con suma atención. Estaba perfectamente en regla, tan en regla, que, de haber variado el retrato por otro, quien lo usara podía sonreírse de los visados y controles.

Y, de repente, una idea diabólica acudió a su mente. ¿Por qué no ponerla en práctica? Él era un hábil falsificador, tenía en su poder los útiles de trabajo, su pulso y su habilidad. Con paciencia, podía desprender el retrato de Kramer, o como se llamase, colocar el suyo, dibujar el trozo de sello que complementase el sello estampado sobre la cartulina a desprender y dejar el pasaporte en perfecta regla.

Pero aquello no era cosa de hacerlo en el tren. Requería calma, tranquilidad, un lugar de quietud donde el pulso trabajase con firmeza, pero se podía hacer y lo haría.

Ya no era posible perder un minuto. Cuanto antes dejase aquel cadáver, mejor para él.

Se asomó a la ventanilla. Un frío glacial le azotó el rostro al levantar el empañado cristal y su mirada abarcó la lejanía. A gran distancia, descubrió un conglomerado de parpadeantes luces brillando en la negrura del vacío paisaje. ¿Qué poblado sería? Si el tren se detuviese allí, todo estaría arreglado.

El pito de la máquina empezó a lanzar agudos avisos. Sin duda se trataba de un punto de parada. Wilbur recogió su equipaje y se dispuso a abandonar el tren, si era posible. Pero antes dejó parte de sus documentos en las ropas de Kramer, documentos sin fotos, pero documentos. Cuando los descubriesen en el bolsillo del muerto, y en tanto no consiguiesen realizar investigaciones más a fondo, el fallecido sería para autoridades y periodistas Wilbur Alwin, el famoso falsificador internacional que con tanto ahínco perseguían y al que sólo la muerte pudo detener.

La noticia se difundiría, los periódicos la publicarían, las

autoridades sabrían que ya no necesitaban buscarle por todos los rincones, y las posibilidades de libertad para él serían mucho más amplias. Esto unido a que podía arreglar para su uso aquel pasaporte robado, el panorama aclararíase, como, no tardando mucho, se iban a aclarar las sombras de la noche.

Indudablemente, la suerte no se cansaba de caminar a su lado, y aun podía realizar muchas cosas que diesen que hablar a los periódicos y trajesen de cabeza a toda la policía de Europa.

El tren aminoró la marcha, resoplando como un cetáceo cansado; alcanzó una zona débilmente iluminada que parecía salir al encuentro del convoy, y éste, con un rechinar de hierros, muelles, frenos y ruedas, se detuvo.

Alwin, con la portezuela abierta, echó un vistazo al andén. Se hallaba ocupado por más de docena y media de viajeros que esperaban soñolientos la llegada del tren. Los mozos se lanzaban a los vagones, abriendo portezuelas y metiendo apresuradamente los equipajes, y Wilbur aprovechó la confusión para descender con su modesto equipaje, mezclarse con los que debían ascender al exprés y escurrirse hacia una verja de madera, que decía conducir fuera de la estación.

La abrió y salió sin obstáculo. Al otro lado, un vano oscuro, de suelo crujiente, le absorbió. A la luz de las estrellas descubrió unos viejos pabellones, destinados a almacenaje que se erguían sombríos a veinte yardas. Por entre ellos, un hueco como un callejón, y al fondo de él, pequeñas y distanciadas luces parpadeantes.

Siguió por aquel callejón y salió a una calle menos tenebrosa, luego a otra, torció al albur por varias de ellas buscando lugares más habitados, y poco a poco se fue internando en el corazón de la ciudad.

Se hallaba en Thor. Había captado el nombre de la estación en las pantallas de los arcos que la iluminaban. Una urbe bastante poblada de la ruta hacia Alemania.

Ya no le quedaba más que encontrar hospedaje. Había entrado allí sin casi ser observado, y su buena suerte le ayudaría. Al siguiente día, cuando el pasaporte del muerto estuviese falsificado con la habilidad propia en él, podría reír de toda la policía de Pelonía.

Por fin, en una calle descubrió un letrero luminoso

sobresaliendo de una fachada. Las letras, blancas sobre fondo obscuro, decían:

«HOTEL ODER»

Parecía discreto, propio para su condición de viajante, y, penetrando en el vestíbulo, sorprendió al empleado medio dormido.

—Me llamo Frederich Kramer —dijo, en puro alemán—, soy viajante de productos farmacéuticos y necesito habitación por un par de días mientras visito la plaza.

El empleado inscribió el nombre y le dio una llave. La habitación número 13 era la suya, en el primer piso.

CAPÍTULO III

UN REGISTRO ESPECTACULAR

El sol, un sol pálido, sin calor, triste por una velada bruma que le cubría, enviaba oblicuamente sus rayos, y el Expreso Azul rodaba a marcha vertiginosa por la llanura, camino de Posen.

La campanilla anunciando la hora del desayuno había vibrado, invitando a los viajeros a pasar al coche-restaurante, y aquéllos, embutidos en sus abrigos, con el rostro un poco macilento y el frío metido en los huesos, a pesar de la tibia calefacción que se expandía por el vagón, cruzaban hacia la parte posterior del tren.

El revisor, un polaco alto y bigotudo, de recia complexión, avanzó, golpeando con los nudillos las puertas de los departamentos. Era hora de estar levantados, al menos para mostrar sus billetes.

Tras él, un policía completaba la revisión, pidiendo los documentos acreditativos. Al llegar al departamento número 3 del segundo coche, llamó, sin respuesta. Volvió a insistir una y otra vez, y terminó por aporrear la madera sin contemplación.

Pero nadie contestaba. Revisor y policía se miraron, y a una seña de éste, que metió la mano en el bolsillo de su abrigo, donde debía ocultar una pistola, el revisor empuñó una llave doble para abrir el manillar del departamento, y empujó la puerta.

La luz indirecta del techo continuaba encendida, y al girar la cabeza descubrió un cuerpo en la parte baja de la litera, abrigado con el sobretodo.

Se acercó, y, sacudiendo al que parecía dormir con aquel sueño tan profundo, lo sacudió, diciendo:

—Vamos, señor, su billete.

Pero el durmiente permaneció quieto. El revisor, un tanto alarmado, le tomó del brazo que pendía fuera de la litera, y retiró su mano como si la hubiese metido en un témpano de hielo, al observar la frialdad del contacto.

—¡Agente! —exclamó, con voz alterada—. ¡Este hombre está muerto!

—¡Infierno!.... ¿Qué dice usted?

—Véalo, agente. Está frío como la nieve.

El policía encendió todas las luces y descubrió el cuerpo. La rigidez de la muerte se manifestaba a sus ojos.

—¿Asesinado..., acaso? —preguntó el revisor.

El policía descubrió sobre la litera el pequeño frasco de la medicina, y, al leer la etiqueta, repuso:

—Me parece que no. Este hombre padecía del corazón y sin duda ha muerto de un colapso. Veamos.

Le registró concienzudamente, pero no descubrió la menor señal de violencia en el cadáver. Esto le ratificó en su idea.

—Muerte natural —dijo—. Seguramente, un colapso.

El equipaje estaba en la red, lo que indicaba que nadie le había tocado. El policía, preguntó:

—¿Viajaba solo?

El revisor consultó la hoja de ruta, y repuso:

—No. Según mi hoja, otro viajero ocupaba la litera superior. Y... es chocante... Su billete era hasta Berlín.

—¡Diablo! ¡Eso es sospechoso! ¿Dónde está el viajero? Hay que buscarle. Vea si anda en el vagón-restaurante y no se ha dado cuenta de que viajaba con un cadáver.

—Estaría aquí su equipaje, inspector, y no hay más que un maletín.

—¡Diablo, tiene razón! Bien; habrá que indagar si se apeó algún viajero en ruta y dónde. No me explico por qué, pues si este hombre ha muerto de muerte natural, nada tenía que temer.

—Salvo las molestias, claro es.

El agente estaba registrando los bolsillos del muerto. Sacó la cartera con unos cuantos documentos, y los examinó a la luz del vagón.

Apenas les echó un vistazo, silbó, de un modo especial.

—¿Qué sucede, inspector? —preguntó el revisor del tren—. ¿Alguna persona importante?

—Si no personaje, importante sí lo es. Un pájaro de mucho vuelo que andaba buscando la policía hace tiempo. Se llamaba Wilbur Alwin y estaba reclamado por la policía de doce naciones.

—Buena presa, aunque ya no sirva para nada.

—Al menos sirve para dejarnos tranquilos. Bien; cierre ahora esa puerta y que nadie entre ahí. Silenciaremos el suceso hasta llegar a Posen. Allí sacaremos el cadáver y se completarán las diligencias. Lo que se necesita ahora es averiguar quién era el viajero que ocupaba la otra litera y dónde desapareció. Haga preguntas discretas, en tanto sigo yo revisando documentaciones.

Y continuaron tren adelante cumpliendo su misión.

Pero llegaron a Posen sin descubrir nada práctico. Uno de los empleados del tren creía haber visto a un individuo alto y bien formado subir al vagón en Varsovia, pero no se fijó con detalle.

Cuando el tren llegó a Posen, el muerto fue sacado del vagón y depositado en la estación, donde un médico, avisado para el caso, reconoció el cadáver. Su diagnóstico fue: muerte por ataque al corazón.

Y como toda sospecha quedaba eliminada, y se había descubierto la identidad del difunto, quedó borrado el misterio de la desaparición del otro viajero. Posiblemente, si se dio cuenta del trágico accidente, cambió de vagón para evitarse declaraciones, o no iba a Berlín y se apeó en alguna parada del itinerario.

* * *

La estación de Berlín, donde el Expreso Azul debía entrar aquella noche sobre las once, hallábase tomada estratégicamente por infinidad de miembros de la policía secreta alemana.

Si de ordinario la vigilancia era severa, aquella noche excedía en precauciones a toda otra. Era un verdadero ejército de agentes camuflados los que paseaban a lo largo del andén, como si fuesen viajeros aburridos esperando la llegada del tren.

En uno de los departamentos de las oficinas de la estación habían montado su estado mayor el capitán Franz Muller y el teniente Otto Transome. Ambos, nerviosos, no hacían sino consultar el reloj y escuchar con ansia. De un momento a otro el expreso

entraría en agujas pidiendo vía, y la delicada misión que les fue confiada tendría que ser cumplida con la rigidez y eficacia con que la Gestapo cumplía sus planes.

Muller, decía:

—Otto, en cuanto el tren asome en el andén, cuídese del lado norte, y yo me cuidaré del lado sur. Que no se filtre un solo viajero sin ser examinado a fondo. ¿Ha puesto en las salidas los hombres que indiqué?

—Sí, mi capitán —dijo, rígido como un poste, el teniente, Transome—; dos hombres en cada salida, orden de no dejar pasar a nadie sin mostrar su documentación, aunque ya haya sido requisado en el andén. Detener a quien presente documentación a nombre de Frederick Kramer o a quien no presente ninguna en completo orden.

—Muy bien. Estoy seguro de que será detenido por mucho que haga para burlar la vigilancia, aparte de que nuestros hombres ya habrán realizado gestiones en el expreso para descubrirle.

La hora se aproximaba. En aquel momento, penetró en el departamento un individuo alto, recio, de cabeza cuadrada, cuello recto, frente espaciosa y unos ojos negros, fríos y penetrantes, que imponían, al mirar. Vestía el severo uniforme de la policía, luciendo las insignias de comandante.

—¿Todo en orden? —preguntó, con voz tajante, a Muller.

—Todo en orden, mi comandante —contestó el capitán, más tenso que un poste y con la mano al borde de la sien—; estaba repasando con el teniente Otto las medidas tomadas.

—Muy bien, capitán Muller; hay que detener a ese tipo; hay que detenerle cueste lo que cueste. Se camufla bajo un pasaporte alemán, pero es un espía americano. Los informes que nos envían de Polonia lo ratifican. Posee documentos valiosísimos, que nos son imprescindibles. Piense lo que supone para todos nosotros que se nos vaya de las manos. Un servicio muy importante para nuestra causa, capitán.

—Lo supongo, mi comandante. Nos excederemos.

—Bien, Yo estaré presente. Debo vigilar cómo se hacen las cosas. Atención; ya se oye el silbar de la máquina.

Los tres abandonaron la oficina y se apresuraron a ocupar sus puestos. El comandante quedó en el centro del andén, junto a la vía,

en tanto, que el capitán y el teniente pasaban a cada uno de los extremos.

Poco después, el rojo farol de la máquina avanzaba lento, como el ojo extraño de un negro monstruo, buceando casi a ras de tierra, y la máquina, resoplando fieramente, perdía velocidad hasta detenerse por completo.

Varios viajeros impacientes ya estaban con el pie en el estribo y los equipajes sobresaliendo por la plataforma; los mozos se adelantaron a tomarlos, y algunos de los que esperaban a sus parientes buscábanles para abrazarles, pero en aquel momento, como por encanto, se formó un cordón a lo largo del tren, y una voz ruda ordenó:

—Todo el mundo atrás. Que nadie se acerque al tren, ni los mozos. ¡Vamos, atrás, rápidos!

Era el comandante quien daba las órdenes. La gente se replegó asustada, y sólo quedaron junto al convoy los que componían el cordón policíaco.

Una joven rubia, muy linda, se atrevió a preguntar, medrosa, a uno de los policías:

—¿Ha pasado algo en el tren? Yo espero a mi marido.

—Atrás, muchacha —dijo el policía— si viene, ya tendrá ocasión de reunirse con él, si nada tiene que temer.

Y con aquellas palabras ambiguas echó hacia atrás a la joven, que, nerviosa, se replegó contra la pared del largo pabellón de las oficinas, mientras se empinaba sobre la punta de los pies, examinando con creciente desasosiego a todos los que iban descendiendo de los coches.

La barrera impedía a los viajeros avanzar, y la voz del comandante, ordenó:

—Todo el mundo quieto con sus equipajes junto a los coches. Que vayan saliendo uno a uno, según yo los vaya señalando. Las mujeres, que pasen primero.

Éstas se apresuraron a cruzar el cordón con sus equipajes, y sólo quedaren unas tres docenas de viajeros, un poco asustados de aquel aparato.

El comandante se dirigió a uno, diciendo:

—Su documentación. ¿De dónde viene usted?

El viajero constaba. El comandante estaba atento a su voz, para

descubrir por ella si era alemán o no, y luego tomaba los documentos y pasaportes, examinándolos atentamente a la luz de uno de los potentes focos.

—Puede marcharse —dijo—. Fuera los repasarán de nuevo. Otro.

Pacientemente, sin prisa, estudiando con minuciosidad todas las documentaciones, pasaba en persona la revista, en tanto sus hombres vigilaban a los que iban quedando, y así, durante hora y media, se procedió a la requisa más minuciosa que se había verificado en los trenes.

Pero cuando el último viajero, desfiló sin ser habido el que con tanto anhelo buscaban, el comandante parecía haber perdido su frialdad de hielo. El misterioso viajero se le había ido de las manos sin saber cómo, y el miedo se apoderó de él.

Ya no quedaba nadie por revisar. El comandante, con voz metálica, ordenó:

—Tres hombres a cada vagón. Uno por cada portezuela. Registren minuciosamente los departamentos sin dejar resquicio alguno.

La orden fue cumplida, mientras los viajeros desaparecían con sus parientes, y sólo la joven rubia quedaba en el andén.

Ésta pareció sentir miedo de quedarse allí, ya que, dando media vuelta, se unió a los últimos que salían.

Un tipo frío y huesudo, con ojos de halcón, que había permanecido junto a un estribo, se acercó al comandante.

—A sus órdenes, mi comandante —dijo, cuadrándose y dando un sonoro taconazo—; soy el agente que subió al tren en la frontera.

—Y bien, ¿qué tiene que decirme?

—Que hice una revisión de todos los pasaportes, y no encontré ningún viajero con el nombre que me indicaron, ni con sus señas.

—¿Está seguro de que no se le escabulló?

—No, mi comandante. Aproveché la noche para realizar la revisión, después de escoger el trayecto sin paradas. Acabé antes de llegar a la primera.

—¡Maldición! —rugió el comandante—. ¿Dónde se habrá podido escapar ese pájaro y quién le avisó? Los informes eran seguros.

—No lo sé, mi comandante; pero he pensado en algo que oí contar en el tren. Parece que antes de llegar a Posen falleció un

viajero en un coche. Muerte natural, por ataque al corazón. Según he oído decir, se trataba de un inglés, un tal Wilbur Alwin, reclamado por la policía de doce naciones como hábil estafador.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con el sujeto que buscamos?

—Nada, salvo que con él viajaba otro individuo que desapareció misteriosamente. Había adquirido billete para Berlín en Varsovia, y no se tiene de él la menor noticia. Me pregunto si fuera el que buscamos.

El comandante se quedó dudando, y repuso:

—No hay otra explicación. A no ser así, debía haber llegado en este tren. Quizá sospechó algo y decidió no llegar a Berlín. Acaso el servicio de espionaje enemigo le avisaría que no continuase el viaje. Hay que revisar todos los telegramas que se hayan podido cursar para viajeros del tren y localizar a quien expidiólos. No me cabe duda de que fue avisado no sé cómo. Esto nos va a proporcionar muchos quebraderos de cabeza y muchos disgustos.

»Y ahora... hemos perdido la ocasión única de cazar a uno de los espías más peligrosos que conocemos. Entrará o no entrará en Berlín, pero, si lo hace, seguramente que escogerá otra ruta. Puede que intente atravesar la frontera a pie por algún sitio ignorado, o venga por otra línea. Puede intentar el cruce por Beulhen a Breslau, o puede subir hasta Dantzig, para entrar por Pomerania. Tendré que dar el informe rápidamente para que se tomen todas las medidas pertinentes. Si ese pájaro entra en Alemania sin ser capturado, al hacerlo... no quiero pensar, porque será algo catastrófico.

Y dio orden a sus hombres de retirarse, frustrada la búsqueda.

Y fue de aquella manera, incidental como la suerte libró a Wilbur de haber caído en manos de sus terribles enemigos en una caza áspera y emocionante como no existían precedentes. Primero, la muerte del espía le había proporcionado un buen pasaporte, que, de momento, era un dogal al cuello; luego, hizo desaparecer su verdadera personalidad, al menos por cierto tiempo, y más tarde librole de sentir como cuchillo en sus propias carnes aquel pasaporte robado, que quizá le fuese muy útil en lo sucesivo, pero que en aquellos momentos era una bomba con la espoleta próxima a reventar.

Esto había de saberlo más tarde, cuando la serie de aventuras que le esperaban se fuese desarrollando dramáticamente. De

momento, el hábil y afortunado falsificador ignoraba el peligro de lo que él consideraba su talismán, y en aquellos instantes se hallaba en Thor, hospedado tranquilamente en un hotel silencioso y encerrado en su habitación ante una mesa, y con una pequeña pero útil cantidad de frasquitos, sellos de caucho, plumas especiales y pinceles, retocando su propia fotografía, que había sido recortada a tamaño y adherida al pasaporte, y sobre la cual aquellas tintas especiales y su habilidad y firme pulso estaban recomponiendo el sello que debía borrar las huellas de la falsificación.

Fueron horas de paciente trabajo las que tuvo que emplear en aquélla, labor delicada, pero Wilbur gozaba con ello. Era su especialidad, su orgullo de artista, lo que le tentaba a las grandes aventuras en aquel terreno, y trabajaba con cariño y entusiasmo, gozándose en su propia obra.

Cuando dio por terminado el trabajo y lo contempló con ojos de crítico exigente, no encontró «pero» alguno que oponer a la obra. Sólo un examen técnico y varios análisis pudieran descubrir la falsificación.

Quedaban las huellas dactilares, que no correspondían a las suyas, pero éstas, no podía suplirlas, aparte de que la comprobación sólo se podía hacer deteniéndole y obligándole a estamparlas de nuevo para, hacer el cotejo.

Aun trabajó en rectificar un carnet del muerto justificando su nombramiento de corredor de la fábrica de específicos que decía representar, y algunos otros papeles secundarios. Con ácidos de borrar y nuevos toques todo quedó en orden.

Y, ya tranquilo, decidió tomarse un descanso de un par de días antes de emprender el viaje. Sólo le faltaba requisar la cartera, de la que aún no se había ocupado, y era indispensable hacerlo.

Aquella noche, después de cenar, repasó la documentación reunida. Había cosas imposibles de examinar, por componerse de microfilms que había de proyectar sobre aparatos especiales, pero encontró apuntes, datos de movimiento de tropas rusas en la frontera de Polonia, enumeración de ciertos armamentos, nombres que desconocía y que debían pertenecer a algún servicio de espionaje o a elementos dirigentes, y algunos planos que no entendió.

Supo apreciar el valor de todo aquello, y su espíritu de raza, su

patriotismo —un poco apagado por sus actividades nada limpias y las persecuciones sufridas—, se despertaron en él, y se prometió hacer llegar aquellos papeles a donde fuese preciso.

Volvió a guardarlos cuidadosamente, cerrando la cartera con la extraña llave que el muerto le había entregado, y se quedó reflexionando.

Su decisión era magnífica; pero ¿a quién le iba a entregar aquello? Él debía haber continuado el viaje hasta Berlín la noche anterior, para llegar a tiempo de ser recibido por la emisaria que mandaban en su busca; pero, al observar que no había llegado, ¿qué sucedería después? ¿Seguirían acudiendo a todos los trenes en espera de su llegada, o desistirían hasta recibir alguna nueva instrucción sobre lo que debieran hacer?

Esto era una incógnita. Lo más seguro sería que no se encontrase con la misteriosa muchacha que debió esperarle, en cuyo caso, ¿qué hacía él con aquellos papeles comprometedores?

Podía entregarlos en la Embajada de su país, esto resultaba una obra patriótica; pero cuando se está huido y en peligro de ser capturado por otras causas, la decisión encerraba el peligro de tener que descubrirse, y no era solución que le agradase.

Pero, tras mucho penar, decidió dejarlo todo al albur. Primero, comprobar si salían a su encuentro, y si así no era... ya vería si decidíase a entregarlos o los quemaba, como el muerto le pidiera.

Y, cesando en sus preocupaciones, dos días más tarde volvía a tomar el Expreso Azul con destino a Berlín. Lo que su buena o mala estrella le tuviese reservado se vería pasadas veinticuatro horas. Un plazo muy corto para decidir su futuro.

CAPÍTULO IV

UNA NOCHE ANGUSTIOSA

Paula Bent era una muchacha de unos veintiséis años, rubia como el oro, fina de busto, linda de rostro y con unos ojos grises y suaves que le daban el aspecto de una muchacha todo candor e ingenuidad.

En Berlín era conocida como una excelente modista que trabajaba por su cuenta o que iba a coser a determinadas casas. Bien recomendada por su arte en el vestir, había cosido en casas de personajes notables, cuyas mujeres e hijas, toscas y sin espiritualidad, pugnaban por emular el espíritu chic de las francesas en el vestir. Creían que era la ropa la que daba *cachet* a las personas, olvidando que la percha también hacía al vestido.

Pero Paula se daba mucha maña para suplir la falta de gracia y elegancia de aquellas mujeres, y obraba milagros con la tijera y la aguja. Había vestido a esposas e hijas de militares de graduación elevada, a familias de policías de alto bordo y hasta a muñecas toscas de algunos políticos sobresalientes. Las recomendaciones formaban cadena, y cada día su prestigio se acrecentaba y las casas en que introducía se eran más importantes.

Muchas veces se llevaba el trabajo a su casa, donde era ayudada por otra muchacha de excelentes manos y, cuando le convenía, iba a los domicilios de sus clientes, y era allí donde trabajaba, al parecer, más a gusto.

Claro era que nadie pudo sospechar que su asiduidad frecuentando aquellos hogares tenía una finalidad más profunda que confeccionar trajes femeninos. Su misión era la de espiar a la

gente, captar cuantas conversaciones podía escuchar, aprovechar momentos propicios para verificar registros, tomar datos, planos de domicilios y muchas cosas más que entraban en la misión de un buen agente del Servicio Secreto. Algo demasiado expuesto para una muchacha joven, bonita, lista y atrayente como ella.

Paula llevaba dos días desazonada. Le habían confiado la misión de salir a recibir a Frederick Kramer, el anhelado agente que debía proporcionarles la más sensacional documentación que pasara por manos de la pequeña partida de espías que componían su facción, y las dos noches había vuelto fracasada y sin nadie. Frederick no había parecido, o ella era tan torpe que no logró localizar a su hombre, y éste andaría por las calles de Berlín desorientado y con aquella preciosa documentación, que, además de su utilidad, podía constituir en su poder un arma peligrosa para herirle.

Este fracaso la tenía atribulada. Creyó estar segura de que Frederick no había llegado. Ella estaba en la estación la noche de la brutal requisita a todos los viajeros, y pasó la más mortal angustia de su vida, porque adivinó que era a su hombre al que buscaban, y estaba segura de que no había llegado; pero esto no aseguraba nada, cuando no recibieron ninguna explicación del retraso, y, aún más, preguntaban si estaba ya en Berlín y la documentación había llegado, donde debió llegar para estar en sitio seguro.

Sus compañeros y su jefe estaban terriblemente nerviosos por aquel bache que se había producido, y se preguntaban si Frederick no habría sido detenido antes de llegar a Berlín y estarían ignorantes de su suerte, aunque su suerte, en dicho caso, debió suponerse cual pudo haber sido.

Si semejante desgracia llegó a producirse, no sólo la vida de un hombre útil se había perdido, como se perdieron otras varias y se perderían algunas más, sino la preciosa documentación. Aquella gente abnegada ofrendaba su vida sin vacilar, pero al menos quería gozar de la satisfacción patriótica de saber que el sacrificio no fue estéril.

Ante estas dudas angustiosas, acordóse que por última vez acudiese Paula a la estación a esperar al ignorado viajero. Si esta vez la tentativa fracasaba, de nuevo debían dar por perdida la vida del agente y el precioso material, y ponerse en guardia. Aquello constituía un embrollado ovillo que, desenredado con paciencia,

podía asomar un hilo que les llevase hasta ellos.

Paula entró con recelo en el andén. Temía que nuevamente se hubiese preparado aquel alarde de fuerzas de dos noches antes, y examinó con profunda atención a cuantos se hallaban esperando el Expreso Azul, pero sintióse tranquila. El aparato policial era el corriente, y, de no haber orden alguna, los pasaportes debían haber sido revisados en la frontera, y lo que pudiese suceder tenía que haber ocurrido en ella o en Frankfurt.

Por fin, el convoy horadó las sombras de la noche, asomando su rojo ojo en la lejanía, y el tren avanzó resoplando, cansado de la larga jornada, para penetrar en el andén de una manera lenta y suave.

Cuando los frenos rechinaron y las portezuelas empezaron a abrirse, Paula, con el corazón palpitante de angustia y de miedo, trató de abarcar todos los coches al mismo tiempo para descubrir cuanto antes a su hombre. Tenía unas señas ambiguas de él y sabía que era joven, alto, moreno y no mal parecido, pero su tarjeta clara de identificación era la cartera azul con adornos rojos en la chapa del cierre, y una profunda estrella grabada en ella.

Recorrió con ansia los vagones, hasta que de uno de ellos vio descender a un hombre de las señas aproximadas a las que poseía. Había lanzado por delante su maleta, y en aquel memento se apeaba, llevando en las manos un maletín y una cartera oscura.

Se corrió apresuradamente para ponerse frente a la cartera, y su corazón palpitó como si fuese a saltar de su pecho. Aquélla era la cartera azul con adornos rojos que con tanta ansia trataba de descubrir.

Por instinto se abstuvo de avanzar hacia él con rapidez; tenía que cerciorarse antes de que nadie se interesaba por la persona del viajero, pues hubiese sido estúpido e inútil denunciarse, al mismo tiempo, si él estaba perdido.

Un mozo se ofreció a tomar el equipaje, pero Wilbur, pues él era el viajero a quien Paula seguía con ardiente mirada, repuso, distraído, mientras registraba con la vista el andén y buscaba a la persona que debía salir a su encuentro:

—No; de momento, no; estoy esperando a... mi mujer.

El mozo se retiró para atender a otro viajero, y Paula esperó aún un poco, mientras él avanzaba, retirándose del vagón.

En aquel momento se produjo un trágico incidente a la cabeza, del convoy. Una anciana gruesa y pesada, al intentar descender de un vagón, se enredó en la falda, y había caído de cabeza, chocando con las losas del andén y produciéndose una aparatosa herida en la frente, que empezó a manar abundante sangre. La anciana y dos jóvenes que viajaban con ella, empezaron a dar alaridos angustiosos, y todo el personal que se hallaba próximo corrió hacia la herida en un impulso natural, formando en torno a ella un amplio remolino de personas.

Era el momento en que Paula, con decisión, había avanzado hacia Wilbur, y, echándole los brazos al cuello, exclamaba, muy alegre, para ser oído por el mozo más próximo:

—¡Oh, mi querido esposo! ¡Cuánto estaba sufriendo por tu tardanza!

Y fingió darle dos sonoros besos.

Wilbur, muy divertido por la escena, no tardó en apreciar que la mensajera era una muchacha muy linda y sugestiva, y, en un acceso de buen humor, la aprisionó por el talle, y sin contemplación alguna la besó con entusiasmo, diciendo:

—Mi queridísima Olga, ¿y lo que yo estaba sufriendo por volver a tenerte en mis brazos?

Ella pugnaba por apartar su rostro del de él, pero Wilbur, lleno de entusiasmo, seguía besándola hasta asfixiarla.

Ella le dio una dolorosa patada en la espinilla, diciendo:

—Basta ya, Frederich, por favor.

Fue la patada, y no la súplica, la que le convenció de que debía cesar en aquellas muestras de afecto, y la soltó.

Ella, arrebolada como una cereza, exclamó, en voz baja:

—Rápido, sígame ahora que la gente está distraída. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor para los dos.

Ella le tomó el maletín de mano, y Wilbur, con la maleta y la cartera, la siguió hasta la salida.

Nadie le había pedida documentación alguna, y, entregando el billete, salió de la estación.

Habían avanzado unos cuarenta metros, cuando alguien se cruzó con ellos al volver la esquina de una calle. El nervioso transeúnte tropezó con Wilbur, quien, de modo inconsciente para repeler el empujón, levantó la mano derecha, con la que portaba la cartera

aplicándole la mano al pecho.

El transeúnte se detuvo en seco, y luego se apartó con un gruñido, que no se supo si era una excusa o una manifestación de mal humor.

Paula, al lado de Wilbur, bajó la cabeza durante la breve escena, y luego, azorada, murmuró:

—Rápido, sígame por aquí. Jamás se dará buena cuenta de la persona con quien ha tropezado.

—No irá a decirme que es; Guillermo Tell o Federico el Grande.

—Mejor hubiese sido tropezar con ellos que con éste. Se llama Godofredo Katz y es uno de los más altos jefes de la Gestapo. Le diré que fue quien organizó la búsqueda de hace tres noches a la llegada del Expreso Azul.

—¿Qué búsqueda, monada? ¿Olvida que acabo de llegar a Berlín?

—Ah, sí, lo olvidaba. Ni siquiera había pensado en que no nos conocíamos, a pesar de que se ha mostrado usted muy expresivo en su papel de fingido esposo.

—¡Diablo! ¿Podía hacer otra cosa, cuando el Destino me deparaba una mujercita tan linda, y, además, llevaba toda la vida sin verla? Espero que no lo encuentre demasiado expresivo.

—Pues sí, señor, lo he encontrado, no expresivo, sino ultrajante. Creí que los norteamericanos no eran tan vehementes...

—¿Quién le dice que soy norteamericano?

—Ésos son los informes que nos han dado de usted.

—No haga caso de los informes. Pienso que he debido nacer en las cálidas llanuras arenosas de los beduinos. Mi corazón es caliente como el Sahara.

Ella sonrió, divertida. No esperaba encontrar de tan buen humor a un hombre que se sabía a cada minuto con la promesa de un calabozo y un piquete de fusilamiento más tarde.

Ella, nerviosa, indicó:

—Por aquí, por estas calles oscuras. Tenemos que llegar cuanto antes a nuestro destino. Nuestros amigos están que se ahogan con un pelo. Su retraso...

Se detuvo. Alguien pisaba fuerte y apresurado por detrás de ellos. La joven volvió la cabeza y su brazo apretó con ansia el de Wilbur, murmurando:

—¡Santo Dios, es ese Godofredo! ¡Estamos perdidos! Siga.

Wilbur se tensionó. Si se trataba del peligroso jefe y tenía algo contra él, no estaba dispuesto a dejarse apresar estúpidamente.

—Suélteme el brazo y siga —ordenó.

Dejó suavemente en manos de ella la cartera, y Paula, azorada, le soltó, arrimada a la fachada de una casa por delante de su compañero. Éste se rezagó un poco.

En efecto, quien se había vuelto, intentando darles alcance, era el comandante de la Gestapo, y el motivo, aunque tardío, había sido la cartera de Wilbur.

Al principio, cuando éste rechazó su empujón al echarse encima de él, no había hecho aprecio del adminículo. Una cartera en manos de un hombre era algo vulgar; pero, conforme seguía a paso acelerado, algo le bailaba en los ojos que no acertaba a fijar, y se relacionaba con aquel fugaz e inopinado encuentro.

Hasta que, bastante apartado de la pareja, la luz se hizo en su cerebro. Lo que le preocupaba era el destello rojizo que la chapa del cierre de la cartera había reflejado ante sus ojos al levantar Wilbur la mano.

Era un detalle precioso. Con las señas personales del espía, había llegado la anotación de que usaba una cartera con una chapa de cierre adornada con dibujos de esmalte rojo, y aquella cartera bien podía ser la que él andaba buscando.

Rápidamente giró como un peón y se lanzó tras la pareja, hasta descubrirla avanzando por la calle adyacente, muy próxima a una boca del «Metro».

Brusco como era, de varias zancadas se puso al lado de Wilbur, y, con voz tonante, dijo:

—Un momento, señor; haga el favor de enseñarme...

La cartera no estaba en manos de él, sino de Paula, que caminaba por delante. Godofredo dio media vuelta para, alcanzar a la joven y detenerla por un brazo, pero en aquel mismo momento el recio y cultivado puño de Wilbur se flexionó brutalmente sobre el rostro del policía, alcanzándole en la fuerte y cuadrada barbilla, y Godofredo salió proyectado hacia el vano de entrada a un garaje, contra el que chocó sordamente.

Era un momento en que nadie circulaba en derredor. Wilbur sujetó al inconsciente policía contra el rincón de la puerta,

sosteniéndole en equilibrio, y echó a andar rápidamente en pos de Paula, que se alejaba terriblemente asustada al darse cuenta de la acción decisiva y fulminante de su enérgico compañero.

Éste la tomó del brazo, y Paula, excitadísima, suplicó:

—¡Rápidos, al «Metro»! Tenemos que burlarles.

Descendieron raudos las escalerillas y alcanzaron un tren próximo a partir. En la primera estación cambiaron de coche, realizando un transborda; más tarde, volvieron a cambiar de recorrido, hasta que por último, ella, en una estación, murmuró:

—Saldremos por ésta. Si no están tomadas todas las salidas, creo que nos hemos salvado.

Nadie les molestó, y a pasos agigantados se internaron por varias calles, siendo ella la que guiaba, hasta detenerse ante el portal mal alumbrado de una finca decente, pero antigua.

—Aquí es —murmuró.

—¿Y estamos..., dónde?

—¿Conoce Berlín?

—Algo, pero no para servir de guía.

—Estamos en la Mauer Strasse. Yo vivo aquí.

—Y yo, ¿dónde voy a vivir?

—Eso lo decidirá el jefe.

—¡Ah! ¿Tengo un jefe? ¿Quién es?

—En su memento lo sabrá. Sígame y suba en silencio. Me expongo a mucho trayéndole a mi casa, pero es un deber por lo bien que se ha portado. Si le hubiesen detenido, me habrían detenido a mí también y, ¿sabe lo que eso hubiese significado? Una rápida visita a «Moabit» y luego...

—¿«Moabit»? ¿Qué es eso?

—¿No lo conoce? Es la cárcel de aquí.

Mientras subían la escalera, Wilbur comentó, jocoso:

—No conozco aún ninguna cárcel, y no porque no me hayan invitado muchas veces a conocer las mejores de Europa; pero me son tan antipáticas, que he rehuido siempre cortésmente visitarlas.

Y sonreía, divertido con el comentario.

Ganaron el último piso de la finca y se detuvieron al fondo de un pasillo. Una luz de gas reverberaba en el corredor.

La joven extrajo del bolso una llave y abrió en silencio, invitándole a pasar. Cuando estuvieron dentro, encendió la luz del

recibidor.

Alwin se vio gratamente sorprendido al descubrir que la estancia se hallaba discretamente amueblada y con gusto femenino. El diván tapizado de cretona, los visillos de una ventana que daba a un pasillo, la mesita con un juego de té sobra ella, las sillas, unos muebles ligeros con chucherías de porcelana de Sajonia, y una consola con un pequeño aparato de radio.

—Muy lindo nido —comentó—; estoy asombrado de encontrarme con una esposa tan linda, tan atrayente, tan femenina y...

—Olvide esa broma —dijo ella, ruborizándose—. Aquello ha pasado al olvido.

—Mire, muchacha; cualquier cosa olvido yo, incluso esa maldita cartera, menos aquel recibimiento de la estación. Espero que si tengo necesidad de salir de nuevo, salga a recibirme igual..., y si no, no saldré. ¿Cómo se llama usted?

—Paula...

—Está bien; pero no me agrada. La llamaré Paulette. Es más familiar. Siempre soñé tratar en diminutivo a mi esposa.

—Espéreme ahí —dijo ella, para cortar la conversación—. Voy a cambiarme de ropa.

Desapareció por el pasillo, dejando a Wilbur muellemente instalado en el diván. El inopinado espía sentíase satisfecho de aquella aventura, y tuvo muchas ganas de prolongarla sin medir las consecuencias. Se había metido en un jaleo bastante peligroso, sobre todo después del puñetazo administrado al jefe de la Gestapo, y adivinaba que por sí solo le iba a costar mucho trabajo evadir el peligro, si no contaba con una buena protección.

Además, la aventura poseía un encanto subyugante y delicioso, y tenía un nombre: Paulette.

Se hallaba entregado a estas reflexiones, cuando volvió a aparecer Ja joven. Ahora vestía una preciosa bata azul para andar por casa, y sus breves pies estaban embutidos en unas pantuflas del mismo color, adornadas con borlones rojos. La miró con más admiración, y comentó:

—Ineludiblemente, me quedo aquí para el resto de mis días.

—¡Se lo va usted a creer! Aquí sólo estará hasta que le destinen a otro sitio. Las circunstancias me han obligado a traerle a mi casa,

pero de modo provisional. ¿Quiere té?

—Si lo va a tomar conmigo, aunque sea veneno.

—Espere; voy por lo necesario para la infusión.

—Permítame. Ya ha trabajado mucho esta noche, y deseo ayudarla. Al tiempo, conoceré mi futuro nido. ¿No se molesta?

Paula no supo si reír o enfadarse. Optó por dejarle, pues comprendía que con un hombre así no se podía estar discutiendo toda la noche.

Él la acompañó a la cocina, limpia y ordenada. Al avanzar por el pasillo, metió la nariz por las habitaciones que se abrían a él, y se detuvo ante una, preguntando:

—¿Qué diablos significa esto, esposa mía?

—Éste es mi taller. Soy modista.

—Bueno; entonces yo soy Mahoma y no me he enterado.

—No lo tome a broma. Soy modista, y trabajo muchas horas al día.

—¿Para vivir?

—Al menos, para cumplir la misión que me tienen asignada. Trabajo para las esposas, hijas y hermanas de gente bien colocada dentro del nazismo.

—Comprendido y... muy ingenioso. Vamos por el té.

Recogieron el servicio y volvieron a la salita de estar.

Mientras hervía el agua y ella manipulaba en los ingredientes, Wilbur la contemplaba con arrobó. Era la primera mujer que conseguía fijar su atención más de dos minutos.

—¿De dónde es usted, Paulette? —preguntó.

—De Arizona. Nací en Sacramento.

—¡Demonios del infierno! ¡Y del país del sol ha venido a parar al purgatorio de Hitler! ¿Está usted loca?

—Sirvo a mi patria, eso es todo.

—¡Qué va ser todo! Eso se queda, para nosotros..., bueno, quiero decir para los hombres.

—Hay cosas que los hombres no podrían realizar como nosotras. Al hombre se le mira siempre con recelo y a la mujer con simpatía.

—Cuando la mujer se llama Paulette.

—Se llame como se llame, si es mujer.

—Bien; de acuerdo. En eso me ha convencido.

—Y usted, ¿dónde ha nacido?

—En Oxford.

—No gaste bromas. Oxford es de Inglaterra.

—Nadie ha asegurado que se lo hayan llevado de allí..., ni siquiera los alemanes.

—Pero eso no rima con nuestros informes. Usted es de Kansas...

—Si eso le agrada, vamos a brindar por Kansas.

—¡Oh, no gaste bromas! No creo que deba engañarnos a nosotros.

—No he intentado hacerlo. Es usted la que...

Un reloj daba las doce. Ella hizo un gesto para imponerle silencio, y suplicó:

—No hable. Voy a poner la radio, muy bajita. Van a dar las noticias de última hora.

—¡Al diablo las noticias! Me interesa usted más.

—Pero usted a mí, no. Nuestra misión es escucharlas y no perder detalle. A veces la sección de anuncios tiene un valor excepcional.

—¿Sí? ¿Qué se anuncia, que es tan interesante?

—Anuncios en clave que sirven para comunicarnos a través de la emisora del Gobierno. ¿Le parece poco?

Wilbur sonrió. Indudablemente, no servía ni para aprendiz de espía.

La radio, clara, suave, en un tono menor, muy audible, empezó a desgranar, por boca del locutor, el noticiario de medianoche. Se radiaban noticias y comentarios poéticos sobre la situación internacional, que era muy tirante, intercalándola con noticias locales.

De repente, se cortó la emisión, y, después de un breve intervalo, el locutor anunció:

«¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN!...»

«Comunicado especial de nuestras autoridades para todos los habitantes de Berlín, sin categorías ni posiciones:

»Se pone en comunicación de todos los dueños de hoteles, fondas, casas de huéspedes y de dormir, y de todos aquellos que de un modo particular admitan

huéspedes y viajeros, que deben estar al tanto de la posible llegada a sus domicilios de un individuo cuyo nombre, según documentos que deben exigir, corresponde a las iniciales F.

K. Es

un tipo de buena estatura, moreno, de unos treinta años; porta como equipaje una maleta, un maletín y una cartera azul oscura, con broche adornado en esmalte rojo.

»Quien lo localice sea donde sea, debe proceder a su detención o requerir la ayuda de nuestras autoridades para capturarlo. Se trata de un peligroso espía, que en estos momentos se encuentra en nuestra capital, y al que es urgente detener.

»Le acompaña una joven rubia de media estatura, sin que se puedan precisar más señas de ella.

»Incurrirán en gravísimas penas todos aquellos que contribuyan a retrasar la captura de dicho individuo.

El locutor cerró el noticiario, diciendo:

«Hemos terminado nuestro boletín de noticias».

CAPÍTULO V

COMPÁS DE ESPERA

Cuando Paula cortó la emisión, ambos se miraron en silencio. Ella estaba verdaderamente asustada, y Wilbur un poco confuso y extrañado. Todo podía esperarlo, menos una situación tan rara y peligrosa como aquella.

—¡Demonios del infierno! —comentó—. No hay duda de que eso se refiere a mí; pero ¿cómo diablos poseen tanto dato referente a mi humilde persona?

—¿Humilde, dice? —comentó ella—. Parece olvidar que la Gestapo es una de las policías mejor organizadas del mundo. Mucho mejor aún que la

V. D. M.

rusa.

Pues, señor —repuso Wilbur—, y yo que me creí una fortaleza inabordable con mi precioso pasaporte a nombre de Frederick Kramer... ¡Y para eso me molesté yo en robarlo y en acondicionarle a mi persona!

Paula le miró con asombro, y repuso:

—¿Qué está diciendo? ¿Es que acaso no es ése el pasaporte que le facilitó a usted nuestro Servicio Secreto?

Wilbur, malhumorado, repuso:

—¡Al diablo el Servicio Secreto, la Gestapo y todas las organizaciones policíacas y de espionaje!... Ese pasaporte no es mío, ni yo me llamo Frederick Kramer.

—¿Qué dice?

—Que yo no soy el que esperaban ustedes.

Ella retrocedió, blanca como el papel, preguntó, balbuciente:

—Entonces..., usted, ¿quién es?

La vio tan asustada, que, en un impulso irreflexivo del que luego se arrepintió, intentó gastarle una broma, y, levantándose, avanzó hacia ella, al tiempo que decía:

—¿Que quién soy yo? Se lo diré. Soy el jefe supremo de la policía alemana, que usurpé el puesto de Kramer para descubrir su organización y detenerla a usted y a todos sus amigos.

Pero detuvo su avance en seco cuando el brazo de la muchacha, en un movimiento rápido y enérgico, surgió del bolsillo de su vestido y una pistola empuñada con mano firme le apuntó al corazón.

—¡Quieto! ¡No se mueva, o le abraso!... ¡Traidor!...

Por un momento Wilbur quedó tenso, y luego, retrocediendo, rompió a reír, dejándose caer sobre el diván, presa de un ataque de hilaridad.

Ella, asombrada, con la pistola tensa, exclamó:

—¿De qué se ríe, monstruo?

—¡Me río de su ingenuidad, Paulette! No sospeché que pudiera creer la broma, pero veo que es una mujer de nervio. ¿Qué hubiese hecho, de ser verdad lo que dije?

—No saldrá vivo de aquí si no me demuestra que ha sido una broma estúpida que no le perdonaré.

—Lo siento, querida —dijo él, compungido—; de verdad que fue una broma que se me ocurrió al verla tan asustada. ¿Cree que, de haber sido quien dije, iba a haber aporreado a un alto jefe de la Gestapo? No sea niña y admita las bromas como son.

—No es momento de gastarlas cuando la vida de mucha gente leal está en inminente peligro. No le creí tan inconsciente ni tan frívolo.

—¿Por qué no lo puedo ser, aunque lo haga a costa de mi propia vida?

—No es sólo la suya la que peligra, sino la de otros muchos.



Le registró, guardándose la cartera y el pasaporte...

—Pero yo soy el que, al parecer, está al descubierto con la policía. ¿Por qué?

—Será una desgracia. ¿Por qué aseguró que no es Frederick Kramer?

—Porque no lo soy. Los acontecimientos me han privado de hablar y darle cuenta de mis actos; pero, ya que se pone tan tétrica,

le diré una cosa. Aun no siendo el que esperaban usted y sus amigos, habrán de agradecerme toda su vida que haya tomado el papel de Kramer, portando sus documentos y exponiéndome a caer en manos de la Gestapo por algo en lo que nunca he trabajado y que desconocía hasta hace pocos días. Kramer falleció de un ataque al corazón en el Expreso Azul, hace cuatro noches, viajando en mi compañía desde Varsovia, y sólo porque muriese tranquilo me presté a cumplir su último deseo de hacerme cargo de sus documentos y traerlos a Berlín, para hacer entrega de ellos a la pensiona que debía salir a recibirle. Si ahora cree que, por hacerles ese favor, merezco verme en el terrible peligro que las circunstancias me han puesto, dígalos.

Paula, que había guardado su pistola con recelo, exclamó:

—Por favor. Quien quiera que usted sea, ¿quiere explicarse?

—Lo haré, porque debo y porque usted me inspira en este momento compasión. Siéntese a mi lado, y escuche.

Minuciosamente le dio cuenta de toda su odisea desde que saliera de Varsovia.

Paula, que le había escuchado anhelante, preguntóle:

—Pero, entonces, ¿cómo ha podido apropiarse del pasaporte de Frederick? ¿Y su fotografía y los sellos?...

Él extrajo del bolsillo el pasaporte, y, mostrándoselo, preguntó, con orgullo:

—Repáselo, y dígame si hay algo en él que no demuestre que es el auténtico.

—Claro que no hay nada... ¿Quiere decir que está falsificado?

—En parte. Cambié la foto de Frederick por la mía y recompuse los sellos.

—No puedo creerlo —afirmó ella, con recelo.

—Si necesita más prueba, vea ésta.

Y le mostró la foto del muerto que arrancara del pasaporte, sobre una de cuyas esquinas aun podía apreciarse parte del sello que la inutilizara.

La prueba era tan elocuente, que Paula tuvo que rendirse a la evidencia.

—¡Oh! —exclamó—. Ha sido una falsificación maravillosa. Nadie la descubriría sin un profundo análisis. ¿Quién pudo hacerle este trabajo?

—Mis lindas manos, ¿señorita Paulette? ¿O es que me cree un inútil incapaz de hacer nada bueno?

—¿Usted? Pero si este trabajo sólo puedo hacerlo un...

Se detuvo, confusa, sin encontrar la palabra. Wilbur sonrió, y dijo:

—Termine. ¿No iba a decir un hábil falsificador?

—Sí, iba decirlo, pero... no me atreví.

—Pues dígalo. Eso ha sido.

—En ese caso... ¿Quién es usted, repito?

—Pues... Frederich Kramer. ¿No es bastante para ustedes? Frederich que acaba de llegar de Varsovia con una cartera conteniendo dentro dinamita para hacer saltar un imperio. Ahí tiene los malditos documentos que pude pasar, para convencerse, y lo demás vamos a dejarlo dentro del secreto del sumario. Soy Kramer, y, como ha oído, un pregonado que por donde se mueva está expuesto a ser detenido y enviado a un paredón por servir intereses ajenos. ¿Le parece poco?

—Por servir intereses ajenos... y propios. Me dijo que era inglés. ¿Es cierto?

—No tengo por qué negar mi patria.

—Entonces, siéntase orgulloso de haber hecho esto, porque ha servido a los intereses de su nación.

—Quisiera saber qué premio me reservaría ésta, si llegase a sus manos.

—El que usted se haya merecido.

—Entonces, renuncio a él; y ahora, señorita Paulette, vamos a lo que importa. Usted ha oído esa noticia. Maldigo para lo que me ha servido tan bonito trabajo arreglándome ese pasaporte a la medida, cuando resulta dentro de mi bolsillo como un barril de dinamita con la mecha encendida.

—Es cierto; pero si ese pasaporte es un peligro, en cambio, el suyo...

—El mío es otra bomba con la espoleta preparada para estallar. En este momento ganaría el Cielo sin documentación alguna, mejor que bien documentado.

—¡Por favor! No me irá a decir que también estaba perseguido anteriormente por algo... poco legal...

—Pues... sólo le diré que, ni con pasaporte robado, ni con

pasaporte propio, me encuentro en libertad para moverme, Europa, en estos momentos, es para mí como un pantano de arenas movedizas, Donde ponga el pie, estoy expuesto a hundirme hasta el cuello; pero como mi mayor peligro en este momentos dimana de haber tenido un rasgo de patriotismo inopinado a causa de esos documentos, es a ustedes a quienes corresponde sacarme del atolladero. Piense que por su causa sólo soy Frederick Kramer y obren como hubiesen obrado con él. Eso es todo.

—Bien; puesto que no desea hablar de su verdadera persona, no puedo obligarle, después de lo que ha hecho por nosotros. Será el Kramer que esperábamos y como a tal le ayudaremos.

—Eso es ponerse en razón. ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Se lo diré. Ahora, permita que dé un recado por teléfono.

Salió al taller, donde tenía el teléfono. Marcó un número, que él no pudo saber cuál era, y poco después la oía decir:

—¿La señorita Olga? Sí, de aquí, de su modista. Bien. Ah, ¿es usted? Le llamaba para decirle que recibí el modelo que tanto estábamos esperando. Ha llegado bien y sin arrugas, por fortuna, y lo tengo en mi taller. Se lo aviso para su satisfacción y mañana me dirá qué debo hacer con él. No debemos exponerlo a que se manche o sufra alguna avería. Sí, sí, mañana le daré detalles. ¡Ah! Los adornos han llegado completos. Bien, hasta mañana.

Colgó y volvió al cuarto de estar. Wilbur, que no había perdido una sílaba del monólogo escuchado, comentó:

—Muy hábil dando noticias, Paulette. Tengo que reconocer que el Servicio Secreto aliado sabe elegir concienzudamente sus auxiliares.

—Gracias. Debo declarar que este trabajo no es para tontos.

—Bien; y, ahora, ¿qué? —interrogó Wilbur.

—Ahora, por esta noche, me veo obligada a prestarle refugio. Es algo que no sospeché pero la lealtad me obliga a no exponerle. Se quedará a dormir aquí.

—Y usted, ¿dónde va a dormir? —preguntó, con picardía, pues había observado que el departamento sólo contaba con un dormitorio.

—Yo dormiré donde siempre.

—Y a mí me reserva la bañera, ¿no es eso?

—A usted le reservo una cama. Sígame.

Le llevó a una pequeña habitación que servía de cuarto ropero. Era una habitación ancha, pero de poco fondo. En el testero opuesto de la pared un gran armario ocupaba casi todo el terreno.

—¿Piensa colgarme de una percha? —preguntó, humorístico—. Le advierto que no me gustan los presagios. Un anticipo de verme colgado, aunque sea por la ropa, no me agrada.

Ella no le hizo caso. Abrió el armario, en el que había bastantes vestidos colgados de las perchas, y palpó el interior. Poco más tarde; el fondo del armario abríase como una puerta, y ella saltó al interior, para desaparecer dentro del hueco. No mucho después, brillaba una luz.

—Entre —dijo—. Le mostraré su refugio por esta noche.

Él pasó con curiosidad y se vio en una pieza de igual tamaño que el ropero. En ella había una cama turca, una mesilla de noche y algunas otras cosas que no examinó.

—Oiga —dijo—; esto es una ratonera. Me asfixiaré ahí si permanezco muchas horas encerrado.

—Posee una rejilla respiratoria por detrás del fondo del armario, donde corresponde al cajón de abajo. Puede resistir perfectamente, pues no es la primera persona que ha dormido ahí.

—Bien; si no hay nada mejor... Peor dormiría en una celda de «Moabit». Espero que no se le olvide sacarme de esta tumba.

—Descuide; no me gusta el olor a carroña. Que descanse.

—Y usted también; y... no se le olvide pensar un ratito en mí.

—Le prometo que va a constituir mi pesadilla esta noche.

Y, saliendo fuera, corrió el fondo del armario, dejándole incomunicado.

Wilbur, que sentíase terriblemente cansado, no lo pensó mucho. Descorrió el cobertor, desnudóse y, metiéndose en la cama, mató la luz que lucía opacamente en la lámpara, sobre la mesilla de noche.

Le costó trabajo conciliar el sueño. Eran muchas las emociones sufridas para no sentirse influenciado por ellas y por su situación. Cierto que allí parecía seguro y que aquella gente a la que se había ligado de manera tan extraña no le abandonaría, por la cuenta que les tenía; pero, a pesar de ello, no dejaba de ponderar que estaba metido dentro de un terrible cerco de hierro y que era cosa de estudiar concienzudamente la manera de salir de él y abandonar Alemania.

Y terminó por dormirse, riéndose de los cincuenta mil policías que en aquellos momentos le estarían buscando por todo Berlín.

* * *

Eran, las ocho de la mañana, cuando ya Paula estaba preparando el desayuno para ella y para su huésped. La muchacha apenas había dormido. Cuando se quedó sola, estuvo repasando los documentos que Wilbur portaba en la cartera, y sintióse satisfecha del botín conquistado.

Ahora, esperaba una visita, pero antes, quiso dejar listo el desayuno y a su huésped en condiciones de ser presentados.

Sobre las ocho y media, golpeó el fondo del armario y luego le abrió:

—Adelante los ángeles de la Gloria —dijo Wilbur, bostezando—. ¿Me trae algo bueno el hada madrina?

—El desayuno.

—Magnífico despertar. Huele que marea... Oiga: mi madre, al traerme el desayuno, solía darme un beso, deseándome un feliz día.

—La mía, también, pero... está muy lejos y no puede hacerlo. ¿Y la suya?

—No existe, desgraciadamente; pero podía hacerlo usted por delegación.

—Eso no entra en el servicio de contraespionaje. Desayune pronto, vístase y esté preparado para recibir una visita.

—¿Viste también faldas? Si así es, procure que sea algo más sugestiva que usted y más comprensiva. Si es así, dígame que está autorizada para darme unos cuantos besos de bienvenida.

—No se relama. La visita posee un magnífico bigote.

—Lo siento. No me gusta que me hagan cosquillas.

Ella dejó el desayuno en la mesilla, diciendo:

—Se quedará aquí hasta que yo venga a buscarle. No puedo exponerme a que salga, por si quien llama es persona extraña a mis actividades. Me visitan varias, clientes y debo estar con cuidado.

Salió, cerrando, y esperó con ansia.

Media hora más tarde llamaban al timbre. Paula salió a abrir, y se enfrentó con un individuo vistiendo un mono azul de trabajo y una gorra con unas letras en anagrama. Al hombro portaba un largo tubo de goma y una caja grande y alargada de metal.

—Buenos días, señorita —dijo—. Me envían de la fábrica del gas a repasar el contador y la tubería.

—Pase. Puede verla.

Cerró con cuidado, y, cuando se aseguró de que nadie podía oírles, exclamó:

—Estoy sobre ascuas, Correlly. Ese hombre en mi casa es un peligro.

—¿Hay algo que no sea un peligro para todos? Cálmate y deja los nervios. Tú nunca los tuviste.

—Sí; pero han sucedido tantas cosas, que hay momentos en que me dejo dominar de ellos. ¿Oíste anoche la radio?

—Sí, y me sentí un poco tranquilo. El hecho de que lanzasen aquel aviso desesperado indicaba que todo había ido bien y que Frederich había conseguido entrar en Berlín sin ser descubierto a tiempo.

—Sí, pero el drama no es ése. El drama es que Frederich no es Frederich.

—Pues, ¿quién diablo es, entonces?

—No lo sé, pero no es él. De todas formas, traía eso.

—¿Quieres explicarte, Paula?

—Lo haré, pero rápidamente. No puedes estar aquí más que el tiempo prudencial para que crean que cumples tu misión de obrero. Escucha.

Y le dio cuenta de todo lo que Wilbur le había dicho.

—¡Diablo de hombre! ¿Quién es, entonces?

—No me ha dicho más que es inglés. Algún motivo poderoso le obliga a ocultar su personalidad verdadera.

—Bien; el caso es que nos ha ayudado enormemente y nos ha salvado un escollo terrible. ¿Dices que Frederich murió en el tren, antes de llegar a Posen?

—Eso me ha dicho. Y que cambió algunos de sus papeles por los del muerto.

—Bien. Creo que podré saber quién es. Algo habrá publicado la prensa de Posen sobre el muerto. Haré buscar los periódicos y que me den los detalles. Mañana estaré al corriente sobre su persona.

—Y ahora, ¿qué, Correlly?

—¿Ahora? Todo depende de lo que ese tipo quiera hacer. Parece un buen elemento y decidido. Además, por lo que veo, posee una

gran habilidad para falsificar documentos. Sería una buena ayuda para nuestra causa.

—Pues habla con él y sondéale. Un hombre podrá manejarle mejor que yo.

—¿Por qué?

—Porque es un frívolo empedernido. Parece no dar importancia a su situación, y sólo piensa en dedicarme piropos.

—Mal asunto, pero... a veces sirve también. Una mujer tiene más fuerza que nadie para manejar a un hombre de esa clase. Llévame a su presencia.

—Lo traeré al comedor. Ha dormido en la alcoba secreta.

Marchó en busca de Wilbur.

—Señor X, haga el favor de seguirme.

—Bonito nombre, Paulette. X. significa una incógnita. Me agrada el patronímico. ¿Dónde vamos?

—A presentarle a nuestro jefe.

—¡Diablo! ¿Es que resulta que ahora tengo jefe? ¿Es el del bigote?

—Sí.

—Presiento que no me va a gustar. Mi elemento debe hacer ruido de faldas.

La siguió hasta el comedor. Paula se echó a un lado para dejarle pasar, al tiempo que decía:

—Le presento al comandante Fred Correlly, jefe de nuestra sección de contraespionaje.

Wilbur miró con cara de asombro al falso obrero del gas, y exclamó, con humorismo, tendiéndole la mano:

—Tanto gusto, comandante; pero me estoy preguntando qué caso le haría un buen regimiento si le mandase usted con ese mono y esa bonita caja al hombro.

—Un buen regimiento me seguiría hasta el fin del mundo, señor...

Se quedó dudando, como invitándole a dar su nombre. Wilbur repuso, sonriente:

—Señor X. Acaban de rebautizarme, y me agrada el nombre.

—Bien; lo dejaremos así, de momento. He venido a conocerle, a recoger esos documentos y a agradecerle lo que ha hecho por nuestra causa.

—Pues... creo que no lo merece, comandante. No lo hice por ustedes, sino por egoísmo personal. Aquel pasaporte creí que me iba a servir de mucho, y lo necesitaba. Quizá si hubiese sabido que iba a aumentar aún más mis inquietudes, me hubiese mirado mucho en lo que hacía.

—¿Es que hubiese preferido que los papeles cayesen en otras manos?

—No; pero los hubiese quemado, como me pidió Frederick.

—Hubiera prestado usted un servicio al enemigo aun haciendo eso. Créame que tanto rusos como alemanes se darían por satisfechos con que un incendio destruyese esa documentación.

—Bien; pero a mí nadie me pagaba por correr ese riesgo.

—¿Y el patriotismo? Creo que es usted inglés.

—Bueno, déjese de historias. Cada uno sabe su situación y lo que le conviene.

—Bien, no quiero disentir eso. Le estoy demasiado agradecido para hacerlo, pero se presenta el problema de su situación futura. ¿Cuáles son sus planes?

—¡Campanas del infierno! Ninguno. Antes los tenía, malos o buenos; ahora, complicado en este asunto, corresponde a ustedes sacarme del atolladero. Yo ya hice lo mío en su favor.

—En efecto; pero la cosa no es fácil, sobre todo mientras no se calme un poco la marejada que se ha levantado con su intromisión en Berlín. A estas horas hay cincuenta mil agentes de la Gestapo soñando con echarle mano, y puede apreciar lo que eso significa. En su momento nos ocuparemos de usted, si tantas ganas tiene de volver a Inglaterra.

—No, ninguna. Su Graciosa Majestad Imperial estima, que mi presencia en Londres puede ser caótica, y yo, por mi parte, pienso que la niebla de Londres es perjudicial a mis pulmones; pero hay algunos climas templados y tierras soleadas que aún no he probado, y me agradaría, verme en ella. España, Portugal, Tánger, acaso...

—Procuraremos complacerle. Pero... piense en algo que le voy a decir. Ha demostrado ser un hombre entero, es listo y valiente, joven y decidido. Además, creo que posee un don especial para..., digamos, corregir ciertos documentos. ¿Qué le parecería ingresar en nuestro servicio con una buena paga y la protección del Gobierno?

—Puede que resultara algo magnífico si consiguiesen ustedes

deshacer en un vaso de agua esa organización alemana que se llama la Gestapo...

—Con ella y sin ella está usted en mala situación. A nuestro lado, correría nuestra suerte, contando con nuestra protección hasta donde podamos protegernos.

—Lo pensaré, pero de momento, ¿qué resuelve?

—Se lo diré cuando haya cambiado impresiones con mis hombres. Por lo pronto, éste no es un mal refugio.

—Un poco estrecho y con una patrona demasiado áspera.

—¿Quiere que le hospede en el Hotel Esplanada, en Bendler Strasse? Tiene unas magníficas vistas al Tiergarten.

—Quizá me agradase más Schloss Elatz. El palacio Imperial debe ser más cómodo.

Correlly sonrió. Aquel tipo era un humorista.

—Puedo recomendarle a nuestro amigo Godofredo Katz. Le acogería con los brazos abiertos.

—Y yo a él, si me lo dejasen a solas cinco minutos.

—En ese caso, hoy se quedará aquí y mañana hablaremos. Le repito las gracias y le recomiendo estudie mi proposición.

—La estudiaré en las delicias de mi pequeño palacio.

Correlly abrió la cartera y sacó todos los documentos, echándoles un vistazo. Luego descolgó su caja de herramientas y, colocándola sobre la mesa, manipuló en ella. La caja se abrió por un costado, mostrando un hueco de doble fondo. Introdujo en él los papeles y volvió a cargar con la caja.

—Muy bonito —comenzó Wilbur—. Vuelva con una un poco más grande, en la que pueda meterme a mí y sacarme de Berlín. Sería un precioso juego de manos.

—Quisiera poder complacerle, pero me temo que si no le achican no podrá ser. Hasta la vista, señor x.

—Adiós.

Se estrecharon la mano reciamente. Pese a todo, ambos se habían sentido atraídos uno al otro.

Paula, nerviosa, dijo:

—Escuche; le voy a dejar fiambres allá dentro para la comida. Le enseñaré a cerrar el armario desde dentro y puede quedarse aquí, cuidando de que nadie le descubra. Piense en lo que nos jugamos todos.

—Obedeceré como un chiquillo bien educado.

Ella se preparó para salir recogiendo sus útiles de costura. Sobre una mesa se destacaba un acerico muy lindo. Se trataba de una redonda almohadilla cubierta con un trozo de tela ajustada por un aro de metal, que la ceñía al grueso del adminículo. Wilbur lo tomó en su mano ofreciéndosela, al tiempo que comentaba:

—Un bonito prende-alfileres. Tiene la ventaja de que cuando se ensucia la tela basta con levantar este arete y cambiarla, ¿no es así?

—Así es, y además, tiene otras propiedades que nuestro amigo Godofredo desearía conocer. Por ejemplo...

Manipuló de forma que Wilbur no supo cómo lo hizo, pero súbitamente vio como la parte cóncava del acerico, con tela y todo, se abría, mostrando el interior hueco. Al echar un vistazo quedó admirado. Dentro, perfectamente acoplada, había una diminuta y preciosa máquina fotográfica, con un objetivo de los más modernos y potentes, que el genio alemán había creado. Ella le miró burlona y dijo:

—Cuando quiera una bonita foto se la haré. Se pueden ampliar a tamaño natural, sin defectos.

—¡Rayos del infierno!... ¿Para qué quiere ese aparato?

—Pues... para fotografiar modelos de vestidos en casa de mis clientes. En este momento voy a coser a casa del general von Morbiguer, donde a lo mejor encuentro un buen modelo que me interese.

Y calándose el sombrero, le hizo un gesto de burla, con la mano, despidiéndose:

—Adiós, mamá —dijo Wilbur sonriente—. ¿No me das un besito de despedida?

—Cuando seas bueno, hijo mío. Hoy no te has sabido la lección. Estúdiatela, y acaso mañana...

Salió, cerrando la puerta con llave. Wilbur sonrió de nuevo complacido. Paula le estaba, gustando como ninguna otra mujer, y cuando a él le gustaba algo a fondo, era demasiado caprichoso para no hacer todo lo posible por conseguirlo.

CAPÍTULO VI

UN DESCUBRIMIENTO Y UNA PROPOSICIÓN

Wilbur pasó un día muy aburrido, hasta que al anochecer apareció Paula. Parecía satisfecha, aunque cansada.

—¿Qué hay, costurera de la reina? —preguntó él con sorna.

—Mucho cansancio. Creí encontrarme la cena preparada.

—Pues no; no se me ocurrió que eso podía entrar en mis funciones de miembro voluntario del Servicio de Inteligencia. Debí haberme facilitado un reglamento.

—La galantería no necesita reglamentación. Yo me he pasado ocho horas cosiendo sin levantar cabeza, y usted ha estado aquí muy descansado.

—En efecto, pero mañana puede llevarme como aprendiz adelantado.

La joven se desvistió, dejando el acerico sobre la mesa. Él lo tomó, preguntando:

—¿Contiene alguna bomba de nitroglicerina?

—Es posible. El laboratorio lo dirá.

—Diablo, ¿hubo pesca entonces?

—Algo. Mientras el esposo de mi clienta acudía a una llamada telefónica, dejó sobre su mesa una carta que acababa de recibir del Ministerio de Defensa. Parece que tiene algo importante dentro, y aprovechando unos segundos de descuido pude fotografiarla.

Wilbur, muy serio, exclamó:

—Oiga; monada, ¿no le parece que es mucha imprudencia y un trabajo demasiado cruel para una mujer en la plenitud de su vida? ¿Por qué no lo hace el bigotudo repasador de cañerías de gas, en

lugar de pasearse con la caja al hombro?

—El bigotudo hace cosas que yo, a pesar de sentirme audaz, no me atrevería a hacerlas. No juzgue lo que no sabe, y escuche esto, aquí, en este servicio, no hay distinción de sexos más que en el modo de vestir. Todos tenemos, una misión conjunta y corremos a medias, el mismo peligro. Nos repartimos el trabajo, y sólo lo que uno no puede hacer, lo hace otro y viceversa. Ahora déjeme en paz, que voy a preparar la cena.

—Protesto. Creo que a mí me corresponde también hacer algo, aunque sea en el terreno honorario.

—Gracias; pero me temo que cocinando sea usted una sublime calamidad.

—Oiga, cuando yo estuve en el ejército... Bueno, quiero decir que cuando serví voluntario en las colonias, guisaba y merecí una condecoración. Déjeme ocuparme de eso y dedíquese a su laboratorio. Nos repartiremos el peligro.

Wilbur, divertido, encendió la cocina de gas y, rebuscando por la alacena, se entregó a la tarea de confeccionar ciertas recetas culinarias, de cuyo resultado al paladar no estaba muy seguro, pero, cuando menos, si los ingredientes eran buenos, se podría comer.

Media hora más tarde, Paula surgía de la alcoba secreta donde estaba el laboratorio. Parecía muy satisfecha.

—¿Algo útil? —preguntó Wilbur, probando una salsa de su invención.

—Creo que sí. Son detalles técnicos de las bases militares de Hamburgo. Parece ser que se refuerza la guarnición y las defensas. Algo en conjunto, pero útil.

—¡Magnífico! Eche ese microfilm a esta salsa, a ver si adquiere más energía. Parece poco espesa.

—¿Qué demonios está haciendo ahí, señor Kramer?

—Llámeme X. Es más corto y expresivo. Esto que estoy confeccionando es un plato de mi invención. Se llama salsa a la Gestapo, y espero que sea lo bastante detonante como para que no quede nada del techo cuando salgamos proyectados por los aires. ¿Quiere probarla?

Ella lo hizo con recelo, pero pareció sentirse satisfecha de la prueba, porque comentó:

—Bastante agradable al paladar. Empero que el kilo de

bicarbonato que compré ayer sea suficiente para aminorar sus efectos.

—Gracias. Eso ya es un elogio. ¿Qué sabe del bigotudo?

—No sé una palabra de él aún. Me avisará.

—Espero que lo haga antes de que más pobres barbas parezcan un campo, nevado. ¿Le gustan a usted los espárragos a la vinagreta?

—Mucho.

—Y a mí; pero como no encontré espárragos, estos torreznos con salsa de tórnate, apio y cominos deben saber aproximadamente igual. ¿Quiere sentarse para que la sirva?

—Gracias. Cédame ese honor.

—Encantado. Cuando nos casemos espero que lleguemos a un acuerdo, para repartirnos estas tareas.

—Y cuando nos divorciemos se las cederé todas.

—Soy enemigo del divorcio, Paulette.

—Y yo del matrimonio, señor x.

—¡Qué pena, ahora que yo me había reformado en ese sentido!

La cena estaba bastante apetitosa, y ambos dieron fin a ella con agrado. Durante más de dos horas estuvieron charlando sobre cosas diversas, pero aunque ella, habilidosa, intentó llevar la conversación a un terreno donde él dijese algo sobre su vida, la joven tropezó con una muralla muy difícil de saltar.

Daban las once, cuando Paula pareció decaer en sus ganas de hablar.

Él, al observarlo, preguntó:

—¿Le hastía mi conversación, o está cansada?

—Ninguna de las dos cosas; es que han dado las once y me domina la sensación del peligro que estará corriendo alguno de nuestros hombres en este momento.

—¿De qué se trata?

—Hoy es jueves. Los jueves, si algo no obliga a hacerlo antes, comunicamos con Suiza por medio de una pequeña estación de radio que poseemos. Allí recogen nuestras noticias, y las envían a su destino.

—¿Y qué sucede con esa estación?

—Que corremos el albur a cada emisión de que la localicen. Hoy existen unos aparatos especiales que montados en un camión y con un auto auxiliar, pueden localizar el punto exacto donde funciona la

emisora clandestina. No hace mucho descubrieron, muy próximo a este lugar, una estación rumana. No quiero pensar dónde estarán a estas horas los que la hacían funcionar.

—Trasládenla de sitio.

—No es tan fácil como parece. Tenemos dos lugares distintos y solemos llevarla de uno a otro, con peligro de que nos cacen con ella en la maleta, pero si andan a la caza de ella, es fácil que tengan algún servicio de captación por ambos lugares. No estaré tranquila hasta que sepa que nada ha sucedido.

—¿Cómo lo sabrá?

—Alguien llamará al teléfono a las doce, preguntará si es un número distinto, y luego dirá: «Perdone, me he equivocado». Ésta será la señal de que todo salió bien.

—¿Quién maneja la estación?

—Todos, por orden riguroso. Es un peligro a repartir, pero esta noche quizá la maneja Correlly. Tendrá que dar cuenta de que ha llegado a nuestro poder el material.

—Eso quiere decir... que usted también debe manejar la estación.

—Justamente. La manejo bien y es sencilla. El peligro sólo estriba en que puedan localizarla.

Wilbur, muy serio, repuso:

—Oiga, tendrán que enseñarme su manejo, y el día que le toque a usted, me ocuparé yo de transmitir. No consentiré que usted se exponga a eso.

—Es mi obligación, y usted no pertenece a nuestro grupo.

—Eso nada dice. Mientras me vea ligado a ustedes por las circunstancias, puedo ser uno de tantos. No olvide que he realizado el trabajo más difícil trayendo la cartera.

—Eso se lo dice a Correlly.

—Eso se lo diré a quien tenga que decírselo.

La conversación se prolongó hasta que vibró el teléfono. Cuando recibió la contraseña, respiró con ansia.

—A Dios le sean dadas las gracias —dijo—, todo salió bien.

—En ese caso acuéstese. Está muy fatigada.

—En efecto. Estoy cansada y con los nervios deshechos. Le agradezco la invitación. Acuéstese también, y mañana quizá haya novedades para todos.

Al siguiente día, temprano, llamaron a la puerta. Esta vez no era el de la Compañía del Gas, sino un pintor de brocha gorda que venía a pintar el friso del pasillo. Se trataba de Correlly, con otro aspecto distinto. Parecía un maestro de la metamorfosis, y debía poseer un arsenal de disfraces para su uso.

Cuando se reunió con Paula y Wilbur, la joven preguntó:

—¿Todo bien, jefe?

—Hasta ahora sí Paula. Esto parece que toca a su término; las cosas no marchan bien aquí dentro y la guerra puede estallar de un momento a otro. Hemos, hecho una buena labor aquí y nos hemos ganado un merecido descanso. Cuando acabemos unas cosas que hay entre manos será llegado el momento de salir de aquí.

Ella le entregó la foto que tomara el día anterior. El diminuto clisé quedó encerrado dentro del hueco mango de la gran brocha que se atornillaba sabiamente.

Después de aquellos preliminares, indicó a Wilbur un asiento y dijo, con voz calmosa:

—Y ahora vamos a hablar usted y yo, señor Alwin.

Éste dio un salto en el asiento, y asombrado, dijo:

—¿Quién le ha dicho a usted que yo me llamo...?

—Cálmese, amigo. Ha sido cosa fácil averiguarlo. Me ha bastado repasar los periódicos de Posen y leer el encuentro del cadáver de Frederich para saber quién era su suplantador. Comprenderá que la cosa era sencilla.

—En efecto; debí darme cuenta de ello —dijo, con tono desabrido, Alwin—. Y ahora, ¿qué? ¿Desmerece eso algo con referencia al favor que les hice?

—Nada en absoluto.

—Bien. ¿Qué más sabe de mí?

—¿Quiere que se lo diga... aquí?

—¿Por qué no? Se ha desflorado el secreto y tarde o temprano saldrá a relucir lo que hay debajo. Prefiero que sea ahora y sepa, lo que va a suceder después.

—Muy bien. Así me gusta a mí plantear las cosas, y puesto que me ha invitado a hablar, le diré lo que sé. ¿Conoce al coronel Arnold?

—¿Tiene algo que ver eso?

—Sí. El coronel Arnold es hoy jefe del servicio de espionaje combinado en Inglaterra. Si no me informó mal anoche, en su comunicación, usted ha servido a sus órdenes en la
R. A. F.

Antes había sido teniente transmisor en un regimiento en El Cabo, y después se hizo piloto, y llegó a capitán bajo su mando. Usted ha sido siempre un muchacho despreocupado, alegre, gastador y divertido. Muy hábil como topógrafo; la pluma en sus manos no tenía secretos, y un día, un poco bebido, falsificó una orden de pago del capitán cajero. Cobraron ustedes doscientas libras y se las gastaren alegremente entre media docena de locos como usted. Cuando se descubrió el caso, usted cargó en absoluto con la responsabilidad y fue expulsado del Ejército del Aire.

»Aquello arruinó, su vida, y ya lanzado, nada le importó lo que viniese detrás. Se lanzó a vivir de su habilidad manejando la pluma y los pinceles, y hoy es la pesadilla de una decena de naciones, que le proporcionarían con mucho gusto alojamiento gratuito para toda la vida.

»Esto explica su huida precipitada de Varsovia, y su decisión de camuflarse con el pasaporte de Frederick, que tan hábilmente arregló usted para escapar.

»Éstos son los datos que anoche me facilitó el coronel Arnold. Usted dirá si hay error o exageración en ellos.

Wilbur se había quedado tenso y con los ojos brillantes. Por vez primera en su vida sentíase rabioso y avergonzado de que sus actividades ilegales saliesen a la superficie. Siempre tuvo a gala su habilidad, que tantos quebraderos de cabeza, aportaba a policías hábiles de media Europa, pero en aquel momento sintió hasta rubor, y era porque había delante una mujer que escuchaba, y esa mujer estaba empezando a influenciar su vida de una manera notable.

Levantándose calmoso, repuso:

—Su información es fidedigna, señor Correlly. ¿Debo considerarme detenido por ello?

—No. Mi jurisdicción no alcanza a tanto, y menos aquí; pero sí tengo algo que añadir, y se lo diré para que lo digiera como pueda.

»El coronel está informado de que fue usted quien, con exposición de ser fusilado, trajo a nuestras manos esos papeles. Ni

él ni yo ignoramos que, de haber querido manipular con ellos, alguien en Europa le hubiese pagado bien la entrega. Esto es algo que dice mucho en su favor.

—Gracias. Una satisfacción espiritual que vale poco.

—O que puede valer mucho. El coronel Arnold me ha encargado que en su nombre le haga una proposición, y se la voy a hacer.

»Me ha asegurado que conseguirá su completa rehabilitación y se borrará de los archivos policiales de Inglaterra todo su historial si acepta ingresar en el Servicio Secreto, continuar a nuestro lado la labor que aún falta por hacer y, como última prueba, aceptar la misión que se le confíe para hacer llegar a Londres todo el material que trajo usted.

»Aunque a estas horas se están haciendo microfilms de todo para intentar pasarlo, hacen falta allí los originales auténticos para traspasárselos a Norteamérica. Yo no soy inglés, ni la mayor parte de los que aquí trabajamos, pero sí algunos, puesto que nuestra misión es conjunta. Como comprenderá, es un asunto que me interesa poco en el orden de nacionalidad, pero me apena que un hombre culto, de carrera y no mal muchacho, se vea lanzado a esta situación y con todos los horizontes cerrados para el porvenir. En el Servicio Secreto de su país tiene un porvenir por delante, una rehabilitación, y tendrá una paga que le permitirá vivir con desahogo. ¿Puede contestar algo a eso?

Paula escuchaba con la cabeza baja y el rostro tenso. Wilbur la miró, y encarándose con ella, preguntó:

—Paula, ¿cree usted que eso, además de rehabilitarme nacionalmente, me rehabilitaría también humanamente a los ojos de algunas personas?

Ella repuso, mirándole de cara:

—Wilbur, es usted un loco, pero un buen muchacho. ¿Por qué no prueba?

Wilbur, sonriendo levemente, repuso:

—Usted decide, Paula. Siento que esta pobre vida mía haya salido a relucir aquí, cuando algo noble de lo poco que he realizado parecía haberla hundido en el vacío. Dígame que acepto y que trataré de borrar el ayer, aunque no me sirva para mucho. Quizá mi patria me pague el servicio que le he prestado de esa manera, pero quedará por toda Europa la aureola de mi fama. Mal asunto para el

Servicio Secreto si esto trasciende.

—El Servicio Secreto es algo invisible fuera de los que lo componemos. No se preocupe, porque algún día todo eso quedará olvidado como se olvidan muchas cosas. El porvenir es el que importa, y ése se le ofrece ahora soleado, glorioso y honrado. ¿Es poco?

—Es mucho, si, como asegura, todo se olvida y las personas que yo deseo lo olvidan también. Como jefe, mándeme, pues desde este momento estoy a sus órdenes, mi comandante.

Correlly le tendió su mano, diciendo:

—Capitán Alwin, ésta es mi mano; mano noble y generosa, que sólo acepta con calor la de los hombres fuertes, dignos y leales a su patria. Si eso le dice algo, estréchela.

Wilbur la retuvo con fuerza, diciendo:

—Gracias, comandante, es la primera prueba de estimación que recibí desde hace mucho tiempo. Espero que no se arrepienta de habérmela ofrecido, y no le engaño si le aseguro que para mí será una felicidad que otras manos, tan dignas como la suya, se me ofrecen con la misma emoción. Es cuanto puedo decirle.

Se retiró hacia atrás, dejando escurrir el brazo a lo largo del cuerpo. Paula, que había permanecido tensa, tratando de ocultar la emoción que le estaba produciendo la escena, levantó la cabeza, miró a Wilbur de frente y luego, levantando el brazo derecho, dijo, tratando de dar firmeza a su voz:

—Capitán Alwin: sí cree que una mano más, aunque sea la mía insignificante y de mujer, puede aumentar su fe y hacerle más dichoso..., ésta es la mía.

Él se quedó un momento dudando, sin atreverse a tomarla. Luego, con acento firme, repuso:

—Aún no, Paula... Aún no me considero digno de ello. No quiero con esto desmerecer a nuestro jefe el comandante, cuya mano he estrechado. Somos hombres y trabajamos en un mismo plano de peligro y disciplina. Mi acto ha sido de lealtad al servicio y al hombre responsable de una misión trágica, en la que todos debemos estar unidos en un apretado haz. Lo de usted es diferente. Quisiera demorarlo hasta que haga algo que en realidad no sólo borre el pasado, sino que me haga digno de ese honor. ¿Quiere comprenderme?

—Le comprendo, Wilbur..., y... acepto la demora.

—Gracias; es cuanto quería.

Correlly, satisfecho del final de aquella aventura, dijo:

—Bien, Alwin; ahora hay que preocuparse de usted. Debe salir de aquí, pero no puede hacerlo sin documentación o con la que tiene. Puesto que posee esa habilidad para tratar los documentos, voy a proporcionarle un pasaporte en blanco para que lo rellene con un nombre distinto y pueda poseer un documento acreditativo que le permita moverse con cierta libertad. Después, cuando pueda salir a la calle con el menor riesgo, le asignaré su hospedaje y el trabajo a realizar.

Wilbur advirtió:

—Mi comandante: no olvide que actué como teniente en transmisiones y que sé manejar un aparato de radio.

—No lo olvido eso, ni que sabe usted volar, ni que es un buen tomavistas y maneja la pluma con habilidad. ¡Ah! Por cierto que tendrá que ver un magnífico aparato «Fischofs», seleccionador de escritura, ideal para fabricar documentos muy valiosos. Nuestra pericia en eso es nula casi por falta de habilidad para ese trabajo, pero usted podrá manejarlo fácilmente y procurarnos una serie de documentos fabricados que nos serán de una utilidad suma para nuestro trabajo. Espero que los méritos que adquiera sirvan para precipitar aún más su rehabilitación.

—Que Dios le oiga, comandante.

—Y por hoy, nada más, y es bastante. Le enviaré esos pasaportes y un carnet de una fábrica de material fotográfico de Nuremberg, para que complete su documentación. Nos esperan días de agitación intensa y habrá que aprovecharlos, bien.

Volvió a estrecharle la mano y se ausentó. Paula y Wilbur quedaron a solas en el cuarto de estar.

Ella, un poco nerviosa, dijo:

—Tendré que dejarle, Wilbur. No puedo faltar a mi trabajo, por si sucede algo.

—Creo que es mejor que así lo haga —repuso él—. Estoy un poco nervioso y sombrío y no resultaría un compañero muy agradable mientras no me serene. Si le sirve un consejo o una súplica, no se exponga con tanto descaro. Me duele que una mujer como usted pueda ir a parar al paredón de fusilamiento. Los

gobiernos no tienen entrañas cuando lanzan a las mujeres a esta labor que endurece, mata la sensibilidad femenina y hace de ustedes muñecos automáticos y duros contra toda ley humana.

—Adiós, Wilbur —dijo ella sonriente—; está muy pesimista hoy y lo ve todo por el lado negro. Quizá algún día le demuestre que juzga, las cosas bajo un punto de vista falso. No meta ruido y no abra a nadie si llaman.

—Pero esos pasaportes que el comandante ha de mandar...

—Los traeré yo esta noche cuando venga. Váyase ensayando para preparar sus tintas y serenar su pulso. Le hará más falta que nunca conservarlo tenso.

Wilbur quedó hundido en el diván embarcado por una serie de pensamientos que le conturbaban. Muchas habían sido las aventuras que corriera en media docena de años, muchas sus vicisitudes y las situaciones extrañas que se le habían presentado, pero como aquélla ninguna. Era como un salto atrás en el abismo que dejara a su espalda y que ahora al retroceder al punto de partida le señalaba el camino recio que dejó olvidado en un momento de locura y por el que podía volver a caminar con la frente alta y la consideración de las gentes.

Era como surgir de las sombras a la luz del sol, y en este caso el sol tenía cara de mujer, unos ojos luminosos como estrellas y una sonrisa que era un paraíso. Por ella tenía que seguir adelante hasta que... fuese digno de estrechar su blanca, y noble mano.

CAPÍTULO VII

¡INFRAGANTI!

Cuando llegó la noche y Paula regresó, Wilbur se había serenado. Su actitud era inquebrantable y estaba deseando lanzarse a la lucha.

—¿Tranquilo? —preguntó ella.

—No le pido a mamá que me dé un beso, porque estoy empezando a aprenderme la lección, pero confío en sabérmela tan bien, que me lo dará por propio impulso.

Ella rió, y sacando del bolso unos papeles, dijo:

—Aquí tiene lo ofrecido. Ahora, a trabajar.

—En cuanto cene y me recluya en mi jaula me dedicaré a ello. ¿Nada de particular?

—Nada. Nadie notó mi manipulación en la carta. Confío en que todos tengan la misma suerte.

Aquella noche, Wilbur se acostó a última hora, casi de madrugada, y al día siguiente, mientras Paula, estuvo ausente, acabó su trabajo. Cuando lo tuvo en condiciones se lo enseñó a la joven.

—¿Cree que podrán procesarme por falsificador?

—Les costaría un gran trabajo a los peritos determinarla. Tiene usted unas manos ideales.

—Quisiera que me las alabaran en algo más delicado y poético. ¿Cuándo veré al comandante?

—Me ha encargado que le avise cuando esté usted listo. Él se lo dirá.

—Puede comunicarle que estoy a su disposición.

—Espere que le llame por teléfono.

Empleando el mismo sistema ambiguo de días antes, comunicó con Correlly. Éste, cuando supe que Wilbur estaba en, condiciones de circular sin, grave riesgo, contestó:

—Dile que esta noche, a las once, me espere en Frederick Strasse, esquina a Uner den Linden. Allí me encontrará a esa hora.

Paula le trasladó el encargo y Alwin, respirando con desahogo, comentó:

—Gracias a Dios que voy a respirar un poco de aire puro, aunque esté envenenado en parte por el aliento de mi amigo Godofredo. A esa hora me tendrá allí.

Paula no parecía muy contenta de aquella salida. Temía que por cualquier circunstancia sufriese un tropiezo grave, sin pararse a pensar que ella y los demás estaban en idénticas condiciones.

Después de cenar él se preparó. La joven preguntó:

—¿Lleva revólver?

—¿Cómo podía dejármelo?

—¿Dónde?

—En el bolsillo del pantalón.

—No haga eso. En un registro somero se lo encontrarían y no dejarían que lo pudiese usar. Le daré una sobaquera para que lo lleve más oculto y a mano. Es un procedimiento a lo *gangsters* pero muy útil.

Y le entregó la funda especial que dejaba el revólver a la altura del costado izquierdo.

—¿Lleva dinero?

—Tengo suficiente; no se preocupe tanto por mí, que no voy a la escuela.

—Pues que tenga suerte, Alwin. ¿No me da la mano?

—¡No!... Aun no es tiempo. Sentiría la tentación de no soltarla ya nunca y... no puedo hacerlo.

Y sin volver la cabeza, salió al pasillo y descendió lentamente la escalera.

Cuando alcanzó la calzada sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. La noche estaba glacial. Un frío agudo se filtraba por debajo del gabán y le atacaba los huesos. Había pasado muchas horas en la cálida molicie de aquel atrayente nido y el contraste era más brusco.

Encendió su pipa y a paso regular se encaminó a la Uner den

Linden, la más popular y aristocrática calle de Berlín.

Era ésta una anchísima vía de gran longitud bordeada por cuatro hileras de tilos que prestaban una grata sombra en verano. Eran éstos los que daban el nombre a la popular avenida en la que se levantaban suntuosos edificios de no desusada altura, ya que Berlín, por estar enclavado en una llanura arenosa, no se prestaba su suelo a edificios de mucha altura y peso.

En cada uno de sus extremos se alzaban dos estatuas: una, la estatua de la Victoria, y la otra la de Guillermo I, dignos remates del bello paseo.

Cuando alcanzó la Frederick Strasse, ya Correlly le esperaba paseando para sacudirle el frío. Le tomó por un brazo, diciendo:

—Buenas noches.

—Buenas noches. Siento haberle hecho esperar.

—No mucho. Acabo de llegar y es la hora justa. ¿Todo bien?

—Creo que mi labor ha sido bastante perfecta. Al menos ésta es la opinión de Paula.

—Ella es entendida en eso. Si así lo afirma...

Correlly le guió sin soltarle el brazo, añadiendo:

—Vamos a dar una vuelta antes de presentarnos donde vamos, así le ilustraré sobre el trabajo que estamos ultimando.

»Nuestro punto de destino es el café Zur Nelke, en la Tauben Strasse, no muy lejos de aquí. Es un café cuyo dueño es polaco, aunque nadie más que él lo sabe. Pasa por alemán de Silesia y trabaja en favor de la causa de los aliados.

»Allí tenemos empleada como camarera a una compañera de servicio. Se llama Ana, pero su nombre en el café es Olga. Este establecimiento es muy frecuentado por militares y miembros de la Gestapo. Como verá, es audaz meterse en la propia guarida del lobo, pero es donde menos se puede sospechar que se cobije un enemigo.

»Ana pasa por sobrina de Franz Kophier, que es el dueño, y como es una muchacha linda, de aspecto cohibido y muy servicial para los oficiales, éstos se sienten atraídos por ella.

»Como comprenderá, es un lugar magnífico para sorprender ciertos secretos y detalles muy valiosos para nuestra causa. Cuando los oficiales alemanes beben y se emborrachan, son verdaderos seres inconscientes que charlan como loros y se comportan como

osos de Siberia. Ése es el peligro, sus reacciones animales, pero sabiéndoles sortear se puede salvar el apuro.

»Ana escucha cuanto puede; tiene una intuición, y un talento magnífico para tratar a esa gente y ha sorprendido cosas que si el mando las conociese, más de uno estaría fusilado a estas horas.

»Allí solemos concurrir la media docena de hombres que trabajamos para nuestro grupo. Nadie nos señalaría como juramentados para una causa, porque nos tratamos superficialmente. Cada cual hemos hecho un núcleo de amistades ajenas a nuestro círculo, pero nos saludamos y alternamos a veces como conocidos de tertulia.

»Unos juegan al billar, otros al ajedrez, otros charlan en la tertulia y son una docena de oídos en torno a Ana para escuchar y otros tantos ojos para ver.

»Cada cual nos hemos procurado una identidad profesional real o figurada. Yo paso por técnico electricista en una de las centrales de la capital, otro es obrero en cerámica, otro actúa en un laboratorio de ensayos médicos y hay uno que es perito fotógrafo y está realmente empleado en la Zeiss, donde actualmente se trabaja con gran entusiasmo en el perfeccionamiento de ciertas lentes de gran utilidad para nuestra aviación. Usted, que es aviador sabrá algo de eso. Actualmente se están perfeccionando varios modelos muy interesantes, de algunos de los cuales ya poseemos la muestra.

»Los modelos más codiciados en el momento son los objetivos de gran luminosidad para conseguir vista al máximum de velocidad, coma son el modelo “P. 1.5” de la Zeiss Sennar, los objetivos de máxima fidelidad de la Zeiss Protar, los objetivos de gran ángulo de 65-140

grados, los tele fotográficos, que poseen longitudes focales mayores que los objetivos normales; los objetivos variables, que combinan en una sola unidad de dos a cinco longitudes; los de foco suave, los gran angulares para primeros planos de objetivos pequeños: los de inserción, que son lentes suplementarias para cambiar la longitud focal de los objetos normales, y algunas otras modalidades, cuyo servicio, para la tema de planos desde aviones, son algo especial.

»Pero hay algo aún que nos atrae más, y es un invento reciente en ese aspecto que se llama “Trimetrogín”, una nueva cámara que desde cualquier ángulo toma vista en que aparece el terreno

clarísimo para poder obtener magníficos planos. Este aparato se está fabricando en serie para la aviación alemana, pero aún no hemos podido determinar su estructura.

»Y éste es nuestro principal objetivo. Allí acudan oficiales de aviación y estamos a la caza de localizar un aparato de esos que nos sirva para desentrañar su secreto.

»Usted no ignora que los alemanes son los mejores técnicos del lente y la fotografía, y son ellos los que, por ir a la cabeza, tienen que revelarnos sus secretos de una manera o de otra».

Wilbur, que le escuchaba en silencio, contestó:

—Realmente, en el tiempo que llevo separado de la aviación, sé poco de los adelantos en ese aspecto, pero me doy cuenta del valor estratégico de tales aparatos. Me gustaría examinar uno.

—Trataremos de poder hacerlo ampliamente. Todo consiste en que la suerte nos ayude.

Hablando se habían ido aproximando al café. Ya cerca, Correlly dijo en voz baja:

—Aquél es el café. Usted será un amigo mío viajante de productos farmacéuticos en viaje de descanso. Ahora vea, oiga y tome notas.

La calle no era muy recomendable. Una vía de regulares dimensiones bastante oscura y muy poblada de tabernas sórdidas, de clientela de muy modesta clase. El café era el establecimiento más decente de la calle y quizá por su emplazamiento aislado de las vías modernas atraía a los militares que ansiaban beber y emborracharse fuera de las horas de servicio y de miradas indiscretas.

Poseía una puerta bastante espaciosa que daba al café, y al lado otra más pequeña, como salida discreta que daba al piso superior donde se hallaban los reservados. El local era bastante espacioso y entre éste y la escalera que conducía al piso superior, abría un vano estrecho, a cuya derecha, debajo de la caja de la escalena, estaba una especie de pequeño guardarropa, y al fondo la cocina, el servicio de W. C. y un patio húmedo y sucio con barriles de cerveza, cubas de aguardiente y cajas con botellas.

El café comunicaba también con la escalera de subida al otro piso y la puerta se cerraba por sí sola por medio de un mulle de presión.

El mostrador del café se corría al fondo hasta más de la mitad y luego formaba un ángulo hacia el testero de la derecha.

Había bastantes mesas ocupadas por clientes que bebían en sendas jarras de cerveza. El café contaba con pocos clientes.

La pareja entró tranquilamente. Un humo denso flotaba en el local de paredes ennegrecidas precisamente por aquel humo, y junto a la barra del mostrador había tres oficiales charlando escandalosamente y consumiendo cerveza con una prodigalidad abrumadora.

Correlly saludó a unos cuantos clientes, a los que presentó su compañero. Su nombre era Otto Lemberg, y habían nacido en el mismo lugar.

Se acercaron al mostrador pidiendo cerveza. Los oficiales groseramente extendieron los codos para ocupar más espacio, y los dos amigos se replegaron a un lado para no chocar con ellos.

Hablaban de una segura y próxima guerra y cómo generales improvisados trazaban planes para la invasión de Bélgica, el avance sobre París y el cruce del canal de la Mancha para aplastar a los orgullosos ingleses.

La pareja les escuchaba, tratando de reprimir sus reacciones. Wilbur no creyó poder contenerse cuando su orgullo de hijo de la rubia Albión captó aquellas frases despectivas.

En aquel momento, una muchacha rubia, espigada, de cuerpo fino pero bien definido de líneas y con unos ojos suaves y alegres, entró en el café y se acercó al mostrador con una bandeja, diciendo:

—Cuatro jarras grandes, de parte del teniente Fritz.

Uno de los oficiales se volvió, y tratando de atenuar a la muchacha por el avisado talle, exclamó con voz de beodo:

—¡Hola, Olga!, preciosa. Dame un beso de saludo.

La joven tuvo un gesto audaz defensivo, y esgrimiendo una jarra le amenazó con ella, al tiempo que decía:

—Si me toca le doy con ella. Tendré que decírselo al comandante Adolfo.

Aquél avisó pareció cohibir al borracho, quien rezongó:

—El comandante Adolfo. El hombre rubio y bonito de la aviación... Algún día dará una voltereta en el aire y no podrás acudir a él... Tiene mucha suerte el comandante Adolfo.

Ella despreció el insulto y recogió las jarras llenas de negra

cerveza, desapareciendo por la puerta que comunicaba con la escalera.

El teniente borracho dijo a sus dos compañeros:

—¿Vamos arriba? Está Fritz. Le jugaremos la cerveza al billar. Tengo ganas de ganarle alguna vez.

Los tres se dirigieron a la escalera y desaparecieron por ella, produciendo un ruido atronador con sus enormes botas herradas. Parecía que los frágiles escalones se iban a desintegrar con su peso.

Quedó solo el dueño del café en el mostrador. En voz baja, dijo a Correlly:

—Arriba está ese teniente bizco que tanto le interesa. Porta un maletín con las iniciales de la Zeiss. Quizá sea el aparato de que hablaba ayer.

Pero al leer en los ojos del comandante el destallo luminoso que era como un claro letrero que dijese: «Se lo robaré», añadió asustado:

—Por favor, aquí no... Comprenda mi tragedia. Acaso le puedan seguir los pasos. Háganlo, pero lejos; yo hice bastante avisándoles.

Correlly abonó el gasto, y tomando del brazo a Wilbur, le arrastró por la escalerilla hacia los reservados.

Frente al final del tramo de la escalera se abría el salón de billar. Dos oficiales jugaban en él y los tres que acababan de subir se entretenían en interferir las bolas entre enormes risotadas.

El llamado Fritz, paciente y calmoso, gruñó:

—¿Por qué no te vas a dormirla, Paul? Hoy estás más patoso que de ordinario, que ya es decir.

—Calla esa lengua podrida, pelambrera de cerdo inglés. He venido a jugar dos jarras para cada uno al billar.

—Pues págalas ya dándolas por perdidas y tómatelas pronto, a ver si te duermes.

—¿Yo? Estoy más sereno que tú. Dame ese taco y te haré una carambola de lujo para que compruebes que aun un poco bebido soy capaz de ganarte.

Le arrebató el taco y se entregó a la tarea de intentar una carambola de lujo que no podía hacer por su estado desastroso. Realizaba unos gestos realmente cómicos y sus compañeros, en derredor de la mesa, reían groseramente y le animaban a seguir divirtiéndoles.

Esto les tenía tan sumidos en la broma, que no se daban cuenta de lo que sucedía en derredor. Las jarras servidas poco antes por Olga se hallaban sobre una mesita y los capotes de los dos que jugaban al billar primeramente habían sido depositados en una percha de uno de los departamentos contiguos al que se hallaba vacío.

En aquel momento no había nadie más en el piso superior, y cuando Correlly y Wilbur ganaron el descansillo de la escalera, torcieron a la derecha por un pasillo estrecho con dirección a uno de los reservados laterales.

Ana, al ver a Correlly, miró a Wilbur, y el primero dijo a su oído:

—Un nuevo compañero, persona de confianza.

—Lo celebro —dijo ella sonriéndole.

—¿Algo de particular? —preguntó el comandante.

—Aquel maletín que hay allí es el aparato —susurró la joven sin perder de vista el salón grande— y he oído hablar de un folleto sobre él. Fritz dijo algo de eso a su compañero. Quería haber registrado su capote, pero aún no he tenido ocasión.

—Mucho cuidado Ana. No más allá de donde la prudencia aconseje.

—Lo he hecho muchas veces. Beben como esponjas y casi y pierden hasta el dinero por las escaleras. Déjenme y tomen asiento en algún reservado.

—Echaremos una partida de ajedrez mientras —dijo Correlly—. Debemos esperar a que se marchen, a ver qué rumbo toman. Sería el momento ideal de apoderarse de ese aparato.

Se dirigieron a otro reservado, y colocando el tablero empezaron una partida. En el salón grande, un poco alejado, continuaban las carcajadas de los oficiales a costa del borracho, que ya había roto el tapete verde dos veces y aún se obstinaba en hacer la carambola.

Ana se asomó al salón, y al observarlos tan distraídos, se encaminó al reservado vacío, donde se hallaban los pesados capotas colgados, y se entregó a la tarea peligrosa de registrar los bolsillos. Tras una concienzuda requisa, de uno de ellos sacó un pequeño folleto, y con mirada febril lo empezó a leer tratando de retener en su memoria hasta la última letra.

—Hasta que de repente, una voz ruda, gritó a su espalda:

—¿Qué haces ahí, maldita espía del demonio?

CAPÍTULO VIII

LA GRAN TRAGEDIA

Ana sintió que la sangre se helaba en sus venas y, blanca como la cera, se volvió con el folleto en la mano. Su voz estrangulada, buscó una excusa, diciendo:

—Teniente... se cayó el capote... yo... vi este papel en el suelo y no supe si se bahía caído del capote o lo habían tirado. Estaba viendo qué era, cuando...

Él que se halla en pie ante ella fulminándola con la mirada era el teniente Fritz. Cansado de las payasadas de su compañero, le había dejado en su obra de destruir el tapete y fallar a las bolas, y echando de menos su mechero para encender la pipa se había dirigido en su busca al reservado donde dejara el capote. Su sorpresa había sido terrible al descubrir a Ana con el folleto privado del «Trimetrogín» en las manos.

Con la fiera que aquel descubrimiento le había producido se abalanzó sobre la muchacha, rugiendo:

—Con que se había caído, ¿eh?... A mí con excusas necias... Tú eres una de esas malditas espías que se filtran como el aire por las paredes y has acabado de filtrarte entre nosotros so...

La lanzó un insulto terrible y la atenazó por el brazo, arrancándole la manga del vestido y clavándole los dedos en las blancas carnes con terrible fiera.

Ana emitió un rugido de angustia que vibró como un clarín de guerra y sabiéndose perdida, prefirió morir allí antes que pasar por las torturas que habrían de aplicarle para obligarla a hablar.

Con exacerbada desesperación inclinó su cabeza y clavó los

dientes en el brazo del teniente, arrancándole tela y carne, que quedó entre sus exangües labios. Fritz emitió un aullido ronco de dolor y levantó el pie con su pesada bota, lanzando a Ana al fondo de la estancia a causa del terrible puntapié, al tiempo que sus compañeros, atraídos por el escándalo, acudían en su auxilio.

—¿Qué sucede, Fritz? —preguntó uno.

—¡Es una espía! ¡Una espía que estaba registrando mis bolsillos!

El borracho, con un ronco clamor, vociferó:

—¡Ah, serpiente venenosa! Te desharé.

Y llevó la mano al bolsillo del pantalón en busca de la pistola.

En aquel momento Ana, sabiéndose perdida, y desde el suelo, sacó del bolsillo de su delantal un pequeño revólver y, adelantándose a su enemigo, disparó. El beodo soltó el arma, ya empuñada, y llevándose las manos al vientre, rugió:

—¡Me ha... matado!

El escándalo y las detonaciones habían conmocionado el café. Todos los clientes que en él se hallaban se lanzaron a la escalera dominados por la más ruda tensión, y tanto Correlly como Wilbur, que se hallaban más próximos, adivinando lo sucedido, salieron a toda prisa del reservado dispuestos a jugárselo todo a una carta en defensa de su compañera.

El instinto les anunció que al socaire del incidente la Gestapo haría una redada, no dejando salir a nadie del local, y sabían lo que aquello podía significar para todos.

Sí la desgracia les pusiera en el trance de caer, caerían, pero con heroísmo y dignidad.

Como fieras se lanzaron sobre los cuatro oficiales cuando vibraron dos disparos, y Ana, emitiendo un grito de agonía, rodaba por el suelo mortalmente herida.

Wilbur, como loco, metió el cañón de la pistola por el cuello de uno de ellos y le mandó rodando escaleras abajo igual que un pelele, mientras Correlly machacaba a otro la cabeza con la culata de su arma y disparaba sobre el tercero, que con el arma empuñada trataba de disparar sobre él.

El oficial se dobló y sólo Fritz en pie retrocedió escaleras abajo empuñando su pistola y disparando hacia el descansillo para evitar que la feroz pareja pudiese descender y escapar.

Pero ya abajo, se había armado una trifulca horrible. Dos

oficiales y otros dos policías que se hallaban en el café se lanzaron hacia la puerta intentando ganar el piso, pero se vieron interceptados en el viaje por los amigos de Correlly, que sabiendo en peligro a su jefe trataban de ayudarle a escapar.

Y se formó un barullo horrible, en el que unos y otros peleaban confundidos, sin saber ya a quién golpear, ni quién golpeaba a ellos.

Fue un instante que Fritz, el dueño del café, aprovechó para pasar al otro lado de la escalerilla dispuesto a intervenir en la tragedia.

Hombre enérgico y valeroso, se daba cuenta del final que le esperaba. Le harían responsable del drama, descubrirían su verdadera personalidad, llegando así a la conclusión de que su establecimiento era un lugar clandestino donde se reunían los espías. Su suerte estaba echada, pero no se iría al infierno sin antes llevarse por delante lo que pudiera.

Al alcanzar el pasillo, sus manos venosas empuñaban dos sendos revólveres. Al ver Fritz en uno de los peldaños disparando hacia lo alto le replicó fríamente por la espalda. El teniente, alcanzado en los riñones, volteó como un conejo y cayó hacia atrás, quedando boca arriba al final de los tramos.

Correlly y Wilbur, al descubrir el paso franco, se lanzaron hacia abajo. Franz les gritó fríamente:

—Huyan por el patio; aún es tiempo.

Correlly quedó un momento indeciso. Parecióle una cobardía dejar a aquel hombre y al resto de los suyos que peleaban en el café desamparados, pero su responsabilidad como jefe era enorme.

Mas ya Wilbur había tomado la iniciativa. En sus manos aparecía el maletín con el aparato televisor y poniéndole en manos del comandante rugió:

—Lárguese, por todos los demonios. Si me salvo, ya sabrá de mí.

Y le empujó escaleras abajo hacia el pasillo, mientras se ponía al lado de Franz.

Pero éste, con fiereza, rugió:

—Y usted también, largo antes que sea tarde. Yo nada tengo que hacer sino morir, pero lo hago por mi patria. Vamos.

Wilbur no se hizo repetir la orden y echó a correr por el pasillo en el momento en que los revólveres de Franz tronaban escupiendo la muerte.

El cafetero había ganado la barandilla de la escalera, y en momento en que el alud de fuerzas que habían acudido en socorro de los militares lo arrollaba todo y penetraban en masa por la puerta, sus armas les frenaron al alcanzar a los primeros que cayeron obstruyendo el paso.

Hubo un retroceso general; después, otro intento de penetrar que también lo cortó el bravo Franz; pero luego tomaron también por asalto la puerta contigua e hicieron irrupción por las dos entradas.

Franz, al darse cuenta, había trepado a lo alto de la escalera y disparaba desde allí barriendo todo intento de ascensión, pero un fuego concentrado sobre él iba a dar pronto fin a su heroísmo.

Franz, en tanto agotaba su carga, iba sintiendo como avispas de fuego la penetración de los proyectiles en su cuerpo. Rojas flores de sangre que se ensanchaban abríanse en sus carnes y una flacidez terrible se apoderaba de él, al tiempo que los ojos se le nublaban y sentía como la vida escapaba de su cuerpo duro y valeroso que sólo la muerte podía abatir.

Los gatillos sonaron en falso al último esfuerzo, y al darse cuenta de que se le habían terminado los proyectiles, movió los brazos torpemente y arrojó los revólveres, ya sin fuerza.

Una última descarga acabó con sus pocas energías y su cuerpo cosido a balazos se desplomó hacia abajo chocando con los primeros que ascendían.

El suceso se había corrido como la pólvora. Enormes contingentes de policías acordonaron la calle, encerrando dentro del cerco a cientos de personas. En el café había heridos, y contusos, hombres privados de conocimiento y algunos detenidos, y arriba, dos oficiales muertos, y la valiente Ana.

En cuanto se pudo restablecer un poco el orden, se procedió a evacuar a los heridos. Un coche ambulancia llamado por teléfono acudió con premura, y en otro coche blindado fueron sacados del café los detenidos.

Varios protestaban haciendo ver que eran clientes pacíficos a quienes había sorprendido el suceso bebiendo tranquilamente, pero rudamente tratados se les obligó a enmudecer. Donde fuese preciso deberían demostrar su personalidad y su inocencia.

De momento, no se pudo establecer la causa de la tragedia, ni

quién la provocara. Dos de los oficiales, Paul y Fritz, habían muerto; otro estaba gravemente herido, y sus dos compañeros, sin conocimiento.

Hasta mucho más tarde no se pudo saber la desaparición del «Trimetrogín», ni cómo se había descubierto el espionaje; pero la Policía, adivinando que se trataba de algo relacionado con los servicios secretos, se entregó aquella noche a un brutal espulgo por todas las tabernas de la Tauben Strassen, deteniendo a la gente por docenas, y el café de Franz, casi destrozado, quedó convertido en cuartel general de la Gestapo, habiendo acudido, aunque demasiado tarde, el comandante Godofredo, a hacerse cargo de las diligencias sumariales.

Entretanto, aprovechando la trágica confusión del momento y la heroica intervención del dueño del café, el comandante Correlly había ganado el pequeño patio y, abriendo la puerta del fondo, se vio en otro patio similar perteneciente a la finca adyacente.

Pero la puerta de comunicación que se abría a la derecha estaba cerrada. Correlly creyese dentro de una ratonera, y por un momento temió tener cortada la retirada. Sólo una posibilidad se le ofrecía. Un gran barril medio estropeado se hallaba arrimado a la tapia. Saltó a él y miró por encima del bordillo.

La tapia lindaba con un derribo de una obra. Saltó sin vacilar y, atravesando los escombros, salió a una calle oscura y poco concurrida.

Rápidamente se perdió por un laberinto de calles hasta alcanzar la densidad vieja del Tiergarten, lleno de callejuelas donde hasta el expurgo habían habitado los millonarios judíos.

Y ya allí se desvaneció como una sombra, preguntándose angustiado qué habría sido del resto de sus compañeros.

Wilbur, por su parte, se vio obligado a seguir el mismo camino. No alcanzó a seguir las huellas del comandante debido a la poca luz, y aunque casi salió pisándole los talones, le perdió en las sombras.

Pero Wilbur, apenas se vio libre, en lugar de escapar por lugares poco frecuentados, salió a la Unter den Linden y a paso tranquilo paseó por ella hasta que, pasada la tensión nerviosa del momento, notó algo, que le molestaba en un costado, y al llevar la mano a él observó con asombro que la retiraba manchada de sangre.

Tuvo un momento de pánico al darse cuenta. Alguien podía descubrirlo, y esto sería algo terrible para él. Se apresuró a sacar el pañuelo apretándolo contra el costado por debajo del gabán, y echó a andar hacia lugares menos iluminados. Correlly no había tenido tiempo de llevarle a un nuevo alojamiento, y sólo le quedaba como recurso volver al domicilio de Paula.

Pero tenía que avisarla para que no se sorprendiese. Tras asegurarse que exteriormente no presentaba huellas de sangre, buscó una cabina de teléfono público y llamó a la joven.

—Paulette —dijo—, soy x. Espéreme, que voy.

Y colgó sin dar más explicaciones.

La joven, al recibir la llamada, sintió un temor angustioso. Cuando Wilbur apelaba a volver a su casa, era señal de que algo no había funcionado bien y le esperó anhelante de temor.

Paula le recibió pálida como la cera, preguntando:

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué ha vuelto?

Él, tenso, avanzó diciendo:

—Lo siento, pero no me culpe de nada. No fui yo el que provocó la tragedia, y bastante hice con defenderme y ayudar a los demás a hacerlo. Siento decirle que su compañera Ana ha muerto a tiros en el café «Zur Nelke», y que a estas horas no sé qué habrá sido de todos o de parte de sus compañeros.

—¡Santo Dios! —exclamó ella, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Y... el comandante también?

—Espero que haya podido salvarse como yo. Le dejé huyendo por delante de mí.

—¡Por piedad, cuénteme lo sucedido!

—Ahora permítame que vea qué tengo aquí. No me di cuenta hasta después de dejar a mi espalda aquel infierno.

Se despojó del gabán y de la americana. Una bala le había perforado ésta, rozándole el costado de refilón.

—¡Santo Dios! ¿Está herido?

—No creo que sea gran cosa. Me rozó un proyectil. Otros salieron peor librados que yo.

Paula, tratando de serenarse, buscó lo preciso para proceder a curar la herida. Sólo se trataba de un desgarrón más aparatoso que grave.

Se apresuró a curarle mientras él le relataba todo lo sucedido en

el café.

Paula, contrita, comentó:

—Siempre temí que sucediese eso. Ana era una muchacha entusiasta de su misión. Estaba sobre un volcán y ha terminado por saltar con él.

—Es cierto. Una mujer valiente y entera. Cuando se supo perdida no vaciló en usar el revólver y llevarse por delante a aquel tipo grosero. Hizo saltar la mina y todo se fue a rodar. Si nosotros nos salvamos se lo debemos a Franz. Un valiente que sacrificó su vida por cubrir nuestra retirada. Un sacrificio doloroso, pero que ha servido para apropiarnos del «Trimetrogín». Si al comandante no le ha sucedido nada, a estas horas debe tenerlo en sitio seguro.

—Sí, un valioso servicio pagado muy caro. Habrá que consolarse al saber que el sacrificio no ha sido estéril.

Terminada la cura, añadió:

—¿Qué irá a suceder ahora?

—No lo sé. ¿Qué teme?

—Simplemente, que hayan cogido a nuestros compañeros y empleen tales procedimientos que les obliguen a hablar.

—¿Serían capaces de hacerlo?

—La Gestapo obliga, a hablar a las piedras. Ése es mi temor.

—Habrá que buscar un nuevo refugio para usted. Por mi parte, con mi pasaporte falso puedo valérmelas mejor.

—Yo también poseo documentación falsa, y hasta un lugar conocido por mí sola para refugiarme, pero eso destrozaría todo mi trabajo. No puedo obrar sin que Correlly me lo ordene.

—Tendrá que hacerlo pronto. No puede dejarla expuesta a situaciones tan trágicas.

En aquel momento vibró el teléfono. Paula lo tomó con angustia.

Estuvo escuchando tremante, y sólo contestó con varias afirmaciones. Cuando dejó el aparato dijo:

—Era el comandante. Se ha salvado con el aparato. Me dice que estemos preparados mientras él hace averiguaciones. Preguntó si estaba usted aquí.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Seguir sus órdenes. Un soldado no puede abandonar la trinchera por sí solo cuando el enemigo ataca. Debe esperar la orden de sus jefes.

—Bien, pues aguantaremos. Si vienen antes, sabremos recibirlos como merecen.

Y sacó su revólver para repasarlo y cargarlo de nuevo. Paula le imitó.

CAPÍTULO IX

UN PLAN DESCABELLADO

Pasaron una noche infernal dormitando sobresaltados sobre el diván y un butacón, con las armas al lado. Paula, de vez en vez, se levantaba, abría la puerta con sigilo y echaba vistazos a la caja de la escalera, pero todo estaba en silencio absoluto.

A medida que el tiempo transcurría se iba serenando. Si ya no habían acudido en su busca, era señal de que nadie había hablado, y empezaba a admitir que sus compañeros fuesen lo suficientemente hábiles y enteros para no denunciar a nadie.

Por la mañana abandonó la estancia para comprar el desayuno y la prensa. Los periódicos diurnos nada decían del sangriento suceso de la noche anterior. La censura era demasiado rigurosa para dejar traslucir un suceso que podía poner en guardia a cuantos estuviesen complicados y nada supieran del suceso.

Poco más tarde, Correlly se aventuró a visitarlos. Esta vez aparecía como un cobrador de tributos municipales. Paula le abordó ansiosamente.

—¿Qué sabe usted, comandante?

—Algo, aunque no mucho. Dentro de la desgracia, la catástrofe ha sido menor. Sólo tenemos detenido a uno de nuestros hombres. Por fortuna, también es el único que realmente puede justificar sus actividades. Se trata del teniente Jasper, empleado en la Zeiss.

—¿Qué cree que le sucederá?

—No lo sé. Tratará de justificar que era un cliente que acudía allí a diario después de su trabajo. Está considerado como un buen obrero, y todo depende de hasta dónde ahonden para controlar su

pasado. De momento gozamos de un poco de respiro.

—¿Y ahora, qué, comandante?

—¿Ahora? Esta noche habré de comunicar con el Servicio de Inteligencia. No tengo otro remedio para recibir instrucciones. El aparato obra en mi poder, así como los documentos, y tenemos que sacarlos de aquí. Según lo que me ordenen, así procederemos.

Luego pidió a Wilbur detalles de su evasión, y fue cuando supo que estaba herido.

—¿Grave? —preguntó.

—No, leve. No me molesta apenas, y puedo moverme. Comandante, dice usted que esta noche hará uso de la estación de radio. Ya sé el peligro que encierra y quiero compartirlo con usted.

Correlly se quedó dudando, pero luego le tendió su mano, diciendo:

—Es usted un valiente, Wilbur. Venga esta noche y así comunicará usted mismo con el coronel Arnold.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En la plaza del Reichstag, esquina a la Inden Zelten. La estación la tenemos en un ático de Eichem baun-Alle, en el suburbio oriental. Le espero a las doce.

—A esa hora me tendrá allí.

—En cuanto a usted —añadió Correlly, dirigiéndose a Paula—, esté atenta a cualquier cosa que suceda. Si olfatea peligro, ya sabe dónde debe refugiarse.

—Lo tendré presente, comandante.

Aquella noche, a la hora indicada. Wilbur estaba en el lugar de la cita. Se había vestido modestamente para simular un empleado de la clase media, y cuando apareció Correlly, su atuendo era muy similar.

—Es conveniente así —dijo—. Para no llamar la atención en aquellos barrios populares.

Echaron a andar. La noche estaba fría y un poco de niebla difuminaba las siluetas y los focos del alumbrado público. Wilbur, intrigado, preguntó:

—¿Cómo puede usted tener la emisora oculta en un sitio sin llamar la atención?

—Le diré. El piso figura como estudio de un pintor. Yo manejo

un poco los pinceles y todas las tardes voy un rato y pinto para justificar el alquiler del ático. Ya verá como aquello es un verdadero estudio.

—¿Y la emisora?

—He levantado yo mismo un tabique que la oculta a ojos indiscretos. Fue una operación penosísima llevar ladrillo a ladrillo para cortar la pared. Poca cosa pero lo suficiente para ocultarla.

Tras un buen paseo, llegaron a la casa. Una finca silenciosa cuyas ventanas, todas aparecían en sombras.

Correlly extrajo la llave del bolsillo y abrió en silencio. Del mismo modo subieron la escalera auxiliados por una linterna eléctrica, y alcanzaron el ático, aislado en lo alto de la escalera al fondo de un pasillo.

El comandante abrió la puerta, que giró sin ruido alguno, y cuando estuvieron dentro, corrió las tupidas cortinas. A la luz de la linterna, Wilbur descubrió los caballetes, paletas, pinceles, pinturas y algunos lienzos con paisajes terminados o en boceto. Wilbur les echó una ojeada a la luz de la linterna, y comentó:

—Es usted un artista con los pinceles, comandante.

—Gracias por el elogio. Cursé algunos estudios de pintura, y puedo decirle que algunas veces he vendido mis lienzos por los mercadillos berlineses como un pintor bohemio cualquiera. Aquí se justifica todo, menos la vagancia.

Descorrió de la pared un lienzo de regulares dimensiones en el que apareja la estatua de Federico el Grande y palpó la pared. Ésta se abrió mostrando un hueco en el que se encerraba la estación emisora.

La preparó y empezó a manipular con ella dando las señales de llamada. Luego, por medio de un código en clave empezó a transmitir las interesantes noticias que debía enviar a sus superiores.

Más tarde se dedicó a recibir instrucciones. Wilbur no entendía nada porque la clave le era desconocida. Cuando terminó la transmisión y recepción, se volvió a Wilbur, diciendo:

—He dado cuenta al coronel de su ayuda anoche y re siente encantado de su actitud. Le permito que le salude brevemente sin más que darle el tratamiento de coronel. Él le llamará a usted x.

Wilbur, emocionado, exclamó:

—A sus órdenes, mi coronel. Agradecido a su gentileza, y le prometo excederme para merecer lo que hace por mí. Es cuanto tengo que decirle.

Luego, la voz del coronel repuso:

—Hasta muy pronto, x. Le guardo un buen abrazo.

Correlly se apresuró a esconder la estación, diciendo:

—Vamos aprisa. Siempre hablo con el temor de que puedan localizarnos.

Descendieron a la calle y salieron a la calzada. No había un alma y se apresuraron a caminar en busca de calles más concurridas.

Al cruzar por una, paró despacio cerco de ellos un camión que, mostraba en la parte alta una pequeña antena cuadrangular. Correlly dio con el codo a Wilbur, murmurando:

—¿No le dije? Los radiogoniómetros ruedan por la capital tratando de captar las emisoras clandestinas. Pero hoy, al menos, con nosotros han llegado tarde.

Y se alejaron torciendo por una elle adyacente.

Cuando se consideraron a salvo, Wilbur, que se hallaba muy preocupado con una idea audaz que estaba madurando, exclamó:

—Comandante, me habló usted de una máquina seleccionadora de escritura Fischhof. Quisiera verla.

—¿Para qué?

—Tengo una idea. Le parecerá absurda y no se la digo, pero quiero ver si se puede poner en práctica. Me arriesgaría a intentarlo yo solo, pero mientras no esté seguro de que pueda reunir las mayores garantías no se la diré.

—Véngase a mi casa. Tengo un piso alquilado en Blatt Strase. Allí está la máquina.

—Podemos ir ahora. El peligro ha pasado, o al menos se alejó, y lo que estoy madurando es urgente.

—Pues acompáñeme.

—Entretanto, dígame dos cosas. Una es, qué le ha dicho el coronel. No he entendido una palabra.

—Ya lo sé. Desconoce usted las claves, pero le daré una copia para que se las aprenda por si necesita usarlas. Respecto a las instrucciones son: que dejemos pasar unos días hasta que se calme la virulencia del suceso de anoche y entonces organice el sacar a mis hombres de aquí, junto con todo lo que hemos recogido. No es

tarea fácil y sí peligrosa.

—Trataremos de llevarla a cabo. Quien hizo lo más hará lo menos.

—Hay que pensar cómo estarán las fronteras de vigiladas. Ése es mi miedo.

—Buscaremos la forma, de no salir por los lugares trillados. Me ofrezco a intentar lo que sea preciso.

—Y yo le tomo la palabra. Mi deber me obliga a quedarme aquí hasta que sepa que el último hombre ha salido de Alemania.

—Pues no se hable más. Ahora, otra cosa.

—¿Hay alguna muestra de la escritura de algún jefazo de la Gestapo?

—Algunas poseo. De vez en cuando publican órdenes y manifiestos, fotograbados de su puño y letra, para darles más eficacia. Hasta hemos interceptado algunas cartas de las que sacamos microfilms.

—Eso va bien. ¿Cómo podríamos hacernos con los modelos impresos de los papeles de oficio que emplean?

—De esos hay a montones. Puedo mostrarle una variada colección.

—Creo que con eso voy a tener bastante. Lo demás solo será cuestión de audacia y de un poco de suerte.

—Ya me dirá de qué se trata. Comprenderá que no voy a permitirle que cometa una locura que nos ponga en peligro a todos.

—Se lo diré cuando crea que tengo todos los cabos.

Alcanzaron la morada del comandante. Éste, con arreglo a su categoría de técnico de electricidad, tenía un piso reducido, pero amueblado con gusto. Por las mañanas, una asistenta acudía a limpiar la casa, y dos horas después se marchaba. Correlly comía en los restaurantes y nadie le visitaba.

Cuando se hallaron en el piso, nada indicaba que allí pudiese haber cosa punible. Todo era sencillo, claro y estaba a la vista.

Pero más tarde la decoración cambió. Corrieron un pequeño aparador, y el comandante levantó del suelo una tapa. En el hueco estaban las pruebas, que Wilbur había introducido en Berlín, y gran cantidad de papales timbrados, copias de cartas y una caja bajita, alargada, llena de microfilms.

En el testero de la pared, disimulado por un cuadro de caza, el

hueco era mayor. Allí estaba la máquina Fischof, encerrada en un cajón que mediría medio metro de largo, cincuenta y cinco centímetros de ancho y aproximadamente la misma altura.

El comandante levantó la tapa y empezó a explicar el funcionamiento de la misma.

En la tapa estaba el depósito para contener las fotografías y en la superficie del otro cuerpo la placa de cristal donde se reflejaba el trabajo a manipular en él y hacia el promedio, por la parte más estrecha, una especie de cajón donde se colocaban las placas movibles que seleccionaban la escritura que se trataba de falsificar. Más al fondo, un doble cristal para contener los documentos y la plancha donde descansaba la caja era donde la luz iluminaba el interior^[1].

Correlly le mostró el funcionamiento diciendo:

—Como ve, es sencillo. Lo único que se precisa es la fiabilidad del operador para hacer la selección e imitar la escritura recomponiéndola letra a letra sobre el documento que se pretende arreglar o falsificar, tomando la verdadera escritura como base de la falsificación.

—De acuerdo —dijo Wilbur sonriendo—, y como esa habilidad la poseo, yo me encargo del asunto. Ahora déjeme ver todos esos papeles y escrituras para que yo seleccione lo que necesito. Lo demás corre de mi cuenta.

Pasó una hora revisando papeles y copias fotografiadas y cuando encontró lo que estimaba necesario, dijo:

—Comandante, creo que debe acostarse y dejarme trabajar. Yo puedo dormir mañana de día y usted tendrá que hacer algo para lo que necesita dormir.

El comandante, intrigado, repuso:

—Confío en usted, Wilbur. Sé que es demasiado listo y que lo que intenta será algo definitivo.

—Yo así lo espero, mi comandante.

Y éste se retiró a su alcoba, dejando a Alwin entregado a sus misteriosas manipulaciones.

* * *

Cuando, sobre las ocho de la mañana, el comandante Correlly se levantó, aún estaba Wilbur trabajando en la máquina. A su lado, en

la mesita, había una buena pirámide de ceniza de tabaco, y, a los lados, pruebas de escritura, intentos de cartas, copias de párrafos de algunas junto a otros fragmentos similares, pero con corrección de algunas de las frases, un verdadero arsenal de pruebas y de intentos.

—¡Demonios del infierno! —clamó el comandante—. ¿Para qué quiere usted toda esta basura que no tiene valor alguno?

—Han sido precisas todas estas pruebas para llegar a perfeccionar algunos tipos de letra. La selección es la que compone el conjunto. Yo no quiero lanzarme a una falsificación incorrecta si no he de tener la seguridad de que nadie ha de fijarse en ella.

—Bien; pero ¿quiere decirme qué se propone?

—Creo que puedo anticiparle algo, aunque sospecho que pondrá el grito en el cielo y lo juzgará una locura. Vea, aquí tiene usted el texto de una proclama a los miembros de la sección 22 de la Gestapo a las órdenes de nuestro amigo Godofredo; ¿se fija bien en su escritura? Alta, vigorosa, enérgica, un poco inclinada, con los rasgos terminales igual que si mordiesen. ¿Se fija bien?

—La conozco de memoria.

—Lo celebro. Ahora vea esta otra. ¿Qué dice de ella?

Se trataba de una variante de aquélla, pero redactada en otros términos.

—Que es suya también.

—No lo crea. Es mía.

—¿Cómo? No me diga... Esta proclama...

—No existía, se lo aseguro. La he redactado yo tomando todas las letras de la anterior.

—¡Diablo, si está magníficamente imitada!

—¿Cree que la reconocerían sin un examen caligráfico?

—Aun así les costaría mucho trabajo afirmar que se trata de una falsificación.

—Gracias por el elogio. Ahora lea esto.

Correlly tomó el papel con recelo. Estaba escrito sobre un pliego timbrado perteneciente a la sección 22 de la Policía especial dirigida por Godofredo, y decía:

«Señor director de la prisión Moabit.

»Querido camarada:

»Para ser sometido a un último y severo interrogatorio que aclare quiénes provocaron el luctuoso suceso de noches pasadas en el café “Zur Nelke”, de la Tauben Strasse, le ruego entregue al agente especial de mi sección. Otto Lemberg, al prisionero Emil Jasper. Dicho agente presentará en unión de ésta su carnet de miembro de mi sección y firmará el correspondiente recibo al hacerse cargo del preso.

»Éste le será devuelto si así conviene a la causa del Führer y al bien de nuestra Nación.

»¡Viva Hitler!

»Berlín, diciembre de...».

La fecha y el año estaban en blanco, pero la firma de Godofredo y el sello de la Gestapo aparecían con toda nitidez.

Correlly sintió que el documento temblaba en sus manos, y con voz ronca exclamó:

—¡Wilbur, no sea loco! No irá a decirme que trata de sacar a Jasper de la cárcel de esa manera.

—¿Por qué no? Lo más audaz y menos esperado es lo que siempre resulta más fácil. He pasado por trances de éstos en mi azarosa vida y siempre fueron los que más éxito me proporcionaron. Ahora sólo me falta falsificar mi carnet de agente de la Gestapo. Le pondré mi propio retrato, como es de rigor, y cuando todo lo tenga en orden iré a sacarle de las garras de la Policía.

—Pero ¿no se da cuenta del terrible peligro? Un preso no se saca a la calle a pie ni en un auto de alquiler. Hay que llevar un auto policial, y eso...

—Bueno, jefe; no me amargue la existencia antes de tiempo. Si hemos resuelto poseer la llave, lo demás lo estudiaremos. Estoy decidido a intentarlo, pase lo que pase, y si fracaso, cuenta mía será solamente.

—No; no será cuenta de usted solo. Soy el jefe y el responsable de lo que hagan mis hombres. Ha resuelto usted una parte; si logra resolver el resto..., seré yo quien le acompañe a intentarlo.

—Gracias. Le prometo estudiar el caso. Sé las dificultades que presenta, pero... mi padre fue irlandés. Creo que eso le dice algo de mi testarudez.

»Y ahora, con su permiso, voy a dormir unas horas. Cuando descanse y tenga otra vez el pulso firme, me dedicaré a confeccionar mi carnet policíaco. Quizá me valga para mucho, no sólo en este caso, sino en otro.

Wilbur, cansadísimo, se dejó caer sobre el diván, y el coronel, no muy convencido del plan, pero tampoco descartándole por completo, abandonó su domicilio para entregarse a sus faenas.

La idea era audaz en grado sumo, pero el cariño al hombre que había compartido los peligros con él y sus compañeros y el deseo de salvar su vida, eran acicates poderosos para no dejarle abandonado a su suerte. Si aquel loco extraño era capaz de resolver el resto de las dificultades dándolas apariencias de verdad, sería el primero en exponer su vida por salvar la de Jasper.

Wilbur despertó mediado el día, y como sentía un apetito atroz, bajó a almorzar al primer restaurante que encontró más cercano y más tarde, después, de tomar un par de tazas de café, reanudó su trabajo.

Por la noche, al regreso de Correlly, el hábil falsificador tenía casi concluido su carnet. Era un trabajo primoroso y delicado que el comandante admiró sin reservas.

—No me extraña que la policía de media Europa tenga tanto interés en conservarle como huésped de honor de sus cárceles —dijo—. Es usted un terrible peligro para la propiedad y seguridad ajenas.

—Sí, demasiado terrible. Un día tendré que hacer algo para que una máquina me estropee un par de dedos de la mano derecha y con ella me sienta derrotado en esta habilidad, pero, de memento, deseo conservarlos intactos. Estos cochinos se han mofado de nosotros. Nos llaman —me refiero a mis paisanos— cerdos rubios y hambrientos que no tenemos más que nervio y esqueleto. Esa ofensa debo vengarla.

—Yo no he tomado en consideración las cosas que dicen de nosotros los de Norteamérica. No pueden olvidar que nuestra intervención en la primera guerra mundial acabó de hundirles. Esta vez, si vuelve a estallar, acabaremos de convertirles en polvo.

Era, la hora de cenar. Salieron juntos y a la terminación, Wilbur preguntó:

—¿Qué sabe de Paula?

—Nada. Supongo que está bien.

—Quisiera hacerle una visita. La pobre debe aburrirse sola y además está muy nerviosa. Teme a cada momento que todo se descubra y se hunda sobre nosotros.

—Parece que ha tomado mucho afecto por Paula.

—Bueno. A fin de cuentas, a usted no le recibió en la estación con un par de besos muy bien ensayados llamándole esposo mío. Quizá de haber pasado por ello se sentiría atraído como yo.

—Es usted un loco, Wilbur. Olvida que una mujer metida en estos asuntos tan peligrosos no puede entregarse a otra cosa distinta a su labor. El amor siempre ha sido un peligro para ellas y para los que las rodearon.

—Puede ser que así sea, pero si yo consiguiese lo que anhelo... El Intelligence Service perdería un buen elemento femenino a cambio de haber ganado uno bueno masculino. Los peligros; que ella debe pasar en lo sucesivo los pasaré yo y Paulette sólo tendrá que ocuparse de esperar mi regreso con los brazos abiertos para darme un, par de besos como aquéllos y decirme de nuevo: «¡Cuánto has tardado, esposo mío!».

Correlly rió. Wilbur era un temperamento demasiado exuberante con el que no se podía discutir.

CAPÍTULO X

UN GOLPE DE OSADÍA

Wilbur sorprendió a Paula con su visita, a tales horas.

La muchacha, alarmada, preguntó:

—¿Otra vez aquí? ¿Es que ha sucedido algo?

—No se alarme, que no ha sucedido nada... anormal.

—Creí que el señor Correlly le había alojado ya.

—Aun, no. He dormido unas horas sobre su cómodo diván y he estado trabajando toda la noche de ayer y parte de la tarde de hoy.

—¿En qué?

—En esa magnífica máquina para falsificar escritura. Algo de maravilla que yo desconocía.

—¿Y qué ha falsificado? ¿Algún cheque contra el Banco de Semlin?

—Mire, no se me había ocurrido darles también, ese golpe. Unos miles de marcos no me vendrían mal y será cosa de pensarlo. No, no se trata de eso, sino de algo más poético. He estado falsificando una partida de matrimonio.

—¿Una partida de matrimonio? ¿A quién diablos ha intentado casar... así por las buenas?

—A una preciosa espía del Servicio Secreto norteamericano, con un aprendiz de espía nacido en Oxford. El señor x necesita un estado civil de esa naturaleza y...

—Wilbur, no bromea. No me gusta eso.

—¿Prefiere entonces que esa partida sea auténtica y sin reparo de los peritos calígrafos?

—Prefiero que hable usted en serio y de cosas relativas a nuestro

trabajo. Es de lo único que puedo escucharle.

—Lo siento. Me había hecho una ilusión tonta como todo lo que siempre me ha ilusionado. Me he entusiasmado tanto con mi nueva misión que... hasta había llegado a olvidar mi pasado.

—No sea estúpido, Wilbur. No se trata de un pasado ni de un futuro, sino de un presente. Estamos aquí para algo. Hable en serio y dígame qué ha estado haciendo.

—Lo siento, pero de momento es algo que está cuajando. Si llega el caso, lo sabrá. He venido porque aquí se duerme mejor que en el diván de Correlly y no es cosa de echarle de su cama. Dentro de poco nos iremos de aquí y ya no es cosa de exponerse a danzar por hoteles donde pueden investigar demasiado. Todavía deben andar buscando a Frederick Kramer y habrán caído en la sospecha de que se oculta bajo otro nombre. Espero que no será tan cruel que me eche a la calle.

—Su habitación está libre. ¿De verdad que nos iremos pronto?

—Parece que sí. Las órdenes son esperar unos días a que el cieno baje al fondo y se calme el lago. Creo que me cabrá el honor de intentar sacar de aquí lo que traje y algo más. Fue lástima haberlo metido.

—Mucho confían en usted, Wilbur, cuando le dan esa misión.

—Es que mis honrados antecedentes no son para menos.

—Bueno, es usted insoportable. Márchese a la cama.

—Con su permiso. Yo le diría que es adorable a cambio de su piropo, pero temo que se lo crea. Hasta mañana y que descanse.

Y se retiró al cuarto secreto.

Por la mañana, Paula, como de costumbre, bajó en busca del desayuno y compró algunos periódicos. No decían nada de particular, pero aquello no le engañaba. Debajo de la falsa capa de tranquilidad se fraguaba la tormenta.

Cuando Wilbur se levantó y mientras, la joven preparaba el desayuno, echó un vistazo a la prensa y una, noticia le envaró haciéndole sonreír con burla.

La noticia no tenía nada de particular. Aquella noche hacía su presentación en el Teatro Nacional una gran compañía de ópera, a la que asistirían las más relevantes figuras de la política y la milicia. Se citaban nombres y, entre ellos, contábase el de Godofredo Katz. También se insinuaba que posiblemente honrase el espectáculo con

su presencia el propio Hitler.

Wilbur se apresuró a decir a Paula:

—Haga el favor de llamar a Correlly. Si no ha salido de su casa, ruéguele que me espere. La cosa es urgente.

La joven obedeció. El comandante se disponía a abandonar su domicilio, pero esperó a Alwin, quien se presentó poco después.

—¿Qué sucede? —preguntó Correlly.

—Nada y mucho. Que ya tengo resuelto lo de Jasper, pero necesito poner fin a mi trabajo. Vengo a quedarme para ultimarlos, porque esta noche voy a sacar a nuestro compañero de Moabit.

—No siga pensando en ésa, locura, Wilbur. Daría una mano por poder lograrlo, pero no puedo exponerle a usted y quién sabe si por su conducto a los demás.

—Le digo que la cosa puede salir bien. Hay noventa y ocho posibilidades contra des.

—Demuéstremelo —dijo Correlly, nervioso.

—Lea esa noticia.

—Muy bien. Como ésta puede leer muchas veces todos los días. Godofredo es un fantoche que está siempre en todos los lugares de exhibición.

—Me basta con que esta noche esté muy interesado en escuchar «Los maestros cantores». Escúcheme y luego diga si tengo razón.

Correlly le escuchó anhelante. Cuando Wilbur terminó de hablar, los ojos del comandante brillaban como ascuas.

—Wilbur —dijo—. Es usted un loco, pero un loco sublime. Sigo pensando en el enorme peligro, pero comprendo que es una magnífica oportunidad si no hay un fallo. Le secundaré y lo intentaremos pase lo que pase. Daré órdenes a nuestros compañeros para que nos ayuden y... que el cielo nos proteja.

* * *

Aquella noche, a la hora de dar comienzo el espectáculo, los alrededores del severo teatro se hallaban atestados de autos de un lujo desconcertante. Un aparatoso alarde de fuerzas vigilaba junto a la puerta y en torno al edificio y no permitían que nadie se acercase al teatro.

Correlly y Wilbur, severamente vestidos, rondaban a distancia como dos espectadores curiosos presenciando el incesante desfile de

autos. Éstos, después de dejar a sus ocupantes, se alineaban, en los lugares señalados de antemano.

Cuando el espectáculo llevaba más de veinte minutos de representación y los autos podían contarse por muchas docenas Wilbur dijo a su compañero:

—Creo que ha llegado el momento, comandante.

—Pues adelante y que el cielo nos ayude.

Se dirigieron a la más próxima central telefónica y Wilbur, encerrado en una cabina desde donde no podía ser escuchado marcó un número. Establecida la comunicación, preguntó:

—¿Hablo con la prisión Moabit?

—Aquí Moabit al habla —contestó una voz.

—Póngame en comunicación con el director. Aquí la sección 22 de la Policía y el comandante Godofredo Katz al aparato.

Minutos después, una voz distinta, contestaba:

—Al habla el director de Moabit, mi comandante.

—Bien. Escuche. Dentro de un rato se presentará ahí un agente mío con una carta de mi puño y letra. Entérese de su contenido y cumpla al pie de la letra lo ordenado. Antes, exija al que la presente su documentación.

—Perfectamente. A sus órdenes, mi comandante.

Wilbur colgó el teléfono y dijo:

—Y ahora, al acto final. ¿Ha distribuido bien a sus hombres por si fracasamos?

—Todos están en sus sitios.

—Pues, sígame, y déjeme obrar.

Seguido de Correlly, se dirigió en línea recta al grupo de policías que impedían el paso. Buscó al oficial que les mandaba y mostrando su carnet, dijo:

—Orden del comandante Godofredo. Hagan el favor de localizarme su auto.

—Sígame. Está aquí próximo.

El auto del jefe de la Gestapo, un magnífico «Cadillac» negro y alargado, de formas aerodinámicas, se hallaba estacionado a treinta metros. Wilbur dio las gracias al oficial que le guió.

Luego, mostró al galoneado chófer su carnet, diciendo:

—Orden del jefe. Llévenos a Moabit y espere allí. Hemos de cumplir un servicio importante.

El chófer, ante la contundencia del carnet que le acreditaba como agente de la 22 sección, no opuso reparos a Wilbur, y éste, invitando a Correlly a subir al auto, dio la orden de partir.

Cuando se detuvieron ante el sombrío edificio, Wilbur, indicó:

—No se separe de la puerta y esté atento a nuestra salida. Tenemos que sacar a un preso peligroso para un interrogatorio urgente. Tenga la portezuela abierta para partir rápidamente.

El chófer obedeció y Correlly quedó en la puerta, mientras Wilbur, con una tranquilidad espartana, mostraba al centinela su carnet, diciendo:

—Avisé al oficial de servicio. Traigo una orden del comandante Godofredo Katz y el señor director me espera. Está ya avisado.

Cumplidos los requisitos, el audaz aventurero fue llevado al despacho del director, quien esperaba intrigado. Wilbur, tras saludarle rígido, mostró la carta de Godofredo. El director la leyó y releyó y la examinó atentamente. Luego, dijo:

—¿Su documentación, agente?

Alwin mostró su carnet, que sufrió el mismo examen minucioso. El hábil falsificador, erecto, con el rostro como de piedra, sentía latir su corazón con ritmo acelerado. Nunca en su vida aventurera y de peligros había pasado por un momento más angustiioso.

El examen dejó satisfecho al director, porque dijo:

—Creí que el señor Katz sólo se ocuparía esta noche de asistir a la ópera.

—Allí está, pero sólo piensa permanecer lo indispensable. Debe tratarse de algo urgente cuando se ve obligado a abandonar el espectáculo. Me ha ordenado venir en su propio auto.

Poco después, la puerta se abrió y dos carceleros aparecían con el preso. Era éste un hombre joven, alto y fibroso, de rostro enérgico y ojos grises. Su rostro aparecía demacrado, sus ojos brillaban como si estuviese poseído de alta fiebre y su cuerpo se doblegaba como si careciese de fuerzas para mantenerse en pie. Wilbur le miró de frente y adivinó los sufrimientos que debían atormentarle en los pocos días que llevaba encerrado.

—¿Es éste el preso? —preguntó.

—Éste es, agente.

Wilbur sacó unas esposas del bolsillo y se dirigió a él, ordenando:

—Presente sus asquerosas manos unidas. Vamos.

Jasper obedeció y las esposas le aprisionaron las muñecas.

El director señaló su mesa, diciendo:

—Agente Lemberg, ¿quiere firmarme el recibo de entrega del preso?

—Con mucho gusto, señor director.

Estampó su firma en el impreso donde se había hecho constar el nombre del detenido y del agente que se hacía cargo de él, y luego, empujando a Jasper, ordenó:

—Vamos, tipo; dese prisa y no ponga esa cara de mártir. ¡Todos ustedes, malditos espías, son unos cobardes cuando se ven cogidos!

El director se dispuso a acompañarles hasta la puerta de la prisión. Wilbur había empuñado el revólver y lo llevaba oprimiendo los riñones del preso.

Éste, que desconocía a Wilbur, pues la noche del café no hubo tiempo a presentarlo, salió por delante. Al llegar a la puerta, Correlly sintió un estremecimiento en todo su ser al descubrir a Wilbur empujando a su compañero. Lo estaba viendo y le parecía mentira que la cosa se hubiese desarrollado con tanta facilidad.

La pareja se adelantó al auto. Wilbur dijo a Correlly:

—Compañero, prepare su revólver y vigílele conmigo. No podemos descuidar precaución alguna. Adiós, señor director.

—Adiós, agente. ¿Sabe cuándo me devolverá el preso?

Wilbur se retrasó y, acercándose a él, dijo humorístico:

—Me teme que nunca, señor director.

Y con estas palabras enigmáticas subió al auto y cerró la portezuela.

Sólo en aquel momento al reconocer a Correlly, el preso se dio cuenta de que se trataba de una audaz y habilísima farsa para liberarle. No se explicaba cómo se había podido realizar el milagro, pero adivinaba que acababa de salir de la tumba para recobrar su libertad.

Al entrar en el coche, Correlly le hizo un gesto con el índice sobre los labios para que no hablase y cuando se vio entre sus dos compañeros, Wilbur ordenó al chófer:

—Vamos a Eichenbaum, aún no hemos terminado. Falta otro pájaro por enjaular. Yo le diré dónde debe parar.

El chófer obedeció y Wilbur, en silencio, abrió las esposas del

detenido y puso en sus manos un revólver y municiones. Los tres, tensos como postes, se erguían en el asiento siguiendo con los ojos el paisaje que se desarrollaba a través de las ventanillas.

Per fin, penetraren en el barrio oriental. El chófer aminoró la marcha, preguntando:

—¿Dónde?

—Siga adelante, yo le iré indicando.

Con la cabeza fuera de la ventanilla registraba la calle en espera, de alcanzar un lugar desierto. Al promedio se abría una más estrecha. Con la mano, indicó:

—Entre por esa calle.

Estaba desierta. Veinte metros, en el interior, ordenó:

—Pare. Aquí mismo.

Se apeó por el lado derecho, mientras Correlly lo hacía por el izquierdo. Wilbur, para distraer al chófer, dijo:

—Escuche esto. Le voy a indicar lo que tiene que hacer.

Le mostraba un papel en la mano. El conductor se inclinó para examinarle y en aquel momento, la ruda mano del comandante se alzó con violencia empuñando el revólver por el cañón y aplicó un feroz golpe en la cabeza del confiado chófer, quien con un gemido angustioso se inclinó sobre Wilbur privado de conocimiento.

Alwin le retuvo y ordenó:

—Salga, Jasper, aprisa. Vamos a meterle dentro. Yo me pondré al volante.

Le introdujeron en el auto y Wilbur ocupó su puesto, poniendo el auto en marcha.

A toda prisa alcanzaron el Tiergente y en un lugar solitario, abandonaron el coche con el chófer dentro. Luego, a pasos rápidos, se encaminaron al domicilio de Correlly. Sólo cuando se vieron a salvo en él se serenaron un poco. El comandante, pálido, sudaba como un condenado y, dejándose caer sobre el diván, murmuró:

—En mi vida he pasado por un momento más dramático que éste. Wilbur, en aquel mueble hay *whisky*, sírvame un poco, a ver si me recobro.

Jasper, que sentía un nudo de emoción en la garganta, se adelantó y tomando las manos del comandante, murmuró:



Wilbur se apresuró a seguir a Paula...

—Gracias, mi comandante. Jamás sospeché que nadie me pudiese sacar de aquella tumba y... sobre todo, con la audacia con que lo han hecho.

Correlly señaló a Wilbur, que servía *whisky* en tres copas sin que le temblara el pulso, y dijo emocionado:

—Jasper, no me lo agradezca. Su salvación se la debe a la

audacia y a la habilidad de nuestro compañero. Le presento al capitán Wilbur Alwin, del Intelligence Service inglés. Él ya le conocía a usted de la noche del café.

Jasper tendió sus manos, diciendo:

—Capitán Alwin, nunca le agradeceré bastante lo que ha hecho por mí, ni alguien que suspira por mi vuelta en Kansas. En mi nombre y en el suyo le doy las más vivas gracias y... a la recíproca.

—No tiene importancia. Ha sido un juego de chicos, y lo que yo me voy a divertir con el berrinche que va a tomar mi amigo Godofredo, es algo que vale por todo lo que he podido hacer. Me pregunto qué va a pasar cuando Godofredo se entere de la jugarreta.

—Yo también me lo pregunto, Wilbur. Berlín va a ser un infierno y alguno se va a quemar en las llamas. Presiento que van a registrar hasta el Reich.

—Sí. Eso es algo en lo que hay que pensar.

Correlly se levantó, consultando su reloj.

—Aún es tiempo —dijo a Jasper—. Salga inmediatamente, tome un metro en la Potsdamer Enhrhof y diríjase a Dusseldorf. Preséntese al dueño del café «Regina» de mi parte, y que él se ocupe de camuflarle. Puede proporcionarle ropa de campesino y ocuparle en el campo, donde tiene tierras. Pasará usted por un pariente suyo y aguardará instrucciones allí. Conque presente esta media tarjeta mía, le bastará.

La cortó diagonalmente y se la entregó. Luego, le empujó hacia la salida.

—No hay otra solución. Si registran casa por casa, que no le encuentren en Berlín. Lo demás ya se arreglará.

Jasper volvió a estrechar las manos de sus salvadores y, con decisión, abandonó la casa. Lo que aún le tuviese reservado el destino nadie podía predecirlo, pero lo más importante, que era sacarle de las garras de la Gestapo, ya estaba conseguido.

CAPÍTULO XI

LA MUERTE SALE AL CAMINO

El revuelo interno que provocó la audaz salvación del agente secreto norteamericano, tuvo terribles repercusiones en toda la organización. El jefe supremo tomó medidas tajantes. Godofredo fue destituido de su cargo, el director de la cárcel también y, además, recluido en su propio establecimiento a pesar de que la orden de entrega del preso que presentó era una obra maestra que los técnicos se vieron y se desearon para establecer su falsedad y cientos de policías estaban llevando a cabo registros brutales en toda la capital para volver a rescatar al fugado.

Toda esta tempestad se desarrollaba en la sombra de los despachos. El servicio de contraespionaje alemán estaba dando de sí cuanto era posible y la situación era densa y trágica.

Se habían hecho detenciones en masa y la cárcel era pequeña para albergar a tanto sospechoso, pero la realidad fue que estaban completamente desorientados.

El nombre de Frederick Kramer era como un fantasma que estaba en las bocas de los altos jefes. Era a él al que atribuían todo aquel terrible revuelo y las gestiones para localizarlo eran agotadoras.

Mientras, Wilbur había vuelto a refugiarse en el domicilio de Paula. Ésta, cuando supo la hazaña realizada por el audaz falsificador, sintió una alegría inmensa y su admiración por el héroe creció en grado superlativo, pero sabía mantenerse entera, no demostrando más allá de lo normal la impresión que su nuevo compañero de trabajo le estaba causando.

Wilbur no daba importancia al asunto. Estaba terminado y ya no contaba. Lo que ahora le preocupaba era la manera de salir de Berlín, no sólo él, sino Paula y todo el archivo que debían trasladar a Londres.

Correlly, dando por terminado el trabajo en Berlín, había licenciado a sus hombres. A partir de la noche que liberaron a Jasper, ya nada tenían que hacer allí y les dejó en libertad para que, valiéndose cada uno de sus propios recursos, abandonasen la capital.

Con Wilbur tenía bastante, aparte de que debía preocuparse de la seguridad de Paula.

Como mejor pudo, trasladó al domicilio de la joven su archivo secreto, que cabía en un pequeño maletín y el aparato tomavistas robado la noche de la tragedia del café. Aquello era lo que había que salvar aun a costa de sus propias vidas y tenían que estudiar el modo de poder hacerlo.

Dos días más tarde, cambió impresiones con ambo y dijo:

—Esta noche tengo que arriesgarme por última vez y comunicar con el coronel Arnold. Le daré cuenta de que hemos salvado a Jasper, que nuestros hombres se disgregan por su propia cuenta para salir de Alemania y le indicaré que nosotros haremos lo mismo si podemos. Hay que cruzar la frontera con todo eso y ahí está el peligro.

—Lo estudiaremos, comandante —dijo Wilbur—; yo siempre confío en mi suerte y mi audacia.

Y luego, añadió:

—Le acompañaré esta noche por si hubiese peligro. El que quede por correr nos corresponde a los dos.

—Quisiera no volver a usar la radio —aseguró Correlly, como si le acometiese un mal presentimiento—, pero no puedo tender el vuelo por mi cuenta sin estar de acuerdo con nuestros jefes. Pueden tener ellos algún plan deliberado o necesitar aún algo de aquí. Le espero en el mismo sitio que la noche anterior.

Luego, sacó de la cartera un papel con unos signos y añadió:

—Tome. Ésa es la clave a usar esta noche. Creo que podrá aprendérsela sin mucho esfuerzo. Si así es, quémela por si acaso.

Y se despidió, estrechando sus manos con más emoción que nunca.

Paula, comentó:

—Parece más nervioso que otras veces. Diríase que ha cobrado miedo.

—¿Cree que lo tuvo alguna vez? —preguntó Wilbur.

—Quizá me explique mal. Miedo a que algo se estropee a última hora todo lo conseguido.

—Ese miedo tenemos que tenerle todos, pero nadie puede evitarlo. Creo que debe usted ir pensando en arreglar su equipaje y prepararse para la marcha. Queme lo que no sea de utilidad inmediata y tenga siempre su maleta en orden. Nadie sabe si en minutos tendremos que salir huyendo y un segundo de retraso puede ser su perdición y la de los demás.

—Así lo haré, Alwin. Mientras usted se reúne a Correlly, yo prepararé lo indispensable. Esté tranquilo.

Y no hablaron más. Wilbur se despidió de Paula, y salió en busca de Correlly, con quien, a eso de las once volvían a poner en marcha la emisora y a comunicar con Londres. Por su desgracia, la emisión fue más larga de lo que ellos hubiesen deseado y esta demora en hacer callar la estación constituiría un motivo más de tragedia.

* * *

Sobre las once y media de la noche, un camión rodaba a menos de medio kilómetro de Eichenbaum Elle, y uno de los técnicos que manipulaba los mandos de la estación receptora advirtió:

—¡Atención!... Aquí está esa maldita emisora.

Ya está radiando en esa jerigonza que nadie puede entender.

Miró la antena que marcaba el lugar de donde procedía la onda, y, tomando el plano de aquella parte de Berlín, trazó una recta en él, diciendo:

—Veintidós grados hacia el Este. Franz, comunica con el camión x. 3424; debe estar por el lado contrario a nosotros.

Puso la conexión y llamó en clave también.

—Aquí, el camión x. 5432, en el lado oeste de Eichenbaum Elle. ¿Es el camión x. 3424?

—El mismo. Al lado este de dicha vía.

—¿Capta usted la onda de esa emisora?

—En este momento la hemos cogido. Marca veinte grados al Oeste.

—Adelante. Ya la tenemos casi localizada. No puede estar más allá de quinientos o seiscientos metros. Siga el ángulo trazado, que nosotros lo seguimos también. En algún sitio del corazón de este barrio nos encontraremos.

Y, en efecto, siguiendo la dirección de la onda, que cada vez se hacía más audible, los dos camiones fueron avanzando como atraídos por un imán, hasta que, un cuarto de hora después, ambos coincidían en un mismo lugar.

Se detuvieron. Uno de ellos, con el aparato receptor en marcha, avanzó a lo largo de la calle. La sonoridad, a medida que avanzaba, se hacía más recia; luego empezó a debilitarse, teniendo que retroceder para cogerla de nuevo con toda su amplitud. Por fin se detuvo frente al número 12 de la calle, y uno de los técnicos se apeó.

Otro del camión contrario se apeó, uniéndose a él.

—En esta casa está instalada.

—Bien. Voy a dar aviso para que manden policía que acordone toda la manzana. Esta vez no se nos escapará quien sea.

Hizo una llamada por teléfono, y cinco minutos después tres grandes camiones atentados de policía entraban en la calle.

Un capitán al mando de la sección distribuyó a su gente en derredor de la manzana, advirtiéndole:

—No dejen atravesar el cordón a nadie sin detenerle.

Luego, tomando cuatro agentes a sus órdenes, indicó a un técnico cerrajero que ocupaba uno de los camiones que abriese la puerta de la calle.

Y con decisión alcanzaron la escalera, disponiéndose a registrar toda la casa.

Correlly y Wilbur habían dado fin a su larga conferencia.

Arnold había prolongado la emisión, pidiendo detalles de todo lo sucedido y dando instrucciones para la marcha. Debían intentar la salida por Bélgica, Holanda o Suiza; como ignoraban los peligros a correr y las posibilidades, de burlar la vigilancia alemana, lo dejaban a su elección; pero tanto en Lieja, en La Haya o en Basilea, tenían dirección donde dirigirse para encontrar a sus compañeros allí destacados.

Terminada la emisión, Correlly, que sentíase nervioso como nunca, se apresuró a esconder la emisora, diciendo:

—¡Rápidos; no estoy tranquilo!

—¿Qué nos puede suceder? Hemos terminado para siempre.

Abandonaron el estudio y salieron al descansillo. La linterna de Correlly lanzó su haz de blanca luz a través del vano de la escalera, e iniciaron el descenso. De repente, Correlly se detuvo y apagó la luz.

—¿No ha oído? —murmuró, al oído de Wilbur—. Me ha parecido oír rumor de pasos.

Quedaron tensos escuchando, pero aunque permanecieron varios minutos conteniendo la respiración, no alcanzaron a captar el rumor. Wilbur, impaciente, dijo:

—Está nervioso, comandante. No oigo nada.

—Me había parecido —murmuró Correlly—. Realmente, reconozco que estoy nervioso. Precisamente ahora que todo toca a su fin.

Volvió a encender la luz y miró atentamente. No descubrió nada, y empezaron a descender en silencio.

Al alcanzar el tramo inferior. Correlly, bruscamente, estiró el brazo y lo sacó con la linterna, proyectando la luz hacia el fondo de la escalera, abarcando todo el hueco con el recuadro que formaban los pasamanos al ascender. Tan bruscamente como lo había hecho, retiró el brazo, y, con voz ronca, ordenó:

—Atrás; he visto uniformes en la escalera. ¡Nos han copado!

Wilbur sintió que todo su ser vibraba de miedo. Había pasado por la trágica situación del café «Zur Nelke» sin tiempo a sentir el pánico, porque la explosión había sido imprevista; pero ahora, con el peligro por delante en forma segura, pero silenciosa, sintió una angustia terrible y retrocedió.

Apagaron la linterna y a todo correr retrocedieron hacia el estudio, mientras Correlly decía:

—La ventana da a una terraza. Quizá por allí...

Una orden seca les mandó detenerse, y pisadas brutales y rápidas retumbaron sobre la madera de los escalones.

Correlly sacó la llave del estudio y la introdujo en la cerradura. En aquel momento vibraron varios disparos, y el comandante, con voz ronca, rugió:

—¡Me... han... matado! ¡Huya!

Wilbur sabía que nada podía hacer por él y que era estúpido

detenerse. Giró la llave en la cerradura, abrió y se lanzó dentro con la llave en la mano cuando disparaban sobre él de nuevo y no le alcanzaban por milagro.

Cerró por dentro antes de que los asaltantes pudiesen evitarlo, y sin vacilar abrió la ventana y saltó por ella.

Una terraza a medio metro se extendía por delante.

Al llegar al final de ella descubrió que una nueva terraza más baja se unía a aquélla. De un salto cayó sobre el piso, y siguió corriendo cuando ya captaba los gritos de sus perseguidores en la primera terraza.

Y, de repente, se vio ante el esqueleto de una casa en construcción que se levantaba medianera a aquélla. Las vigas de hierro entrelazadas formaban recuadros para ser rellenados con ladrillos.

No vaciló. Se asió a una de las barras de hierro, y en un esfuerzo de acróbata trepó por ella hasta alcanzar los travesados laterales, por los que sólo en equilibrio se podía andar, con sumo cuidado para no caer en el vacío.

Se hallaba a la altura de un cuarto piso. Algo trágico para iniciar el descenso, pero había que jugar con la muerte, burlándola, y no vaciló.

Apenas atravesó una de las barras laterales, montó a horcajadas sobre ella, y, alcanzando la vertical, se dejó escurrir hasta el cuadrado más inferior, con lo que desaparecía del primer plano alto, ocultando en parte su cuerpo a los posibles disparos.

Se detuvo, tumbado materialmente sobre la barra transversal, escuchando. Al otro lado de la terraza oía gritos salvajes, amenazas, órdenes, pero, al parecer, nadie se decidía a lanzarse por aquellos trampolines donde la vida estaba pendiente de un hilo.

Respirando con fatiga volvió a iniciar el descenso de la misma forma, deslizándose por las barras de hierro en sentido vertical. Si lograba alcanzar piso firme antes de que tuvieran tiempo de descender por el otro lado y cortarle la retirada, acaso aun pudiese salvarse.

Cuando se hallaba próximo a la planta baja, observó que ésta se hallaba repleta de materiales. Ladrillos, sacos de cemento, artenas para la mezcla, barras de hierro y algunos escombros. Aquello podía favorecerle para ocultarse mejor antes de lanzarse a la calle, donde

ignoraba qué le estaría esperando.

Por fin alcanzó el suelo, y se acurrucó detrás de unos sacos de cemento, escuchando. Hasta él llegaban voces ásperas y gritos. Luego, sintió pasos cerca, y empuñó el revólver, dispuesto a hacer uso de él hasta caer matando.

Una voz, ordenó:

—Cabo, esté atento a lo que pueda suceder. Por ahí arriba, entre las vigas, anda el hombre que perseguimos. Prepare su revólver, y, si le ve descender, dispare sobre él. Usted quédese ahí fuera, por si consiguiese salir de alguna manera.

El sargento que daba las órdenes se retiró, y el cabo, sacando una linterna del bolsillo de su amplio capote, la enfocó hacia arriba, registrando la armadura de hierro.

Como no encontrara nada, avanzaba y retrocedía en su requisa, y Wilbur, con el pulso tremante, esperaba que en uno de aquellos movimientos se acercase lo suficiente para tenerle al alcance de su mano.

Hasta que, poco después, el policía retrocedió hacia los sacos para enfocar otro lugar. Wilbur, rápido como el rayo, sabiendo que era la ocasión única que se le brindaba para el proyecto que había concebido, abandonó la protección, avanzando en puntillas por detrás, y su brazo, duro como el acero, se flexionó con el revólver empuñado, y éste cayó brutalmente sobre la cabeza del vigilante.

Sólo un gemido ahogado pudo exhalar. Wilbur le recibió en sus brazos, tiró de él por detrás de los sacos, y, despojándole del capote y del casco, se caló éste, se embutió en el amplio y airoso capote, que le llegaba a los pies, y, recogiendo la linterna, tiró del caído, ocultándolo lo mejor que pudo, y avanzó hacia el linde de la calle.

El agente seguía en su puesto. Wilbur apagó la linterna, y dijo:

—Entre por aquella parte y regístrela. Vamos; por este lado no hay nada.

El agente no discutió la orden, y con su linterna se adentró hacia el solar. Wilbur aprovechó el momento para escabullirse y tratar de dar la vuelta a la manzana.

Llegó a la calle adyacente, donde varios agentes cumplían su misión de vigilar. Siguió avanzando, hasta que un sargento preguntó:

—¿Dónde va, cabo?

—Me ha mandado el capitán en busca de un auto. Hay un hombre herido.

Siguió caminando a buen paso, pero sin gran prisa, hasta dejar atrás la manzana peligrosa. Cuando se vio en una calle sin policía, corrió más aprisa, y al pasar por delante de una tapia se despojó del capote y del casco, los arrojó por encima del tapial y se perdió en el dédalo de callejuelas.

Media hora más tarde, tenso y dolorido, llegaba al piso de Paula.

Ésta le esperaba. Sabía que después de la emisión volvería, pues no contaba con otro refugio, y, apenas sintió paso, por la escalera, se apresuró a abrirle la puerta.

—¿Todo bien, Wilbur? —preguntó, anhelante.

Él, retrasando la contestación, se dejó caer sobre el diván, con los nervios deshechos, y murmuró, con voz ronca:

—Todo mal, Paulette. ¡Correlly ha muerto!

Ella ahogó un grito de espanto y se tapó los ojos aterrada. Luego, estalló en un sollozo quebrado.

—¡Dios mío, tan bueno, tan valiente!... ¿Cómo fue?

—Fatalidad, Paulette. Nada pude hacer por él, y aún me pregunto cómo estoy aquí vivo.

—¿No le habrán seguido? —dijo ella, más aterrada.

—No. De eso estoy seguro. Lo hice muy bien.

Paula, tratando de hacerse fuerte, exclamó:

—Dígame cómo ocurrió.

—Nos localizaron la emisora cuando ya íbamos a abandonar el piso. Tropezamos con la policía en la escalera al bajar. Cuando quisimos escapar por la ventana del estudio, al abrir la puerta, le clavaron varias balas. Me pidió que huyera porque se sentía morir, y escapé por la terraza. He hecho piruetas mortales por el esqueleto de hierro de una casa en construcción y me salvé cazando a un cabo de policía y camuflándome con su casco y su capote. Cuando se den cuenta, ya será demasiado tarde.

—¡Oh, ha sido terrible! —dijo Paulette—. Y ahora, ¿qué?

Wilbur se levantó como impulsado por un resorte, y, encarándose con Paulette, dijo:

—Escuche. Si perdemos un minuto, cada minuto será un dogal en nuestro cuello. Debemos aprovechar estos momentos para escapar antes de que este suceso acabe de volver loca a la Gestapo y

haga una *razzia* en la que entremos todos.

—¿Huir ahora? ¿Cómo?

—Lo he venido pensando por el camino. Es la una; en una capital como ésta la una de la madrugada es hora hábil para que circule la gente, y he pensado en eso. Tomará lo más preciso, como yo. En el maletín meteré el «Trimetrogín» y los documentos, y como un matrimonio que acaba de llegar a Berlín tomáramos un taxi, con el equipaje. Llevaremos una dirección apuntada en un papel, diciendo que es donde vive una tía nuestra que nos espera, y le pediremos que nos lleve a ella. Las señas serán un lugar de las afueras, y, cuando salgamos de lugares concurridos, yo me las encenderé con el chófer. Le amenazaré, le dejaremos bien atado en un lugar solitario, y, puesto al volante, seguiremos con el auto durante toda la noche hasta donde nos sea posible llegar. De madrugada esconderemos el coche, y en la primera estación que encontremos más cercana tomaremos un tren. Ya decidiremos cuál y hasta dónde. La cuestión es dejar Berlín muy atrás. ¿Tendrá miedo de hacerlo, o prefiere que la cacen como a una codorniz?

Ella sacudió su rubia cabellera con energía, diciendo:

—Mi deber es no tener miedo, y, si lo tengo, aguantármelo. Comprendo su idea y comprendo también que es la más viable. Si se quiebra, mala suerte.

—Pues dese prisa. Yo voy a empaquetar también mis cosas.

Febrilmente se entregaron a la tarea, y diez minutos después, de cualquier manera, cerraban sus maletas. Wilbur ya tenía en el maletín aquel tesoro documental por el que tantas vidas se habían expuesto.

—El brazo, querida, y no tiemble. Desde este momento es mi nueva y tierna esposa. Vamos.

Salieron a la calle con su pequeño equipaje. Wilbur había apuntado en un papel las señas de uno de los barrios modernos de las afueras en la parte Este. Era un barrio de pequeñas y lindas casitas, en las que habitaban algunos medianos burgueses y gente de escaso capital.

Un taxi cruzó por delante de ellos. Wilbur lo detuvo. Procurando dar a su acento un timbre provinciano, dijo:

—Escuche, chófer; este maldito Berlín me marea. Mi mujercita y yo acabamos de llegar de Stettin para pasar un mes con nuestra tía

que vive aquí, en Mauer Strasse, y nos encontramos con que se ha ido a su finquita de los arrabales. Éstas son las señas. ¿Podría llevarnos?

El chófer sonrió al verles. Creyó adivinar que se trataba de una pareja de recién casados, a juzgar por lo que él apretaba el brazo de la joven.

—Claro que sí, camarada. Les llevaré allí. La carrera son veinte marcos.

—¿Tan caro? ¡Diablo! Me parece que Berlín nos va a venir ancho, queridita. Veinte marcos... Como tu tía no nos ayude, dentro de ocho días al pueblo otra vez.

—Suban; es tarde, y a estas horas es molesto rodar por lugares solitarios.

—Muchas gracias, muchas gracias Se lo agradecemos infinito. Nuestra tía...

El chófer cerró la portezuela desde el *baquet*, cuando casi no había entrado aún Wilbur, y el coche empezó a rodar vertiginosamente. Wilbur sonrió humorístico en la obscuridad del vehículo.

Las señas las había tomado de la guía telefónica, sin saber exactamente dónde se hallaba la calle escogida, pero confiaba en poder anular al chófer antes de llegar al punto imaginado.

Wilbur escogió aquel taxi al observar que entre el *baquet* y el interior se podía establecer comunicación corriendo uno de los dos cristales que componían la parte trasera. Esto era muy elemental para sus planes.

Mientras rodaban, dijo a Paula:

—Aquí entra usted también. Espero que no tiemble ni se sienta cobarde. Necesitamos de nuestras fuerzas combinadas para anular al chófer.

—Descuide, que no me temblará el pulso. Es mi vida lo que está en juego, y la aprecio demasiado.

—Pues prepare el revólver, y ya sabe lo que ha de hacer.

Habían abandonado la zona urbana, y rodaban por una archa pista salpicada de casitas. Había un resplandor de luna que dejaba distinguir el paisaje con cierta precisión.

Aquellas «villas» se habían edificado en una amplia zona arbolada. A derecha e izquierda, los árboles altos, tupidos, de

descarnadas ramas, formaban legión, y a Wilbur le pareció magnífico el lugar para su idea.

Corrió el cristal, para preguntar:

—¿Falta mucho aun, camarada?

—No mucho. Ahora, a la derecha, se abre un camino transversal, y al final de esa senda está la colonia que buscan.

—Gracias.

Y decidió esperar a que el auto rodase por el camino secundario.

Cuando entraron en él, corrió suavemente el cristal y sacando el brazo armado de pistola, aplicó el cañón a los riñones del chófer, diciendo:

—Pare, haga el favor.

—Oiga, ¿qué hace?

—Estese quieto, Contiene cinco balas calibre 37 que sus riñones no resistirían. Pare.

El chófer, aterrado, detuvo el vehículo. Paula abrió la portezuela y apareció a un costado encañonando al conductor con su pistola.

—¡Ah! —murmuró el chófer—. ¿Con que atacadores provincianos? Bueno, llévense el dinero; no es mucho, pero...

—Quietos. No necesitamos su dinero para nada, sino el auto. Tenemos que hacer una pequeña excursión secreta, y no poseemos coche. Le dejaremos por aquí bien acondicionado, y mañana puede reclamar el auto a la policía, que se lo entregará. Vamos, vida mía; trae esas cuerdas y el pañuelo.

Paula, que lo tenía en la mano, se lo ofreció.

—Bien; ahora sube al coche y aplícale el cañón al costado. Pon el dedo en el gatillo, y, si hace algún movimiento, dispararás sin esfuerzo. Rápida.

Paula obedeció, mientras Wilbur amordazaba reciamente al chófer y luego le pasaba las Cuerdas por los brazos y los pies hasta convertirle en un fardo.

Cuando quedó anulado, tomó el volante y se internó por una senda cubierta de hojas secas hasta cubrirse con los árboles.

Se detuvo en un terreno hostil para el vehículo. Unos terraplenes con trochas cubiertas de hojas se ofrecían ante él, y, tomando el cuerpo del aterrado chófer, le arrastró hasta el fondo de una de ellas, donde le dejó tumbado, no sin antes cerciorarse de que no podría librarse de sus ligaduras ni gritar.

Antes de marcharse, advirtió:

—Cuando le rescaten pida a la policía su coche.

Hizo retroceder el vehículo hasta ganar de nuevo la ancha calzada. Nadie había circulado por allí, ni fueron visaos.

—Estamos de suerte, Paulette. Todo ha sido como lo planeé, y ahora tenemos un buen auto a nuestra disposición. Quedan más de cinco horas de noche para poder alejarnos de aquí antes que el nuevo día dicte medidas de excepción para bloquear las salidas. Rodaremos por caminos de segundo orden, más difíciles de controlar, y cuando sea de día estudiaremos la situación. De momento, no hay otra solución. ¿Qué me dice?

—Nada, Wilbur. A usted corresponde la iniciativa, y me entrego en sus manos. Sé que lo que usted, con su decisión y su astucia, no consiga, no lo conseguiría yo sola. Sólo pido, por el bien de nuestras patrias, que la suerte nos acompañe hasta el final y que termine con la satisfacción del deber cumplido.

Y el auto aceleró la marcha en la azulada noche.

CAPÍTULO XII

EN EL ÚLTIMO MOMENTO

Paulette se había sentado junto a Wilbur. La noche estaba hosca y sentía el frío filtrarse en sus huesos por debajo del recio abrigo de paño. Él, envuelto en su gabán, mantenía firme el volante y sentía una sensación de agrado y alivio al notar junto a su cuerpo la presión del de la joven.

Durante un buen rato rodaron en silencio. La carretera de segundo o tercer orden presentaba el piso desigual. Había baches que él sorteaba con habilidad, y en otras ocasiones cruzaban por zonas polvorientas, dejando tras ellos espesas nubes de polvo.

Cada cual iba entregado a sus inquietantes pensamientos.

Paulette sentía la angustia de temer que al final de aquella jornada, en la que tantos peligros habían sorteado, pudiese caer en manos de sus feroces enemigos, y Wilbur sólo sentía un ansia viril de lucha y un deseo ferviente de verse al otro lado de alguna frontera con Paulette sana y salva.

Ella, de repente, preguntó:

—¿Ha pensado ya por dónde vamos a intentar salir?

—Eso estoy estudiando, Paulette. Tenemos tres rutas, las tres en esa dirección, y no sé cuál escoger que sea menos peligrosa y más fácil.

»Si pasamos por Holanda, debemos seguir la línea Hamburgo-Brema-Wesel, para más tarde llegar a La Haya; si lo hacemos por Bélgica, entonces nuestra ruta es Hannover, Essen, Colonia, a Lieja, y si encogemos Suiza, el Recorrido es Weimar, Sotta Frankfurt (donde tendríamos que hacer transbordo) para descender hasta

Rhun, rozando la frontera francesa, entre el Rin y los Alpes. Me estoy preguntando cuál será la ruta más llana.

—Y yo me pregunto cuál será la que podemos seguir.

—En ese caso, tendríamos que amoldarnos a las circunstancias; pero si todo va bien, somos nosotros los que debemos decidir.

—Pues escoja la más corta. Wilbur. He trabajado un año en Berlín, he pasado momentos de angustia y peligro, y me he mantenido serena, y, sin embargo, es ahora cuando el miedo se apodera de mí y mis nervios me traicionan.

—No me irá a decir que se ha dejado influenciar de las aprensiones del pobre Correlly. No sea pájaro de mal agüero.

—No, no lo soy; pero no puedo evitarlo. No sé lo que daría por estar más allá de Alemania.

Él aprovechó el momento para preguntar:

—¿Qué hará después, si consigo sacarla de este infierno?

Ella se quedó dudando, y repuso:

—No lo sé, Wilbur. No me he atrevido a pensar más allá de estas fronteras, quizá porque he estado dudando si conseguiré abandonarlas alguna vez. Si lo consigo, tendré que estudiarlo.

—¿Seguirá trabajando para el Servicio Secreto?

—Si me necesitan, lo haré. Un buen patriota no puede retroceder ante el peligro.

—Bien; pero nuestras naciones tienen muchos millones de habitantes. ¿Por qué han de ser sólo unos pocos los buenos patriotas y los que corran el peligro por los demás?

—Será porque todos no valemos para lo mismo, o no tenemos la misma vocación. De todas formas, piense que si estallase la guerra, entonces serán buenos patriotas todos, porque empuñarían un arma y se jugarán la vida sin retroceder en favor de la misma causa. Cada uno tenemos un campo de acción que defender, y usted que es capitán y...

—Perdone; yo no soy nada. En este momento no sé lo que soy, y si me atengo a mi verdadera vida, soy un proscrito a quien miles de policías anhelan detener. ¿Habría situación más cómica que la mía?

—No tiene derecho a decir eso —afirmó, enérgica, Paula—. Usted es miembro efectivo del «Intelligence Service», sus hechos y heroísmo han borrado todo su pasado, que ya nadie puede recordar, y cuando vuelva a Inglaterra será recibido como un héroe que es y

rehabilitado con todos los honores. No vuelva a decir eso delante de mí.

—Gracias; es muy amable, pero la realidad una, y el pasado puede olvidarse, pero no borrar.

—Claro que se borra; basta querer hacerlo como usted lo ha hecho y realizar hazañas como las realizadas. De aquí en adelante podrá levantar la frente con orgullo porque se lo ha ganado con exposición de su vida.

—Bien; olvidemos eso, puesto que usted lo desea. Si no la empleasen de nuevo, ¿volvería a Norteamérica?

—Algo tendré que hacer. Si sigo siendo útil, me enviarán a algún sitio; si así no es, tendré que volver a ganarme la vida de alguna manera. Aquélla es mi patria.

—Lo comprendo. Bueno, creo que estamos mirando muy adelante. Aún no sabemos cuál será nuestro destino, y lo mejor es seguir a favor de la corriente. Cuando llegue la hora de nadar contra ella, veremos.

Siguieron rodando a buena velocidad. Wilbur era un buen conductor, y Paula, vencida por las emociones y el cansancio, terminó por inclinar la cabeza, dominada por la modorra, recostándola en el hombro de su compañero.

Éste sintió un cosquilleo extraño en todo su ser al contacto. No, él no podía renunciar a Paula, que se le había metido en el corazón de una manera insensible pero profunda, y tenía que realizar milagros si era preciso, no sólo para sacarla de aquel infierno, sino para captarse su amor, que era lo único que ahora anhelaba en el mundo.

Era casi de madrugada cuando observó que el auto no funcionaba a su gusto, y fue entonces cuando se dio cuenta de que debía estarse acabando la gasolina. Era algo en lo que no pensara, y habían tenido mucha suerte en que el depósito se encontrase completamente lleno cuando se apropiaron del coche.

Miró en derredor. Se hallaban en una carretera secundaria bordeando una enorme extensión de terreno arbolado y en accidente. Debía preocuparse de esconder el auto antes de que quedase parado en mitad del camino denunciándoles. Buscar el próximo surtidor para seguir, resultaría peligroso. Si alguien había descubierto al chófer, las señas y matrícula del auto ya habrían

circulado por telégrafo, y se exponían a ser detenidos con él.

Le habían sacado un buen rendimiento, y ya era bastante; el resto les correspondía a ellos.

Despertó suavemente a Paula, diciendo:

—Tenemos que abandonar el coche, querida.

—¿Ya? ¿Dónde estamos?

—Que me ahorquen si lo sé, pero se acaba la gasolina, y hay que esconder este cacharro en algún sitio. El terreno es favorable para ello. Cuando se haga de día, nos orientaremos.

—Bueno; ¡qué le vamos a hacer! Tengo frío.

—Y yo; pero amanecerá pronto. Vamos a seguir por ese terreno hasta donde el coche pueda llegar.

Lo metió entre los árboles, y, dando tumbos, se adentró por un paisaje áspero. El coche casi se negaba a avanzar, pero Wilbur estaba obstinado en esconderlo todo lo posible.

Hasta que llegaron a un lugar donde una hondonada bastante profunda se abría ante ellos. Wilbur, después de examinarla, aseguró:

—Me da lástima estropear el auto y privar a su dueño de él, pero nuestras vidas ante todo. Ayúdeme a empujarlo para que se hunda en esa barranca. Ahí será muy difícil descubrirlo.

Entre ambos lo empujaron hasta que las ruedas delanteras perdieron punto de apoyo. El vehículo basculó y cayó, quebrándose al rodar hacia el fondo de la hondonada.

—Asunto concluido —dijo Wilbur—. Ahora tendremos que darnos unos cuantos paseos hasta que salga el sol. Luego, Dios dirá.

Pasaron una hora cruel hasta que el sol empezó a apuntar. Eran las horas peores, aquellas de la madrugada, con el frío y la escarcha atenazando sus carnes.

Por fin lució el sol pálido, amarillo y sin fuerza, pero poco a poco fue adquiriendo vigor, y algo más tarde la temperatura se hizo más soportable.

—¡Cuánto daría por tomarme unas cuantas tazas de café bien caliente! —aseguró Paula.

—Sí; con unas cuantas tostadas y mantequilla. Unos huevos cocidos con jamón por delante, no vendrían mal, y si se le añadiese un poco de mermelada, mejor.

—No me haga la boca agua... —protestó ella.

—Espere a ver qué descubrimos. Allí hay unos montículos bastante elevados.

Se dirigió al lugar indicado y trepó por él. Cuando alcanzó la cima, descubrió a dos kilómetros un conglomerado de casas bastante importante y el humo de diversas chimeneas.

Regresó al lado de Paula, diciendo:

—Prepárese. Vamos en busca del desayuno.

—¿Dónde?

—Hay un poblado a unos dos kilómetros. Dejaremos aquí escondido el equipaje para no llamar la atención. Sólo me llevaré el maletín con los documentos, por si acaso. Luego, nos orientaremos, y si sale de allí algún tren lo tomaremos, después de volver por el equipaje; andando.

La tomó del brazo y la ayudó a caminar. Tres cuartos de hora después alcanzaban, el poblado.

—Stendal —murmuró Wilbur—, un bonito poblado de la Prusia. Por aquí pasa la línea que nos puede conducir a Westfalia. En Essen podemos hacer transborde y bajar hasta Colonia, para entrar en Lieja, o subir al Norte, y en Nesel continuar hasta Holanda. Los dos caminos son aproximadamente iguales.

—¡Oh, si eso pudiera ser!

—Lo intentaremos, querida. Ahora sólo vamos a preocuparnos de desayunar bien.

Eran más de las ocho cuando entraron en la ciudad. Ésta presentaba ya un gran movimiento. Miles de obreros circulaban camino del trabajo, y su presencia no podía llamar la atención.

Penetraron en el primer restaurante que encontraron y desayunaron ferozmente. Después, mandaron preparar una merienda, alegando que iban de excursión, y más tarde se encaminaron a la estación.

Todo parecía en ella normal. El tráfico de trenes era bastante crecido, y estuvieron estudiando el horario en las pizarras.

—El expreso de Berlín pasa por aquí a las cuatro de la tarde —dijo Wilbur—; demasiadas horas de espera, pero no hay más remedio. Un tren más lento, aunque pasan algunos antes, nos retrasaría mucho. Voto por el expreso.

—Lo que usted diga, Wilbur —dijo ella, con ciega confianza en su compañero.

Alwin, tomó una litera de dos plazas, con cama, para dicho tren, y pasearon por la ciudad, almorzando pronto. Más tarde volvieron en busca de su equipaje, y a las cuatro menos cuarto estaban en la estación esperando el tren.

La impaciencia y el temor, les consumía. No sabían lo que el monstruo de hierro pudiera reservarles, y aquella incógnita es la que les ponía nerviosos.

Per fin se acomodaron en el departamento, y el expreso volvió a ponerse en marcha.

La pareja, cansada y con mucho sueño atrasado, se dejó vencer por éste, y sentados en la litera uno junto al otro se quedaron dormidos.

Fue Wilbur el primero en despertar de una forma brusca, como si una sensación de peligro le amenazase. Se levantó de un salto, y Paula, al ser sacudida por él, se despertó sobresaltada.

—¿Qué pasa? —preguntó, con miedo.

—Nada, querida. Me desperté de un modo brusco, como si algo..., bueno, como si una pesadilla me sacudiese. ¡Cristo! Si ya es de noche... ¿Cuánto hemos dormido?

—No lo sé; pero, al parecer, bastante.

—Indudablemente la suerte nos acompaña. Nos hubiesen cazado como a gorrones dormidos. ¿Dónde diablos estaremos? Voy a echar un vistazo por el pasillo.

Abrió la puerta y salió al exterior. Un ruido continuado, agrio y metálico atronaba el pasillo.

Miró a través de los empañados cristales. Sólo se vislumbraban árboles que pasaban con vertiginosa velocidad, postes del telégrafo y la sombra desvanecida de alguna construcción que manos invisibles parecían arrancar hacia atrás.

Wilbur, con las manos en el bolsillo de la chaqueta, seguía con el rostro pegado al cristal tratando de ver algo que le orientase. Sus dedos jugaban con una cosa metálica que tenía en el bolsillo, y sólo al cabo de un rato se dio cuenta de que eran las esposas que había empleado para manillar a Jasper al sacarlo de la cárcel.

Sonrió con ironía. ¡Él aplicando esposas, cuando tantos pares de ellas tenían preparadas los policías de doce naciones para aplicárselas! Y ahora, ¡quién sabe si aquéllas mismas esposas no servirían, en última instancia, para apresarle de verdad de un modo

definitivo!

Alguien salió de una litera al pasillo y habló rudamente a otra persona que quedaba en el interior. Wilbur sintió un estremecimiento cuando le oyó decir que no tardarían en llegar a Essen.

Experimentó una inmensa alegría. Se estaban aproximando a las fronteras, y solamente se les presentaría el escollo de cruzarlas.

Pero ya tuvo pensado algo para salvar aquel peligro. No sería tan loco que intentase salir de allí en el tren con su documentación falsa, que en aquellos momentos debió haber circulado a través de todas las líneas, no como un salvoconducto, sino como una argolla de hierro que les aprisionaría a las mismas puertas del Paraíso, hacia el que caminaban.

Súbitamente, al tender la vista, sufrió un estremecimiento de angustia. En la primera litera se acababa de personar un sujeto de aire inconfundible que había vuelto la solapa de su americana con un ademán característico, harto conocido de los que viajaban. Se trataba de policía de servicio revisando los pasaportes.

Un miedo loco le invadió. Había llegado la prueba decisiva, de la que ignoraba cómo iba a salir, y su cerebro empezó a funcionar a toda marcha.

Hasta que súbitamente penetró en la litera, y dijo:

—Paula, llegó el momento de jugárselo todo a unía carta. La policía.

Ella perdió el color, pero Wilbur, con energía, añadió:

—Escuche; voy a jugar mis triunfos. Déjeme hacer y no hable. Saque su pañuelo, cójalo entre las manos, ponga la cara más dolorida que pueda y junte las muñecas pronto.

—¿Qué piensa hacer?

—No es tiempo de hablar. Sus muñecas.

Ella, obedeció, y Wilbur le colocó las espesas... Cuando Paula quiso darse cuenta, ya era tarde.

—¡Oh! ¿Qué hace?

—Cállese. Ahí está.

El policía llamó a la puerta. Wilbur abrió.

El recién llegado volvió la solapa con gesto mecánico, y dijo:

—Policía de servicio. Sus...

Se cortó, abriendo la boca con asombro al descubrir a Paulette

con las esposas en las muñecas y el pañuelo en los ojos para ocultar el rostro. Extrañado, preguntó:

—¿Qué diablos significa esto?

Wilbur, sonriendo, contestó:

—Compañero, puede figurárselo. Aquí está mi carnet, como puede comprobar. Viajo en misión especial con esta pájara, que debo conducir a la frontera de Bélgica.

—A la frontera, ¿para qué?

—Canje de prisioneros, compañero. Se trata de una espía norteamericana que va a ser canjeada por alguien que interesa mucho a nuestra Gestapo. Tuvo mala suerte en Inglaterra, y se ha llegado a una inteligencia para el cambio.

Sostenía en la mano el carnet, sonriente, mientras el policía examinaba a Paula.

—¡Hum!... ¡Comprendido!... ¿Viene de Berlín?

—Directamente en el tren, no. La recogí en Stendal, donde la tenía recluida.

—¿Dónde harán el canje?

—En la frontera de Bélgica. Debo ir con ella a Wesel. ¿Sigue usted hasta allí?

—No; yo termino mi misión en Essen.

—Infórmeme; como no conozco este recorrido... ¿Qué debo hacer al llegar allí? ¿Es el último puesto policial de Alemania, o hay otro más hacia la frontera?

—Es el último puesto, pero en la misma frontera está la policía que controla el paso siguiendo la orilla del Rin. Preséntela en Wesel, y allí la proporcionarán un auto de la policía local que le conduzca a la misma raya, si todo está en orden.

—Llevo todos los documentos en regla.

—Pues haga eso. Es allí donde tienen jurisdicción sobre la divisoria.

—Muchas gracias, compañero.

—Adiós, y buena suerte.

El policía abandonó la litera y continuó su requisa. Wilbur se dejó caer sobre el asiento, y, sacando el pañuelo, se lo pasó por la sudorosa frente.

Paula le sonrió entre lágrimas de agradecimiento, y dijo:

—Es usted genial como nadie, Wilbur. Jamás se me hubiese

ocurrido una cosa tan sencilla y tan absurda. ¿Qué hubiese pasado, de examinar a fondo su carnet, si es que ya ha circulado el nombre, de Lemberg?

—No lo sé; lo que sé es que, sin este truco, lo hubiese examinado con atención. De momento, el peligro ha pasado, y sólo nos queda salvar el último obstáculo.

—¿Cree que podremos hacerlo?

—Estoy confiando en mi estrella, Paula. Creo que es usted mi mascota y que todo saldrá bien por su influencia sobre mí. Se lo pido a Dios, no per mí, sino por usted.

—Gracias. Yo se lo pido por los dos. ¿Qué pasará cuando lleguemos a Essen?

—Que haremos transbordo. El tren de la frontera espera allí la llegada del expreso.

—¿Y me sacará usted así?

—Depende de muchas circunstancias. Ya se lo diré allí.

Poco después de media hora el tren entraba en la estación, donde se observaba un movimiento inusitado.

Cuando se estaba deteniendo el convoy, el policía volvió a cruzar por el pasillo. Wilbur le llamó, diciendo:

—Compañero, ¿quiere prestarme un favor?

—¿Cómo no? Dígame de qué se trata.

—Voy a trasladar a la prisionera al otro tren, y no quisiera llamar la atención sacándola esposada... Ayúdeme a vigilarla hasta que estemos instalados en el vagón.

—Con mucho gusto. Quítele las esposas.

Wilbur obedeció y ordenó a Paula cargar con las dos maletas, mientras él no abandonaba el maletín.

Ambos se colocaron al lado de la muchacha, y ésta, a paso lento, cruzó el andén, para instalarse en un nuevo reservado del tren transbordado.

Cuando la operación quedó realizada, volvió a colocarle las esposas, y el policía se despidió, deseándole mucha suerte.

Aquel peligro había pasado; solamente quedaba por salvar la barrera efectiva de la frontera. Si la suerte y el ingenio de Wilbur lo conseguían, a no tardar muchas horas hallaríanse a salvo.

Eran poco más de las once cuando el tren se detuvo en Wesel, meta de sus angustias y último puesto policial próximo a la

frontera.

Se aparearon con las maletas sin haber decidido su actitud. Wilbur quería informarse primero de las posibilidades de salvar los varios kilómetros que le separaban de Bélgica sin necesidad de dar cuenta a nadie de sus actos.

Wilbur sentía mucho miedo de tener que utilizar allí tanto su carnet de policía como el pasaporte de Frederick Kramer, que conservaba en su bolsillo. La frontera no se pasaba sin requisitos más estrechos que asegurasen la identidad y autorización de cada individuo.

Sin embargo, había que decidirse. Ya el telégrafo debía haber funcionado locamente, y cada minuto su situación resultaba más falsa y peligrosa.

Wilbur, por fin, se decidió:

—Me estoy preguntando qué pasaría si usásemos otra vez el truco del automóvil. Cuando menos, con él podríamos alcanzar la franja fronteriza. Ya sé que no es mucho y que hay que contar con la policía de fronteras, pero estaríamos más cerca y sobre el terreno.

—¿Cree que eso se podría intentar? No es fácil que ningún chófer quiera llevarle porque sí, y a estas horas a la divisoria. Nos haríamos sospechosos.

—Tiene razón —dijo—; pedía ser peligroso, y, sin embargo, un automóvil...

Iban andando por las calles con el equipaje, sin detenerse, como si se dirigiesen a lugar conocido, hasta que se encontraron en una calle donde unos letreros luminosos anunciaban ciertos locales de recreo.

Había algunos autos estacionados aisladamente, pues aún era muy temprano. Otros llegaban, dejaban a sus ocupantes y desaparecían.

Wilbur se detuvo en el hueco de una cerrada tienda, y dijo, con resolución:

—Quédese aquí con el equipaje, y espere. Voy a echar un vistazo por ahí. Vuelvo rápidamente.

Avanzó calle adelante. Frente a un café donde bailaban y tocaban unos artistas bávaros, se detuvo un gran auto negro, y de él se apeó un individuo muy bien vestido, quién salió a la acera, empujó la portezuela del vehículo y penetró en el local.

Wilbur no perdió el tiempo; aferró el manillar de la puerta, subió al *baquet* y puso el auto en marcha, dándole la vuelta en la calle más próxima y dirigiéndose en busca de Paula.

Detuvo el auto ante ella, abriendo la portezuela, al tiempo que gritaba:

—Venga el equipaje. Suba pronto. Aprisa.

Ella, embarullada, le entregó el maletín y metió de cualquier manera el resto en el auto, que partió a toda velocidad con dirección Este.

Lo principal estaba, conseguido. El epílogo se desarrollaría poco tiempo después.

El auto avanzó por la carretera que conducía a la frontera, pero cuando Wilbur calculó que se hallaban próximos, derivó a su derecha, buscando un terreno favorable lejos de miradas indiscretas.

La frontera era una línea imaginaria con postes indicadores. En algunos sitios, el terreno era abrupto, quebrado y solitario, y era por estos lugares por donde la policía fronteriza tenía que vigilar las infiltraciones.

Al llegar a aquel terreno desierto, Wilbur detuvo el coche, y ordenó a Paula:

—Quédese al volante; yo voy a realizar una incursión por estos parajes en busca de los vigilantes, a ver si localizo alguno. Si encuentro forma de pasar, volveré en su busca, y si me descubren y las cosas se ponen mal, huya sin preocuparse de mí. La cuestión es salvar su vida y los documentos.

—No, Wilbur; juntos hemos corrido todos los peligros y juntos debemos, seguirlos. La suerte de uno será la del otro.

—Déjese de romanticismos. El deber es frío y despiadado, y si unos caen, otros deben seguir adelante. Si puedo, pasaremos los dos, y si no..., prefiero caer el primero.

La dejó, sin hacer caso de sus protestas, y cautamente se internó por aquel terreno áspero, avanzando con toda suerte de precauciones.

Debió andar más de tres cuartos de kilómetro, hasta que a la luz de las estrellas descubrió una pequeña casita con una ventana iluminada. Aquél debía ser el puesto fronterizo.

Se acercó cuanto pudo y se desvió más hacia arriba, alejándose

de la luz artificial. Cien metros más allá descubrió dos siluetas erguidas con las pipas encendidas. Captaba el humo de las mismas diluyéndose en el vacío.

Siguió caminando, y descubrió que en un radio de cien metros no había guardia alguno. Aquélla era la trocha por donde debían filtrarse, si era posible.

Apresuradamente regresó en busca de Paula, diciendo:

—Vamos; tome una maleta. Sígame y camine en silencio. Creo que he descubierto un estrecho paso. Sólo Dios sabrá si podremos aprovecharlo.

La condujo frente a la casita, y, señalándola, murmuró:

—Ahora, a la derecha, despacio, inclinada, y por los lugares más sombreados. Hay dos policías próximos.

Volvieron a descubrirlos en el mismo sitio y en idéntica postura. Wilbur, en la sombra un poco azulada de la noche, tiró de Paula, que temblaba de emoción, y la llevó más arriba. Se detuvo en un punto, diciendo:

—Arrástrese como un sapo, despacio, sin nervios y en silencio. Cien pasos, y estará al otro lado. Tome el maletín y su maleta. Yo me quedo cubriendo su avance.

—Pero...

—¡Siga, por el Cielo! Pueden iniciar una ronda.

La joven se tiró a tierra, y, arrastrándose con el maletín y la pequeña maleta, reptó por la tierra como un lagarto.

Wilbur la perdió de vista y quedó tenso, con el revólver dispuesto a usarlo. Que se salvase ella con los documentos, y él se arreglaría como pudiese.

Pasaban los minutos con una angustia agobiadora. Wilbur sudaba copiosamente y la mano le temblaba.

Llegó un momento en que no pudo más. Paula debía haber pasado o estaría ya en la divisoria. Se arrojó al suelo y empezó a reptar como ella.

Lentamente se iba adelantando, ya se acercaba a algo que debía ser uno de los postes indicadores... Lo era, y tenía una alambrada que se corría a derecha e izquierda. Tembló al descubrirla, pues para salvarla había que erguirse y saltar por ella.

En aquel momento descubrió una figura que pugnaba por salvar la alambrada. Era Paula, que, al encontrar el obstáculo y no

descubrir ningún hueco por el que pasar, se bahía decidido a jugar su última carta. Después de arrojar maletín y la maleta al otro lado, trepaba por el alambre.

De repente, unos gritos roncoss, una voz de alto y un disparo. Wilbur, loco de rabia, disparó a su vez, llamando la atención de los dos policías más hacia abajo del lugar por donde Paula saltaba.

Sus, disparos pusieron nerviosos a los policías, que se desentendieron de Paula para buscar al agresor. Éste corrió como un gamo más arriba para atraerles, pero en sentido diagonal, para acercarse a la alambrada.

En las sombras, los dos policías corrían y disparaban para llamar la atención, pero la desesperación ponía alas en los pies de Wilbur, que les ganaba, terreno. Había arrojado el equipaje y corría como un gamo acercándose al obstáculo.

Y cuando llegó a él corrió más aún, alcanzó el remate de uno de los palos, y con gesto de acróbata, con las manos apoyadas en tan débil soporte, impulsó el cuerpo y lanzó las piernas al aire, para caer al otro lado rodando como una pelota.

Aun rodó más por propia voluntad cuando sintió que disparaban y las balas le buscaban, clavándose en tierra, pero levantándose y en zigzags peligrosos se alejó, riendo como un loco y llamando a Paula.

Una voz aguda le llamó a la izquierda. La muchacha corría con desesperación, y orientado por su voz consiguió unirse a ella.

La tensión nerviosa estuvo a punto de hacer caer desmayada a la joven, pero él la animó a seguir, diciendo:

—¡Adelante! ¡Estamos salvados, Paula! ¡Adelante!

Y tomó maleta y maletín, corriendo como un galgo.

Hasta que la distancia fue suficiente para no temer nada. Entonces, como si sus nervios se hubiesen roto, cayeron sobre el césped que cubría el suelo y quedaron sentados, mirándose con ojos desorbitados.

Durante varios minutos permanecieron en aquella actitud, respirando con ahogo. Paula fue la primera en levantarse, y él la imitó.

La joven se adelantó a él, y, ofreciéndole su mano, dijo:

—Wilbur... ¿No cree que es hora de que pueda estrechar su mano y tomar la mía como usted lo deseaba?

Él, tras un momento de duda, extendió el brazo, y dijo, con voz ronca:

—¿Como yo lo deseaba? ¿Se ha dado cuenta de como yo deseo ofrecerle mi mano y tomar la suya?

—Creo que sí, Alwin...

—¿Para toda la vida?

—¡Para toda la vida!

—¡Gracias!

Soltó su mano y abrió sus brazos en cruz. Ella se dejó caer en ellos, llorando en silencio de gozo y alegría, mientras él la acariciaba el rubio cabello, afirmando:

—¡Eres la mujer más adorable que he encontrado en mi camino, Paula! Tú, y sólo tú, has hecho el milagro. Mi vida continuaba en un trampolín sin saber hacia qué lado se inclinaría definitivamente. Ahora ya lo sé: hacia, el lado del amor, de la honradez y del deber. Wilbur Alwin será de aquí en adelante el hombre digno y leal a su patria y al amor, a quien nadie podrá negar su mano, porque sabrá ser merecedor de ese don inapreciable de amistad y confianza. Vamos, querida; el cielo se acaba de abrir para nosotros, y el sol de la felicidad está próximo a lucir.

Y tomándola del brazo, continuaron avanzando por las tierras leales y fecundas de Bélgica, dejando a su espalda el infierno, en el que habían vivido horas dantescas.

FIN

SE HA COMETIDO UN CRIMEN...

...y sus autores son detenidos, pero consiguen escapar y prosiguen sus fechorías alternando su comisión de los delitos de sangre con los de espionaje internacional. Pero los servicios secretos no descansan y...

PETER DEBRY

el brillante y popular escritor, nos ofrece en su interesantísima novela

EL PULPO HUMANO

Cuyo título es ya de por sí promesa de interés y emoción, una de sus obras más sugestivas y apasionantes.

COLECCION SERVICIO SECRETO

que la publicará en su próximo número conseguirá sin duda con ella uno de sus más ruidosos y merecidos triunfos.

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCION
 PIMPINELA**

- Núm. 226 - María Teresa Lafgo.
 * ¿CUAL ES MI MARIDO?
 Núm. 227 - Corín Tellado.
 * SI NO FUERAS TU
 Núm. 228 - Sergio Duval.
 * LACENICIENTADELCAMINO
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
 ROSAURA**

- Núm. 66 - Ana Marcela García.
 * LA MUCHACHA DEL ESTE
 Núm. 67 - L. Masola.
 * PASION DE LA JUNGLA
 Núm. 68 - Amparo Lara.
 * DONDE EMPIEZA EL CIELO
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
 MADREPERLA**

- Núm. 122 - Mercedes Muntá.
 * CONVENIO MATRIMONIAL
 Núm. 123 - M. Adela Durango.
 * LA BUENAVENTURA
 Núm. 124 - Isabel Salgueira
 * CLIENTE NOCTURNO
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
 BIDENTE**

- Núm. 167 - Fidel Prado.
 * EL BARRANCO DE LA MUJERTE
 Núm. 168 - Raf. Segiram.
 * EL VALLE SANGRIENTO
 Núm. 169 - M. de Silva.
 * MALDICON EN LA PRADERA
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
 SERVICIO SECRETO**

- Núm. 30 - Tony Wanton.
 * M. I. 5
 Núm. 31 - F. P. Duke.
 * CON PASAPORTE ROBADO
 Núm. 32 - Peter Debry.
 * EL PULPO HUMANO
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
 AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 13 - Zane Grey.
 * ODIO DE RAZAS
 Núm. 14 - Zane Grey.
 * TODOS PARA UNO...
 Núm. 15 - Zane Grey.
 * UNA MUJER INDOMABLE
 APARICION BIMENSUAL. PRECIO 10 PTS.

* Últimos volúmenes aparecidos.

* Volúmenes de próxima aparición.

Precio: 5 pts.





Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F.

P. Duke

con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».

Notas

[1] Este aparato no es invención del autor. Lo inventó el profesor Julius Fischhof, y esta máquina ha jugado un gran papel en el proceso del cardenal Mindszenty. < <